

Apartamentos

Fifi



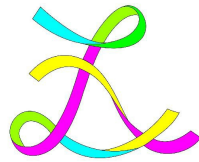
CAUTION

Lux Aeris



Apartamentos Fifi Caution

Lux Aeris



SINOPSIS:

José: alto, rubio, guapo, rico, rompecorazones y extravagante. ¿Es oro todo lo que reluce? ¿Podrá superar su pasado? ¿El amor es sufrimiento? ¿Qué precio pagará?

Noa: pequeña, pelirroja, temperamental, autosuficiente y con las ideas claras. ¿Encontrará la horma de su zapato? ¿Su carácter se impondrá a las circunstancias? ¿Qué ganará en el proceso? ¿Se puede perdonar todo por amor?

La construcción de un nuevo complejo de apartamentos pondrá patas arriba la vida de los inquilinos, incluso de los animales, y conseguirá que nuestros protagonistas tengan que elegir caminos que los obliguen a entenderse. Todo ello aderezado por un grupo de personas de lo más variopintas que se ayudarán siempre, porque ¿la familia te toca o se elige?

Aunque... ¿de verdad decidimos nuestros actos?

© Lux Aeris

Título del libro: Apartamentos Fifi. Caution

Diseño portada: Lux Aeris

Corrección: Carol RZ

Licencia: Todos los derechos reservados

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la titular del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Primera edición: septiembre 2019


Registro Territorial Propiedad Intelectual Andalucía:

Nº Exp.: SE-646-19/Nº.REG. 201999904041587

ISBN: 9781089643999

Sígueme en las redes:

 Luz FS

 @LuxAeris

 @AerisLux

Siempre hay esperanza

Índice:

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

FIFI

Cómo pasa el tiempo, ya estamos otra vez en verano. Esto de ser un ente tiene sus ventajas, sin embargo, el concepto del tiempo no es una de ellas. Parece que fue ayer cuando estábamos todos juntos. Echo de menos tocarlos, acariciarlos, extender la palma de mi mano y rozar sus mejillas para reconfortarlos. ¡Basta de sensiblería, Fifi!

Debería contentarme con poder disfrutar de ellos, aunque sea de otra manera, y con tener una nueva oportunidad de cuidarlos. Esta es mi nueva condición y la voy a disfrutar al máximo como lo he hecho todo en esta vida, y ahora, en la otra. Una tiene que apechugar con lo que le toca. Además, mi parte cotilla está contentísima: puedo enterarme de todo lo que pasa y sin preguntar o sonsacar.

Como no tengo muy clara cuál es mi función en esta nueva vida, he determinado que voy a dedicarme a aquello que más me gusta. No, no es bailar sobre la barra, ya os gustaría ver mi cuerpo serrano ondular con esta gracia que tengo, pero no, esa etapa la dejé atrás en mis años mozos. Ahora, intentaré conseguir que mis polluelos estén felices. Esa será mi misión.

Mi cometido con Carlos y Helena terminó con mi plena satisfacción, y con la suya. Me queda conseguir «colocar» a los otros dos. Cuando eso suceda, me daré por satisfecha.

Carlos y Helena se han ido de vacaciones. Unas vacaciones muy merecidas. Han tenido unos años muy duros. Se conocieron, se odiaron, se amaron, se separaron y se reconciliaron. En medio, mi muerte, hacerse cargo de todo el negocio y aprender a confiar de nuevo el uno en el otro. Demasiado estrés. Solo de recordarlo me canso y por poco me da un ataque de ansiedad. ¿Dónde va la gente muerta que se muere?

A mi perrito lo han dejado bajo los cuidados de José, y no se llevan muy bien que digamos. Vodka es de gustos selectos y José, aunque adora a los animales, lo ve como un perro y no como el pequeño lord que Vodka cree que es. Y claro, eso al pobre le molesta. Sintiéndolo mucho, hasta que Helena y Carlos no vuelvan de su viaje tendrá que conformarse. Además, eso nos facilita nuestra labor a la hora de seguir sus movimientos. Vodka no está

atento a las ventajas, solo piensa en su comodidad, no en el objetivo.

A José lo noto estos días más alicaído. Siempre ha sido un niño muy pícaro y divertido. De un tiempo a esta parte su aura está más turbia. Cuando estuve enferma, me llamaba todos los días para saber de mí. Al principio, solo me contaba cosas superficiales sobre su vida. Posteriormente, se fue abriendo mucho más. En su día le di algunos consejos que me consta que está poniendo en práctica o, al menos, intentándolo. Necesita mucha ayuda y yo se la daré. ¡Decidido!, mi nuevo proyecto será él antes de que lo pierda en favor del lado oscuro.

José ha terminado sus estudios de empresariales hace poco. Así que ahora no se dedicará tanto a la noche. Siempre ha sido el as en la manga de Andrés, su exjefe. Ha sabido potenciar su físico y su peculiar imagen, que no dejan a nadie indiferente; y si además le unimos que su padre es un peso pesado en la comunidad, José se vuelve una apuesta segura para atraer, a estas fiestas pijas y elitistas, a lo más granado de la élite social. Pero con su actual estado anímico tampoco se permite muchas fiestas, debe sentirse acosado por muchos de sus demonios.

Últimamente, casi no sale en las revistas del corazón posando con las niñas ricas, y mira que le gusta eso de coquetear, aunque creo que lo hace solo para enfadar a su padre. Tendré que decirle a Vodka que estreche más el cerco, necesitamos estar pegados para poder actuar sobre él y averiguar cómo ayudarlo.

Respecto a los apartamentos nunca han ido tan bien. Son tan prósperos que se han decidido a abrir unos nuevos. Gracias a los contactos de José consiguieron el solar de al lado a un precio bastante asequible, toda una proeza. José hizo un poco de magia —se aprovechó de los contactos de su padre—, de esa que conlleva una foto por allí, una historia comprometida por allá, una llamadita estratégica acullá... No es muy ético, pero se ha hecho desde que el mundo es mundo. Por una vez, somos nosotros los que nos aprovechamos un poquito de los huecos del sistema.

Al principio, Carlos, José y Alicia, y por extensión Helena, pensaron en una arquitecta muy prestigiosa para que llevara a cabo las obras. Finalmente, y debido a la agenda tan apretada que tenía, la descartaron en favor de una multinacional que lleva muchísimas obras por la costa. La elección fue costosa porque la competencia es voraz.

La empresa ECons, S. L., (Ecological Construction), destacó por ser una

empresa que diseña viviendas bioclimáticas —no sé qué significa, pero suena muy cosmopolita—, respetuosas con el medio ambiente y con alta eficiencia energética, pero sin descuidar la última tecnología y comodidades. Todas esas cositas parecen una chorrada, sin embargo, ayudan a que este planeta sobreviva un poco más. La empresa conserva un organigrama basado en las relaciones personales y en la elección de los mejores profesionales sin que el género suponga un obstáculo. Fueron pioneros en implantar el currículum ciego. Llevan años en el mercado adaptándose y reinventándose sin pervertir su esencia. Me encantó desde el principio. ¡Tengo un pálpito!

La idea fue de Helena, porque estos zoquetes —sobre todo José— decían que si una cosa funciona bien como está, para qué tantas tonterías ecológicas. Se merece una colleja por eso.

Me voy por las ramas, todo esto para decir que estoy emocionada. Después de mucho tiempo con los preparativos, en muy pocos días empiezan las obras. El solar tiene un emplazamiento incluso mejor que el actual porque, aunque la esencia sigue siendo la misma —una comunidad de vecinos en torno a un espacio central—, en este caso dos de sus partes lindan directamente con el acantilado, así que tendrá unos magníficos balcones cara al mar. En la parte central decidieron que, dado que no se va a construir un apartamento como el mío, ubicarían una piscina y un solárium, añadiendo así más atractivo. Qué envidia me dan. Esas horitas muertas al sol con un cóctel...

Los planos son muy bonitos —será porque son idénticos al diseño que yo hice— y los materiales en armonía con los originales, pero más modernos y eficientes. Directamente van a poner los paneles solares, un quebradero de cabeza menos para Carlos, aunque es una faena porque ahora ya sabe colocarlos.

En cuanto a los inquilinos de los apartamentos originales, se han renovado casi todos. Incluso se han hecho algunas reformas. El uno B y el dos A, que eran los apartamentos de Carlos y Helena, respetivamente, los unieron en uno para así tener más espacio para vivir y ampliar la familia, si fuera necesario. José se asentó en el uno A, que era el mío, y lo reformó y lo adaptó a su gusto. Me encanta que él lo ocupe, ¡quién mejor!, es como mi segundo hijo. Además, lo ha puesto muy moderno con eso de la robótica o domótica, o no sé qué, eso de encender las luces con una palmada o cerrar las persianas con un silbido.

En el dos B vive un chico muy mono que estudia veterinaria. Es jovencito, con no más de diecinueve. Sus padres le han pagado el alquiler de un año para que estudie y se saque la carrera. No querían que viviera en pleno centro, por eso de que tendría acceso a las fiestas y todo ese tipo de cosas que pudieran distraerlo de su objetivo último. Realmente, no han arreglado mucho, pues el chico ha sabido buscarse la vida y se ha agenciado una motillo pequeña y está todo el día para arriba y para abajo. Veremos si termina la carrera. Vodka va a verlo muy a menudo porque le da chucherías. Se lo seduce con poco.

En el tres A vive el matrimonio que ocupaba el dos A. Cuando Carlos y Helena volvieron a estar juntos, les pidieron el favor de que se mudasen a alguno de los otros que estaban libres. Son muy comprensivos y accedieron. El bebé que tienen es una monería, la pequeña Luna ya casi camina sola. Me divierte y me da mucha alegría ver cómo la nueva vida se abre paso. Respecto a los padres, Sonia es médica en el Hospital Central —siempre es bueno contar con un médico cerca— y Emilio cuida de la casa y de Luna. Es todo un padrazo que me hace pensar en que aún hay posibilidades para la igualdad entre hombres y mujeres.

En el tres B vive un señor viudo que no da ruido ninguno, está jubilado y se ha venido a la costa a disfrutar de un merecido descanso. Está de muy buen ver, ¡ay, si yo pudiera y él se dejara!

El cuatro A lo usan como apartamento turístico. Lo ocupan parejas jóvenes que vienen a disfrutar de sus vacaciones estivales. En realidad, así se les saca más dinero, pero a nosotros —como si yo pudiera decidir— nos gusta más la estabilidad y conocer a las personas que nos habitan. Menos mal que mis niños tienen un criterio tan bueno como el mío.

El último se lo ha quedado Alicia. Ella vive con su pareja en un piso muy bonito en el centro, es una urbanita. Últimamente aparece poco por los apartamentos. Creo que por eso Carlos insistió en que debía elegir uno, la familia debe permanecer unida. Le dio tanto la lata que por no escucharlo accedió. Es una artimaña de mi hijo para mantenerla ligada a ellos. Mi hijo es como yo, no le gusta tener a sus amigos lejos y si los considera familia, menos. Eligió el cuarto B porque le permite intimidad, además de ser el que quedaba libre en esos momentos.

Estoy rodeada por un montón de buenas personas. Me reafirmo en la idea de que mi hijo y Helena son unos buenos gerentes, y mi José y mi Alicia

tendrán una buena vida como yo me llamo Josephine.

Debo idear la forma de intervenir en sus vidas, no me voy a quedar indiferente. Mi pequeño amigo y yo haremos todo lo que esté en nuestras manos, como siempre lo hemos hecho, para conseguir que todos sean felices.

Capítulo 2

NOA

Por fin voy a poder volver a mi ciudad natal. Terminé los estudios y sin dilación comencé a trabajar para ECons, S. L. Desde entonces, estoy dando tumbos de un sitio para otro. Me encanta viajar, conocer mundo, otras culturas, otras personas y, sobre todo, me encanta mi trabajo. Lo mejor es que soy buena en él. Lo único que me cuesta un cierto esfuerzo es no poder ver con asiduidad a mi familia, pero eso se va a terminar. Al menos, durante una temporada.

Me quedan unos días para incorporarme a mi nuevo trabajo y voy a aprovechar para ir a ver a mis padres, les daré una alegría. Están muy contentos porque podremos vernos algún que otro fin de semana. Será más de lo que me ven ahora.

Debo terminar de embalar y guardar en el coche todas mis pertenencias. Menos mal que ha venido un compañero a ayudarme, ¡sola no hubiera terminado nunca! Mientras sigo transportando cajas me evado pensando en el trayecto que me espera. Desde aquí a casa de mis padres hay unas tres horas de viaje, si el tráfico es fluido. Su casa está a las afueras de mi nueva ciudad, a una hora y media del piso que me he alquilado, así que andaré camino para desandararlo al día siguiente. Un montón de besos y abrazos regados por cariño bien valen el trayecto.

Estoy muy ilusionada por empezar, aunque el alojamiento ha sido un tema muy peliagudo. Estamos en temporada alta y siempre es complicado conseguir algo en estas fechas. Casi había desistido cuando vi el anuncio en internet y no me lo pensé. No he tenido casi tiempo de reacción. El arrendador insistió en que tenía que comprometerme con rapidez o lo perdería. No sé por qué tantas prisas.

Lo cierto es que soy una temeraria, no he visto el piso físicamente. Sé lo poco que ponía en la web y las tres fotos contadas que había colgadas. Me pareció limpio y está cerca de la ubicación de mi nuevo trabajo, así que podré desplazarme en bici, esa que espero traerme de casa de mis padres. Le hice el ingreso de la fianza y otra cosa menos de la que preocuparme.

Tengo todas mis pertenencias dentro del maletero, está a rebosar y es de

los grandes. Me despido de mi compañero prometiéndole que mantendré el contacto. Estoy lista para dejar esta ciudad tan triste y disfrutar, por una temporada, de mi nuevo emplazamiento.

Llevo ya dos horas de camino y aún me queda una más, empiezo a estar entumecida. Me gusta conducir, sobre todo, desde que cambié mi viejo coche tan contaminante por este moderno y de bajas emisiones, pero me estoy dando cuenta de que hace mucho que no hago viajes largos y estoy desentrenada.

Reconozco el paisaje que me rodea y en mi cara se dibuja una gran sonrisa. Media hora más y habré llegado. Pongo en la radio una canción cañera y, con otra predisposición, imagino la cara que pondrá mi familia cuando me vean aparecer.

Mis padres viven en una explotación agrícola de tamaño medio, lo justo para darles de comer a ellos y a mis tres hermanos mayores. Es un buen negocio a pesar del trabajo que conlleva. Sonrío porque ya puedo ver, a lo lejos, la cancela de entrada.

Nada más atravesar la verja comienzo a tocar el claxon como si no hubiera un mañana. Me siento eufórica. Al fin un poco de cariño del bueno.

El ganado sale despavorido por el jaleo que estoy montando. Mi madre aparece por la puerta de la gran casa secándose las manos en el delantal. Mi padre y mi hermano Tomás asoman por el granero haciendo aspavientos para que deje de alborotarlo todo. Allí a lo lejos distingo, bajo el sol, la cabellera de mi hermano Jesús, que me saluda alzando la mano. No sé dónde estará el mediano, aunque no andará muy lejos.

—¡Qué escandalera es esa! —grita mi padre con una sonrisa en los labios.

Bajo del coche a la carrera y me lanzo a sus brazos. Me lo como a besos y él sonrío complacido. Mi hermano se ríe a carcajadas y me llama loca. Sé que lo hace porque está celoso y quiere su abrazo.

—Grandullón, no te enceles que para ti también hay.

Suelto a mi padre y me lanzo a sus brazos. Él me alza sin dificultad y comienza a dar vueltas conmigo encaramada a su cintura. Mi madre llega corriendo y exige a mi hermano que me suelte.

Salto de sus brazos para acurrucarme en los de ella y disfruto de su calor y su olor, ¡es tan tierna!

—Mi pequeña vuelve a casa. ¡Cómo te he echado de menos! —me

susurra. Siento sus lágrimas mojar mis mejillas y no puedo evitar llorar con ella—. ¿Te vas a quedar unos días?

Salgo casi a regañadientes de su abrazo y limpio mis ojos.

Mi padre y mi hermano se aproximan para conocer mi respuesta.

—Me quedaré a dormir esta noche, pero por la mañana debo irme a la ciudad. Tengo muchas cosas que ultimar antes de comenzar en el trabajo. —Refunfuñan—. No pongáis esas caras. Estoy a una hora y poco, esta vez podemos hacernos visitas. —Les sonrío. Ellos lo aceptan, aunque no de buena gana.

Mis padres no llevan bien que su única niña, y encima la más pequeña, sea la que haya decidido volar del nido. Mis tres hermanos trabajan en la granja y siempre han tenido claro que eso es lo que querían hacer. Yo adoro a los animales y el trabajo duro, aunque gratificante, que proporciona la explotación, pero mis miras eran más amplias. Siempre he sentido inquietud por conocer el mundo y no paré hasta conseguirlo.

Cuando les dije que quería estudiar una carrera universitaria, se mostraron receptivos. No lo estuvieron tanto cuando se enteraron de que tendría que trasladarme de ciudad, a unos seiscientos kilómetros, a una de las universidades más prestigiosas. Me salí con la mía y aproveché la oportunidad que me brindaron.

Mis hermanos son mucho mayores que yo. Fui una bendición tardía, como dice mi madre. Se quedó embarazada al poco de casarse y nació Jesús, que tiene ya cincuenta años. A los dos años llegó Mateo y, por último, Tomás. Yo nací veintitrés años después, así que me tocó ser la pequeña para todos. Un juguete con el que todos interactuaban y al que sobreprotegían. Pero pronto se dieron cuenta de que me basto y me sobro para defenderme.

—¿A las visitas no se las invita a una cerveza fresquita? —pregunto con una ligera mofa. Caminamos hacia la casa entre risas y confidencias.

Estoy convencida de que mis padres prepararán un tapeo en un momento, seguro que la familia al completo se reunirá para comer.

Al final, terminamos todos comiendo juntos, como suponía. Mi hermano Jesús ha sido el último en llegar. Es el único soltero y tiene una casa en el pueblo, creo que no le gusta que mis padres fiscalicen sus conquistas. Los demás tienen sus casas en la misma finca. Está bien, así no tienen que madrugar tanto y mi madre cuida de mis sobrinas cuando les hace falta.

Observo a mi familia mientras disfruto de la comida de mi madre, que

está riquísima. Ahora soy consciente de por qué la quiero tanto, hacía mucho tiempo que no comía tanta cantidad y calidad.

Aunque estar rodeada de gente es una locura y a ratos me asfixian, echaba de menos su calor y su cariño. Lo mismo me pasó, pero a la inversa, la primera vez que me instalé en la ciudad en un piso. Me sentí agobiada por las cuatro paredes. Me molestaba el no poder disfrutar del aire libre cuando quisiera y tener que andar dos kilómetros para poder ver un parque. Actualmente me he adaptado, a pesar de que a veces necesito curas de naturaleza, o más bien de la grandeza de la naturaleza y de los espacios abiertos.

La estampa de toda mi familia junta es curiosa. La relación siempre ha sido muy peculiar, sabemos lo que queremos casi sin hablar. Parece que hagamos coreografías en las comidas pasándonos el pan, la sal o la bebida de manera sincronizada. Somos una familia unida y compenetrada de verdad. Nunca he visto malos rollos fuera de discusiones superficiales. Incluso cuando decidí irme a la universidad y más tarde trabajar fuera, no hubo gritos, solo una charla sobre los pros y los contras y, finalmente, aceptación.

Solemos comer, cuando hace buen tiempo, en una gran mesa que hay en el porche y que está cubierta por una gran parra que da una sombra magnífica. Mis padres organizan muchas fiestas: la de la vendimia, la siega, la matanza o cualquiera de los cumpleaños. En el pueblo somos muy conocidos, aparte de por ser un pilar sólido en la comunidad, porque tenemos una característica bastante llamativa: ¡nuestro pelo es rojo! Los únicos que se libran, aunque por extensión se los conoce por el mismo mote, son mi madre y uno de mis hermanos, Mateo. También son pelirrojas mis dos cuñadas y mis dos sobrinas. ¿Casualidades? No creo en ellas, por algo será. Tenemos un color de pelo muy llamativo que no mengua con los años, al contrario, cada vez se vuelve más intenso. Se nos distingue a kilómetros, nos llaman los Azafrán. En las zonas más rurales es común ser conocidos por un mote y este nos viene al pelo, qué chistosa.

La tarde al sol me está sentando estupendamente. Para bajar un poco la comida, damos un paseo por la finca. Está todo igual que lo dejé. Alimento a las cabras, son animales la mar de simples, pero muy divertidas. Cuando cae la noche, volvemos a casa. Mis hermanos se marchan a sus respectivos hogares y nosotros cenamos algo ligero para compensar los excesos de la comida. Luego aprovecho para acurrucarme con mi madre en el sofá y vemos

una peli de esas que hemos visto mil veces, a la que apenas se le presta atención y sirve de excusa para pasar más tiempo arrimada a esa persona especial. Momentos así son los que me dan fuerza para afrontarlo todo en la vida.

Capítulo 3

JOSÉ

Agradezco a Carlos y a Helena la oportunidad que me brindan al dejarme a cargo de los apartamentos y de la nueva obra. Estoy algo nervioso por la responsabilidad, pero confío plenamente en mis posibilidades. No los decepcionaré.

Hace poco que terminé la carrera. Empresariales se me ha antojado más difícil de lo que pensaba. Me las prometía muy felices con esto de estudiar y trabajar. Estimaba que iría a curso por año, pero no ha sido así. La vida nocturna, los estudios y subsistir por mí mismo me han pasado factura.

Quién me iba a decir que al final lo conseguiría. En ocasiones, he estado muy tentado de mandarlo todo a la mierda, meter el rabo entre las piernas y recurrir a mi padre; sobre todo, al principio. Los comienzos siempre son duros y más cuando pasas de tener todo tipo de lujos a vivir con lo justo, y a veces ni eso.

Mi padre es senador, podéis imaginar los niveles en los que se mueve. No ocurre nada en la ciudad sin que él se entere y, por supuesto, todo pasa por sus manos. Su brazo es largo y a veces asfixiante. Al principio, quiso que me dedicara a la política. Pronto se dio cuenta de que yo tenía conciencia, sensibilidad y empatía, virtudes que él interpretó como «poco espíritu de crecimiento», así que descartó la idea de que siguiera sus pasos. Lo agradezco.

Siempre fui un niño tranquilo, más bien callado, con cara de ángel, según decían, y bastante tímido. Debido al trabajo de mi padre, íbamos a múltiples fiestas a las que no me apetecía asistir y en las que me aburría como una ostra. A ellas, por supuesto, no asistían niños de mi edad y mi única compañía era mi madre. Siempre me agarraba de la mano y me infundía ánimos.

Mi madre siempre deseó tener una hija, sin embargo, no tuvo más hijos. Mis padres se distanciaron tras mi nacimiento. Creo que mi padre me culpaba por arrebatárles la felicidad, pero mamá decía que nadie la tenía, que yo había sido un regalo maravilloso que mi padre no había sabido entender. Según ella, mi padre en el fondo no era una mala persona, solo había elegido mal

sus prioridades.

Una tarde de invierno le pregunté por qué siempre jugábamos a tomar té. Yo era aún muy pequeño. Ella, con toda su paciencia y amor, me contó que era inglesa, que había dejado su tierra por amor y que allí había unas costumbres que a ella le gustaba respetar. La idea de estar arraigado a algo que no cambiara caló en mí. Le pedí que me enseñara más cosas sobre su cultura y, poco a poco, fui incorporando las maneras inglesas a mis rutinas.

Me encantaba pasar tiempo con ella. La ceremonia del té se convirtió en una constante. Íbamos a nuestra salita de juegos, nos sentábamos en las pequeñas sillas a la diminuta mesa con todos los muñecos de la habitación y disfrutábamos de un té en buena compañía. Fue un placer ahorrarme el jugar con cochecitos o a la pelota, no llamaban para nada mi atención. También hacíamos teatros y fiestas de disfraces. Ella era genial en muchísimos aspectos, sobre todo, en el cariño que me daba. Es lo que más añoro.

Obviamente, todo lo que hacía con mi madre era un secreto. Mi padre no debía enterarse de nuestros particulares juegos. Para él, eso era de afeminados y no había cosa que le sacara más de quicio que un homosexual. Por aquellos entonces yo no entendía el concepto, me gustaba lo que hacía y punto, sin embargo, mi madre insistía en que era un asunto entre los dos y no debía decírselo a nadie.

Pero todo tiene un precio, el ser diferente se suele pagar, y mi cara de ángel nunca me ha ayudado. Bueno, quizá ahora sí me sirvan algunos de mis rasgos para trabajar en la noche —aunque esa es otra maldición un poco más soportable—, pero el reconocimiento público de mi familia en la sociedad, las excentricidades de mi madre, que todo el mundo conocía —y por ende las mías—, y mi físico más propio de una chica que de un chico, hicieron de mi paso por el colegio un infierno. No me importaba, eran solo unas horas de mi vida, todo lo de la mañana se olvidaba cuando entraba en casa con mi madre. Ella hacía mi existencia mejor. ¡La quería con locura!

Un día, tras volver del colegio, encontré en la puerta de la mansión un montón de coches de policía y una ambulancia. Salí corriendo a ver qué había sucedido. Mi sorpresa fue mayúscula y devastadora. Tras sortear a un montón de desconocidos que correteaban por la casa, conseguí llegar a la habitación de mi madre. Ella estaba en el suelo rodeada de un charco de sangre, me arrodillé a su lado y comprendí que ya no estaba entre los vivos. Un accidente doméstico, dijeron, pero se había suicidado. Yo tenía solo diez años y mi pequeño mundo se

desmoronó.

Mis días pasaron a ser bastante más grises sin su presencia. Volvía del colegio y me faltaba mi aliciente, su cariño y mi único motivo de alegría. En el colegio todo empeoró, las especulaciones sobre la muerte de mi madre eran incesantes, mi sexualidad estaba continuamente en entredicho y a mi padre casi nunca lo veía. Me aislé y me refugié en mí mismo.

Los años pasaron y crecí. Descubrí por las películas y los libros, que era como lo aprendía casi todo, qué era eso de la sexualidad por la que tanto me juzgaban.

Muy joven, con quince años, perdí mi virginidad. Lo hice con la chica más guapa del instituto, la capitana de las animadoras. Ella no quería que se supiera porque yo era un «rarito», bajo su punto de vista, claro. Supongo que fue un reto personal o algún tipo de apuesta. A mí me dio igual, fue la experiencia de mi vida. No tenía ni idea de cómo era eso del sexo. Había experimentado con mi cuerpo, aunque nada comparable a lo que sentí con ella. Me comporté de una forma bastante torpe al carecer de experiencia, pero ella la suplía con creces y no pareció que le importara mi falta de pericia. Exploré el cuerpo femenino y descubrí que la mujer en sí era un ser maravilloso al que necesitaba adorar.

A la animadora le gustó lo que hicimos porque el rumor sobre mi supuesta potencia sexual corrió como la pólvora entre las féminas y me convertí en el terror de las chicas. Ninguna reconoció jamás que se había acostado conmigo, pero yo sí sabía que las había disfrutado, ¡y mucho! Me interesé aún más por el sexo e investigué en profundidad. Necesitaba saber cómo comportarme con ellas y, sobre todo, quería aprender a complacerlas. A mi favor tengo que siempre he sido habilidoso y mi carácter resultaba y resulta divertido. Soy un buen compañero de cama.

Fui creando un personaje acorde a lo que las mujeres esperaban de mí, esto del sexo se convirtió en una adicción. Por suerte, mi cuerpo de niño fue mejorando para dar paso a un adolescente rubio y espigado con cara de chico bueno. Mis ojos eran, y son, lo más destacable de mi rostro con un verde imposible. Característica de la familia de mi madre.

Las mujeres comenzaron a valorar, además de mi pericia, mi aspecto físico, proporcionándome más campo de acción. Pero, aun así, no conseguía ser un amigo ni un compañero ni un novio, simplemente me quedaba en amante. ¡Qué frustrante!

Mi madre había inculcado en mi pequeña persona las formas inglesas, me aproveché de ello y las incorporé a mi manera de ser de forma activa. Comencé a ser más cuidadoso con el vestir, dejé mi pelo ligeramente largo para poder engominarlo hacia atrás y, de manera sistemática, iba al pequeño gimnasio que tenía mi padre en el sótano, ese que nunca usaba. Moldeé mi cuerpo con la única finalidad de seducir.

Mi obsesión última era adorar a las mujeres, unos seres con los que disfrutaba enormemente y que me acercaban un poco al cariño que una vez me dio mi madre y que tanto necesitaba. A ello se unía la necesidad continua de ser aceptado y de conseguir un hueco dentro de este mundo que me era tan ingrato.

Mi padre, como no, seguía ausente y yo iba a mi rollo sin presiones de ningún tipo, gastando su dinero y disfrutando de mis conquistas. En definitiva, viviendo. Pero toda esta placentera vida duró poco, un año escaso. Todo se fue al garete de la noche a la mañana, ¡otra vez! Mi padre me llamó un día al despacho, y eso solo ocurría cuando había novedades muy importantes o cuando iba a regañarme.

—José, siéntate un momento. Tenemos que hablar —dijo mi padre con su característica voz ronca y autoritaria.

Hice lo que me mandó, siempre lo hacía o debía atenerme a las consecuencias.

—Tu madre nos dejó hace ya bastante tiempo. —Me miró evaluando mi reacción. Puse mi mejor cara de póquer y continuó—. Creo que va siendo hora de que busquemos una nueva madre para ti y una buena mujer para mí. Esto me hará ganar muchos puntos de cara a las elecciones.

Toda su vida se basa en la política, la antepone a todo. Jamás lo vi derramar una lágrima por la pérdida de mi madre y jamás sentí un gesto de cariño hacia mí. Nunca aprecié ningún tipo de reacción en él. A veces, me lo imaginaba como una enorme presa conteniendo toda el agua del mundo, pero sin desbordarse jamás. Solo era así conmigo, con sus amigos era espléndido, todo candor y buena voluntad. ¡Cómo me jodía eso!

Mi padre no me estaba preguntando, la decisión no dependía de mí, yo era el último eslabón. Si me lo transmitía era por puro formulismo. Posiblemente, ya existía una futura señora Cruz.

—Lo que usted quiera padre —balbucí cohibido.

Hizo un gesto con la cara, aguzó la mirada escrutándome como si pudiera

ver a través de mí —hecho que me dejaba sin aliento— y determinó que dentro de mí no había nada más que lo que él suponía una débil personalidad. Con un gesto de la mano me hizo salir del despacho. Esa era su particular forma de contar conmigo: comunicármelo en tiempo y forma. A los dos meses, tenía madre nueva.

Fue un choque enorme. Me gusta llamarla madrastra porque a ella la enfada. No iba a llamar mamá a una muchacha con la que apenas me llevaba cinco o seis años.

Carmen era y es una mujer preciosa: morena de largos cabellos lacios —siempre de peluquería—, unos enormes ojos oscuros de largas y negras pestañas, alta con un cuerpo bien proporcionado, unas piernas esculturales a las que sabe sacarles provecho y una piel blanca e impoluta como la porcelana. Mi padre tuvo muy buen gusto, eso se lo reconozco. Por lo menos, en el exterior. Proviene de una familia de rancio abolengo, con más dinero del que pueda gastar, y su educación ha estado encaminada desde la niñez a conseguir un marido con una buena posición social y con un apellido digno y a su altura.

Me encapriché ciegamente y sin remedio de ella, a pesar de que Carmen es tan guapa como maquinadora, superficial y caprichosa.

Con su llegada comenzó el cisma que casi acaba con lo poco que quedaba de mi familia.

El día que cumplí la mayoría de edad me fui de casa. Ya no aguantaba más. No podía soportar vivir durante más tiempo bajo el mismo techo, y más, después de lo que ocurrió. Ese día comencé a dejarme la barba.

Cierro los ojos apartando mis pensamientos negativos y me voy a la cama. Intento hacerme a la idea de que mañana iré de nuevo a esa casa. Cada vez que voy se me hace más difícil. Estoy intranquilo solo de pensarlo, no sé lo que me voy a encontrar. Es una tortura, pero no puedo dejar en la estacada a mi hermana. Soy lo único que tiene y, aunque lo pase mal, estaré con ella. Deseo con todas mis fuerzas que Jana esté sola, como casi siempre, y no tener que coincidir con mi madrastra o con mi padre. Verlos una vez al año ya me parece demasiado.

Capítulo 4

JOSÉ

Llego a casa de mi padre y los recuerdos me invaden, es inevitable, es inevitable. Cada vez que vengo me pasa lo mismo, me siento pequeño, no sé sí por lo que he vivido dentro de estas paredes o por la magnitud del espacio. Eso también contribuye a que intente quedar con Jana fuera de estos muros.

La casa es verdaderamente impresionante. Puedo imaginar la estupefacción y el encogimiento que produce en una persona cuando la ve por primera vez, cualquiera queda intimidado e impresionado sin remedio por tanto despliegue. Está emplazada en la zona más cara de toda la ciudad, una serie de chalets de lujo con seguridad privada y todas esas memeces que les gustan a los ricos.

Se accede por una carretera privada hasta una rotonda con la típica fuente en medio, todo clásico y desfasado. Al llegar, te recibe una mole enteramente blanca con un pórtico de grandes columnas al estilo de los templos griegos. Siempre pensé que era excesivo incluso para mi padre.

En la parte trasera hay una piscina con su zona de barbacoa, por supuesto, y un solárium —capricho de mi madrastra—, aunque ella no tome ni una pizca el sol. No podemos olvidar otras dependencias secundarias que toda casa de rico debe tener: un gimnasio que nunca se pisa, un garaje para más de veinte coches —aunque siempre se use el mismo—, incluso una pista de tenis. Esta sí que la usa mi padre, algo es algo.

Tengo las llaves, nunca me las reclamó, sin embargo, no me gusta utilizarlas. Cuando me fui de la casa, lo hice con todas las consecuencias. Ahora soy un invitado más.

Llamo a la puerta y Harry, el mayordomo de toda la vida, me recibe. Es inglés como lo era mi madre, un tipo frío en apariencia que nunca pierde las formas. Solo por eso a mí me gusta provocarlo.

Las vistas desde el vestíbulo son espectaculares. Un gran espacio diáfano, de nuevo blanco, presidido por una enorme escalera imperial. Todo ese lujo llega a ser recargado y aburrido. Yo soy más amante de lo minimalista,

moderno y tecnológico.

—Hola, Harry. ¡Cuánto tiempo sin verte! —bromeo con una sonrisa en los labios.

El único gesto fuera de lugar que consigue hacer es elevar levemente su ceja derecha. En el fondo, sé que también me echa de menos.

—¿Está Jana en casa?

—Sí, señorito. Su hermana se encuentra en la piscina. Se pondrá muy contenta cuando lo vea.

Comienzo a caminar con paso decidido, pero de pronto me vuelvo y hago la pregunta que me da miedo hacer.

—¿Está Carmen? —Intento que mi voz no trasluzca nada de mi reticencia, pero me resulta casi imposible. Además, Harry, aunque es discreto, conoce todo el panorama.

—Su madre salió hace un rato. Dijo que iba de compras. —Eleva de nuevo su ceja, señal de que no le convence la excusa de mi madrastra.

—Gracias, Harry. —Le guiño un ojo y sigo mi camino más tranquilo.

Me dirijo a la cocina para saludar a mi tata, la única aliada que tuve en esta casa. Harry no cuenta, es demasiado correcto para involucrarse.

Todo sigue siendo ostentoso. La gran cocina hace que la menuda mujer que me da la espalda se vea más diminuta aún. Sonrío cuando la oigo canturrear. Me acerco despacio, intentando no hacer ruido, y la abrazo por detrás. Arrimo mi mejilla a la suya. Ella da un leve respingo, pero me reconoce a la primera y se deja querer.

—¡Canalla! Reconocería ese olor y los pinchos de esa dichosa barba en cualquier sitio. ¡Me tienes abandonada! —Se gira y me da un cachete cariñoso en el brazo—. Cada día estás más fuerte. Como sigas así, no vas a entrar por la puerta.

—Veo que estás muy bien, echaba de menos tu lengua mordaz. Sé que cuanto más me insultas, más me quieres. —La esquivo para robarle algo de comida de la que está en la olla.

—¡Las manos quietas, caradura! Ve a ver a tu hermana, ahora os acerco un refresquito con algo para picar. —Me da un beso, se gira y continúa canturreando.

Es imposible no querer a esta mujer.

Llego a la piscina y ahí está mi pequeña hermana leyendo un libro a la sombra del merendero. Siempre ha sido una niña muy especial: callada y

retraída. No tiene nada que ver con su madre, aunque tampoco es que la pueda usar de referente, casi nunca la ve y, si lo hace, es para recriminarle su falta de habilidad social o su nulo estilo. Respecto al parecido con nuestro padre, podría decir que solo se le parece en la inteligencia.

¿Y qué si prefiere quedarse en casa a irse de compras? ¿Y qué si le gusta leer en vez de jugar con videoconsolas o ver la tele? ¿Y qué si sus amigos son imaginarios? Jana es una niña tremendamente dulce con una inteligencia superior y una falta total de empatía, en parte debido a la familia disfuncional que le ha tocado. Me encantaría poder pasar más tiempo con ella, pero ya me estoy arriesgando demasiado, no quiero tentar a la suerte.

Como si me intuyera, levanta la mirada, deja el libro sobre la mesa con sumo cuidado y entonces sí, sale corriendo para recibirme. Se tira a mis brazos y comenzamos a girar riéndonos a carcajadas.

Ya más calmados nos sentamos en las tumbonas. Al poco aparece mi tata con un aperitivo y un par de refrescos. Charlamos de forma distendida sobre los estudios y dirijo la conversación hacia el tema que más me preocupa: cómo la tratan su madre y mi padre. Ella, como siempre, me dice que todo va bien, que los ve muy poco y que mejor, así puede «hacer sus cosas».

Solo tiene diez años, pero es muy madura, la han obligado a ello. Me excuso para ir al baño y se me ocurre que como hace mucho calor podríamos meternos un rato en la piscina. Rebusco entre los muebles del baño. Mi madrastra no me decepciona, tiene un montón de bañadores de diferentes tallas y formas. Escojo unas bermudas de color azul oscuro con unos ramajes de colores fluorescentes en una de las perneras. ¡Y este era el discreto!

Cuando mi hermana me ve, se parte de la risa y se marcha a toda pastilla a ponerse ella un biquini. En el fondo, quiere ser lo que es, una niña.

Siempre que estoy con ella se me pasa el tiempo volando. Llevamos más de dos horas jugando en la piscina. Estamos arrugados de tanta agua y posiblemente hayamos subido nuestro color de piel dos tonos, sin embargo, merece la pena por ver su sonrisa y su desinhibición. Caigo en la cuenta de dónde estoy y la hora que es. Se hace tarde y debería irme, o luego lo lamentaré. Le comento a Jana mi intención de marcharme y ella se engancha a mi cuello suplicándome que no lo haga. No quiero decepcionarla, así que dejo de pensar y, separándola de mi cuello, la lanzo al agua volviendo a nuestro juego previo. Ella se ríe como una loca y viene a por más.

El ambiente se enrarece y sé que ella está aquí.

Carmen está tan impresionante como siempre. Desliza con suavidad las gafas de sol por el puente de su nariz y me dedica una mirada altiva.

La fiesta particular que teníamos mi hermana y yo finaliza. Jana sale de la piscina con precipitación. Me sonrío tímida y se mete dentro de la casa como alma que lleva el diablo. ¡Corre, tú que puedes! Yo me quedo donde estoy y valoro mis opciones.

Carmen camina por el borde de la piscina hasta posicionarse delante de la escalerilla con las piernas ligeramente abiertas. Me regala una visión espectacular de sus larguísimas y perfectas piernas, y del resto de su cuerpo embutido en un traje negro y blanco de algún diseñador de esos carísimos. A duras penas puedo evitar que mi mirada se deslice por su cuerpo y me reprendo por ello.

No quiero que me intimide y tampoco alargar esto de más. Sin dilación, me acerco a la escalerilla y la subo de manera enérgica. Ella no se aparta ni un milímetro. Desplaza sus gafas a la parte superior de su cabeza a modo de diadema y le hace un repaso a mi cuerpo de arriba abajo mientras se relame sacando a pasear la punta de su tentadora lengua.

—Hola, Carmen. Ya me iba —digo intentando mantener mi dignidad. Ella continúa con su escrutinio.

—¿No le das un beso a tu madre? —replica con una sonrisa pícara.

Sus labios están pintados de un rojo muy intenso y no puedo evitar mirarlos. Estamos a escasos centímetros y puedo oler su carísimo perfume. Mi mente se nubla. Sabedora del poder que tiene sobre mí, alarga una de sus esbeltas manos y araña con sus largas uñas, siempre de manicura, mi pecho. Un escalofrío me recorre, mis pezones se ponen erectos por el frío y el contacto y un jadeo involuntario sale de mi boca. Noto cómo mi miembro empieza a cobrar vida y me obligo a intentar pensar en rodillas de camellos. ¿Qué? A cada uno le funciona una cosa.

Aprovecha mi estado para acercarse aún más. Deseo besarla con todas mis fuerzas, de hecho, no puedo parar de mirar su boca. Estar a su lado es un ejercicio tremendo de autocontrol. Ya casi ha llegado a mis labios cuando rectifica su trayectoria y me besa en la comisura. Cierro los ojos con fuerza, respiro entrecortadamente y mi corazón martillea en mi pecho.

—¿Ves? No es tan difícil darle un beso a tu madre. —Su retintín me saca del trance y al fin reacciono.

—No estoy para juegos, Carmen. Ya nos veremos en otro momento. —

Esquivo su tentador cuerpo y me dirijo hacia la casa a cambiarme y marchame cuanto antes.

—¡No tardes en volver, te echo de menos! —me dice elevando el tono y con un ligero ronroneo.

Entro en el baño, donde me cambio casi sin secarme mientras me recrimino por mi comportamiento. En menos de tres minutos estoy en la habitación de mi hermana despidiéndome de ella y prometiéndole que cuando pueda volveré a verla. Me parece que va a pasar una larga temporada.

Antes de marcharme beso a mi tata y me despido de Harry. Ellos ya saben lo que pasa, así que no se extrañan ni hacen preguntas.

Conduzco hacia los apartamentos más rápido de lo que debo. He bajado la guardia y casi dejo que Carmen me seduzca. Es una tortura estar en su presencia, me gustaría afectarla tanto como ella me afecta a mí. ¡Qué frustrante!

Llego a casa. El encontronazo me ha dejado tocado como casi siempre, menos mal que no he tenido que soportar también a mi padre. Solo me apetece quedarme en el apartamento y dormir hasta mañana.

Preparo la cena. Cocinar es una de las pequeñas cosas que consiguen apaciguar mi carácter, siempre me ayuda. Parece que esto de centrarme en cortar, añadir, remover, medir los tiempos y ceñirme a un plan establecido — eso sí, no innovo, la receta se hace al pie de la letra— hace que mis nervios se templen y retome mi estado zen y mi postura inglesa.

Después de comer con una ligera desgana, me siento en el sofá a disfrutar del último libro que he adquirido antes de quedarme dormido casi sin remedio.

Capítulo 5

NOA

Escucho ruido en el piso inferior. Ya es de día y huele a café recién hecho. Me desperezo y sonrío cuando un rayo de sol impacta y calienta directamente mi cara. Como si el flautista de Hamelín entonara su melodía, me desplazo hacia la cocina en busca de mi droga.

Mi madre, que es muy lista, ya tiene preparada una taza y me tuesta un trozo de pan. ¡Cómo me conoce!

—¿Y papá? —pregunto tras darle un generoso buche a mi café.

—Salió hace tiempo. Se fue con tu hermano Mateo a que herraran a uno de los caballos que lo necesitaba.

—¿Tardarán mucho en volver? No quisiera irme muy tarde, que aún tengo muchas cosas que hacer —le digo torciendo el gesto.

—Creo que no les llevará más de media hora. ¡Relájate, niña! Mientras, te preparo unas fiambreras para que te las lleves.

Mi madre sabe que con eso me tiene ganada. La dejo enredando en la cocina y aprovecho para ir a arreglarme arriba. Tengo que ir a despedirme de los demás.

Qué agradable es ducharse sin usar electricidad, disfrutando de la luz natural que entra por la ventana abierta. No me seco el pelo, hace calor y como lo tengo corto y agraciado, con dos sacudidas que le haga con las manos se queda lo suficientemente peinado. Antes disfrutaba de una melena larguísima, espesa y rizada, que sumada al color naranja-rojizo vivo que tengo era el centro de atención de toda mi persona. Me di cuenta de que la gente no me veía, solo veía mi cabellera y obviaba el resto, así que fuera distracciones. Ahora tienen que verme a mí.

A mi familia por poco le da un soponcio cuando me vieron con el pelo corto como un chico, pero ya se han acostumbrado. Además, ahora tengo el flequillo algo más largo y, según mi padre, me da un aspecto más femenino. En su momento me sentí contenta, gané en comodidad y me queda genial.

Me miro en el espejo detenidamente y hago una mueca de fastidio. El sol de ayer ha hecho aparecer nuevas pecas. Parece que tuviera dieciséis años con ellas, es casi lo que peor llevo de ser pelirroja.

Voy a despedirme de mis hermanos y media hora después estoy de vuelta, mi padre aún no ha regresado. Mi madre me calma, han llamado y casi están de vuelta.

Ayudo a mi madre con lo que le queda por hacer y voy metiendo las cosas en el coche. Recuerdo que iba a llevarme la bicicleta, ¡por poco se me olvida! Voy al cobertizo, le quito el polvo. La coloco como puedo en el coche y termino de acomodar la comida de mi madre en los huecos que quedan. ¡Toda mi vida cabe en un coche, qué fuerte me parece!

Veo aparecer la ranchera de mi padre. Él se acerca a mí mientras mi hermano saca el caballo del remolque y aprovecho para despedirme de mi padre y de mi madre. Mi hermano me desea buen viaje y me insta a que lo avise si tengo algún problema. ¡Qué sobreprotectores son! Como si yo no supiera cuidarme sola.

Me pongo en marcha. Aún me queda un rato de coche y un montón de cosas por hacer, y es mucho más tarde de lo que planeé. Paro a comer en un bonito restaurante de carretera mientras llamo al arrendador para citarme con él en la puerta del edificio donde está el piso, no quiero esperar con el coche lleno.

Cuando llego a la ciudad, estoy más que cansada y acalorada. La humedad se multiplica por tres y me resulta agobiante. Con las indicaciones que me dio, llego al piso y lo llamo para informarle, incluso he encontrado un aparcamiento cerca.

A los diez minutos, aparece un señor de mediana edad vestido con ropa informal y con una sonrisa que me resulta bastante falsa. Se presenta y subimos al piso.

Me vengo abajo nada más verlo. Es minúsculo, creo que la bicicleta solo entraría en diagonal.

—¡Esto no es lo que habíamos acordado! —le espeto indignada.

—Sí, señorita. El anuncio decía bien claro que eran veinte metros cuadrados —responde digno, incluso enfadado.

—Claro que sí. Veinte metros cuadrados hay. Lo que no especificaba es que en ellos se incluía el aseo, el balcón, los muros y los dos armarios empotrados —argumento rabiosa.

—Fui muy claro. Si no lo quiere, no se le devolverá la fianza. Y dígamelo ya porque tengo a mucha gente esperando.

—Pues no me lo voy a quedar, pero usted me va a devolver la fianza

íntegra —contesto segura. Él me mira como si estuviera loca—. Tengo buenos abogados y sabe que su anuncio y su apartamento son un fraude. Dudo que cumpla con los requisitos mínimos para ser habitado y posiblemente no declare las ganancias, ¿estoy en lo cierto?

Parpadea un par de veces, traga saliva y, tras lo que parece una larga conversación consigo mismo, abre su cartera y deposita en mi mano la mitad de lo que le di.

—Con esto ganamos los dos. —Sonríe de medio lado.

No retiro la mano, lo miro con gesto hastiado y muevo el pie un par de veces.

Vuelve a sacar la cartera y me da un ochenta por ciento del precio. Este hombre me está tocando la moral.

—Yo no tengo donde dormir, así que me da igual pasar toda la noche esperando a que me devuelva mi dinero.

—Podrías dejarme algo por el día que me has hecho perder.

—¡Venga ya! No te va a funcionar este timo de la estampita conmigo. Mira, estoy cansada y desilusionada. Mañana será un día duro de cambios y de adaptación. Te doy cinco euros porque hoy me has cogido sensible. Y date por contento con que al final no te denuncie.

El «señor» saca de nuevo su cartera y me da lo que me corresponde. Me doy media vuelta y me largo de allí lo más rápido que puedo. No es una cuestión de dinero, sino de justicia.

Como estoy viendo el panorama y a estas horas va a ser imposible encontrar un sitio donde dormir, me subo de nuevo al coche y conduzco hasta llegar cerca de la ubicación de mi nuevo trabajo. Estaciono en los aparcamientos típicos que se ponen casi a pie de playa para los turistas. Salgo del coche, me siento en la arena y disfruto de uno de los atardeceres más bonitos que he visto en mi vida. Saco una de las fiambreras de mi madre y ceno tranquila. Disfruto de las vistas e intento relajar mi mente. Al final me voy a dormir al coche porque la playa estaba muy poco iluminada.

∞∞∞∞

¡Vaya nochecita he pasado! Tengo el cuello, la espalda y el culo muy doloridos. Por mucho que echaba el sillón hacia atrás, no me encontraba cómoda. El asiento no da más de sí porque está todo llenito de cosas de la mudanza, solo la bicicleta ya se come todo el espacio. Para colmo, ¡la luz que

no hay en la playa la tienen en el aparcamiento! y me he pasado toda la noche con el haz en los ojos.

A las cuatro de la mañana, cuando comenzaba a conciliar el sueño, han venido un par de agentes de la ley a comunicarme, muy amablemente, que no se podía dormir en la calle y que debía buscar un alojamiento. Les he explicado también de manera muy cordial y con la mejor cara que he podido, entre mis legañas, que es un hecho puntual y que mañana dormiré en un sitio apto. Me han advertido que se volverán a pasar y que, si me encuentran de nuevo, habrá consecuencias. Espero que se refieran a una multa, que tampoco quiero. No creo que por dormir en la calle te metan en la cárcel, ¿verdad?

Encima, me han pedido el documento de identidad porque no creían que tuviera la edad que les he dicho. Siempre piensan que soy más pequeña de lo que soy. Cuando tenga muchos años lo agradeceré, pero ahora mismo ¡lo odio!

Voy a desayunar al chiringuito que está un poco más allá. Mientras me sirven, aprovecho para asearme en el baño. Qué incómodo el lavado del gato: un agüita por aquí, otra por allá, un poco de desodorante y unas pasaditas por el pelo para domar lo que se pueda. Me cambio la ropa por un pantalón ancho de bolsillos, una blusa de cuadritos rojos y blancos y las botas de obra. No he podido localizar mucho más en el maremágnam que compone mi maletero. Ya estoy lista para tomarme ese café con una tostada. Me queda aún un día duro y tengo que reponer fuerzas. Pido la contraseña del wifi y reviso el móvil mientras disfruto de las vistas.

Con más ánimo y por supuesto sin perder de vista mi coche —no es que tenga muchas posesiones, pero lo poco que tengo pretendo conservarlo—, me siento en unas escaleras cerca del bar. Conecto el portátil con el wifi y reviso los correos de la empresa.

Esta tarde toca trabajar, tengo una reunión con el promotor para concretar los trabajos que comenzarán mañana. Espero que sea alguien amable y colaborador, que se deje guiar por mis sabios y expertos consejos y no un metomentodo que piense que tiene la razón por poner el dinero. Soy una magnífica profesional.

Así que, con este panorama, me quedan solo unas horas para buscar alojamiento. Miro al cielo a ver si la providencia me manda un poco de buena suerte.

Nada, dos horas y media buscando y está todo ocupado. Lo poco que hay

libre no me convence. Los hoteles están hasta arriba, incluso los hostales. Mis pelos están todos de punta de tanto atusarlos. ¡Qué desesperación!

Suena mi móvil y es mi encargado, Luis. Como sean malas noticias, va a rematar mi día.

—¿Qué pasa, Luis? Dime que tienes algo bueno para mí —le digo esperanzada.

—Ni bueno ni malo, jefa. El tráiler que transporta las casetas de obra llegará en media hora. Yo estoy en un atasco que no tiene pinta de mejorar en un rato —resopla. Se escuchan bocinas de fondo—. Era por si tú... bueno, esto...

—Sí, Luis, yo me encargo de recibirlos y de colocarlos en su sitio. Tú me has cubierto multitud de veces. No te preocupes. ¿Tienes que venir a algo más?

—Pues sí, deben llegar diversos materiales.

—Yo me encargo de todo. Sal del atasco y vete a disfrutar con tu mujer. Mañana será otro día, del de hoy me encargo yo.

—Jefa, no creo que sea correcto —titubea.

—Soy tu superior, Luis. Vete a casa.

—Gracias, jefa. Eres la mejor. Mañana nos vemos. Le diré a Lucía que te haga los roscos que tanto te gustan.

—¿Ves, Luis? Sabía yo que saldría ganando con el cambio. Dale muchos besos de mi parte.

Sonrío, los roscos de Lucía están riquísimos. Bueno, todo lo que ella cocina lo está. Mi día ha cambiado un poco. No me importa. Pienso mejor cuando estoy activa.

Paso varias horas al sol guiando a los camiones y a las grúas. Cuando al fin está todo colocado donde debe, me felicito por el trabajo bien hecho. El chico de los materiales tardó más de la cuenta y la ansiada ducha que tanto necesito se va a quedar solo en las ganas. En un rato llegará el promotor y quiero estar aquí cuando lo haga. Recuerdo con fastidio que sigo sin casa y que tendré que pasar otra noche en el coche.

En mi campo de visión aparecen las casetas de obra y otra superidea cruza mi mente. Esta es la buena, lo sé. Si me instalo en la caseta, estaré al lado del trabajo, me ducharé en las instalaciones de la playa, no tendré que pagar un alquiler y dispondré de más tiempo y tranquilidad para buscar una casa en condiciones. Quizá sea una idea demasiado descabellada, pero me la

quedo.

Con todo el lío, aún no he comido. Por lo que saco otro recipiente de los de mi madre, engullo su contenido a la velocidad del rayo y el resto del tiempo lo dedico a trasladar mis objetos del coche a la caseta. Una de ellas la usaré para acumular herramientas y la otra, que iba ser el despacho, será despacho/habitación. Menos mal que no soy remilgada, ¡cómo se nota la gente de campo!

Después de trasladarlo todo, un tufillo bastante molesto me rodea. En apenas cinco minutos llegará el promotor. Me coloco el casco para disimular el estado de mi pelo y recojo de forma apresurada una pila de cajas de zapatos que se han volcado. Los minutos que me restan los aprovecho para desplegar uno de los planos que espero consultar con él. Escucho cómo se abre la puerta de la caseta y me quedo congelada en el sitio. ¡Ya podrían llamar!

Capítulo 6

JOSÉ

Me despierto otra vez en el sofá desorientado. ¡La casa domótica debería avisarme para que me fuera a la cama!

Estoy toda la mañana con gestiones bancarias, pero no paro de darle vueltas a lo que ocurrió ayer con mi madrastra. Sin embargo, no debo dejar que me domine. Por si fuera poco, mi peor enemigo, Vodka, está muy impertinente. ¡Si vive mejor que yo! ¿Qué más quiere? Le he pedido amablemente que sea bueno y no me siga. Cierro la puerta a toda velocidad porque no quiero que se escabulla, es muy habilidoso. Algo más tranquilo por dejarlo a buen recaudo, voy a mi cita con el jefe de obra.

Reviso mi atuendo antes de entrar en el recinto. Me he puesto mis mejores galas para afrontar mi primera reunión en el desempeño de mis funciones, ¡tiene que salir todo a la perfección! He colocado mi pelo al milímetro con gomina y mi barba está recortada y perfecta. Me he enfundado uno de mis mejores trajes y unos elegantes zapatos, y me he perfumado con colonia. Estoy hecho un *dandy*.

Ojeo el solar, no hay actividad. Se ve todo bastante desangelado. Esta mañana han debido colocar las dos casetas que ocupan la parte delantera del terreno y diversos materiales aparecen diseminados. Aquí no se ve al jefe de obra por ningún lado. Me dirijo a una de las casetas y está cerrada, pruebo suerte en la otra y la puerta se abre.

Subo el par de peldaños recolocándome los puños de la camisa y, cuando levanto la mirada, me encuentro la espalda de un muchacho. Está trasteando con unos papeles y se ha detenido al escucharme. Parece apenas un chiquillo, no sé si es legal que trabajen con menores. Tengo que hablar con el jefe de obra de este asunto.

—¡Chico! ¿Dónde está tu jefe? —le digo sobresaltándolo—. Tengo una cita con él y llega tarde.

El muchacho da un respingo por mi intervención, suelta los papeles de cualquier manera y se tensa. Empiezo a impacientarme por el comportamiento.

—¿No me has escuchado, chico? —repito, ahora con un tono más urgente

y autoritario. No tengo el día para muchas tonterías.

Se gira para enfrentarme y mi mandíbula se desencaja.

—Creo que se está confundiendo —contesta. Aprieta los dientes, expulsa el aire por los dilatados orificios de la nariz, modo olla exprés, y fuerza una sonrisa que me intimida.

—Disculpa. Pesaba que eras un chico —digo azorado. Me arrepiento al momento cuando veo cómo su sonrisa se amplía más—. Por cierto, ¿qué haces aquí? ¿No debería estar el jefe de obra?

Desvío la mirada observando la estancia. Está todo lleno de cosas. Hay un montón de objetos personales por todas partes, ¡incluso una bicicleta! Y huele... ¿a qué huele?

La chica amplía aún más su sonrisa, si cabe, y coloca sus brazos en jarra dispuesta a darme batalla.

—¿Y tú no deberías llamar a las puertas ajenas?

—Estaba abierta, no la he forzado ni nada por el estilo.

—Soy la señorita Mendoza —se presenta dejándome cortado—. La jefa de obra. —Me tiende una mano a modo de saludo.

Me quedo durante unos segundos procesando la información y cuando salgo de mi estupefacción, le ofrezco la mía.

—José Turner... representante del promotor —titubeo de nuevo al hablar—. Encantado. —Su mano se pierde dentro de la mía de lo pequeña que es—. ¿Está segura de que tiene la edad legal para trabajar?

Levanto mis gafas de sol y la analizo de arriba abajo. Viste informal con un pantalón de bolsillos —dos tallas más grande de lo que debería—, una camisa de cuadros —también unas cuantas tallas más grande— remangada hasta los codos y unas pesadas botas de obra. Debe costarle bastante caminar con ellas. Examino su rostro y no puedo dejar de mirar una peca que destaca sobre todas las demás que riegan su rostro. La dichosa mota está justo en el borde de su boca, una boca llena y de un color fresa muy intenso. Los ojos, que ahora me miran con impaciencia, parecen vivarachos y retadores, de un color avellana claro bastante curioso que armoniza con su pequeño rostro de facciones aniñadas.

A su cara acude un tono sonrosado que dudo mucho que se deba a la vergüenza —creo que no tiene—, más bien es fruto del enfado. Casi me arrepiento de mis palabras, pero solo casi, es bonito verla sonrojada.

—Debería meterse en sus asuntos. Soy la persona asignada por ECons, S.

L. para dirigir la obra. Si tiene algún problema, debería ponerse en contacto con mis jefes, pero no se lo recomiendo. Tengo la edad que debo tener, una sobrada experiencia y no tantos prejuicios como usted —replica de forma altiva. Se gira extendiendo unos planos y continúa—. ¿Quiere seguir discutiendo mi cualificación o nos ponemos al lío y terminamos ya con esto, señor Turner?

—Claro, disculpe. —Consigo contestar a duras penas, trago saliva con dificultad. Me va a costar tomarla en serio, aunque tengo la sensación de que si no lo hago ella se encargará de colocarse en su lugar.

Tras estos embarazosos primeros minutos, nos enzarzamos en una serie de discusiones sobre los materiales, los precios y los plazos. Ella sabe de lo que habla, no me cabe duda, pero está demasiado preocupada por el medio ambiente. No he discutido con Carlos sobre estos detalles. No quiero que por culpa de la ecología los costes se eleven demasiado. Insiste en que a la larga la inversión será rentable, aunque yo no lo tengo tan claro. Debo echar números antes de tomar una decisión y, por supuesto, hablar con Carlos. Menos mal que volverán en unos días.

Por la puerta de la caseta asoma una cabeza peluda y me temo lo peor. No sé cómo ha logrado escapar.

—¡Vodka!, pensaba que habíamos llegado a un acuerdo...

El puñetero perro me ignora y camina hacia la señorita Mendoza, alarga su pequeña patita hacia su pierna y está, sin más, lo coge en brazos y se pone a acariciarlo mientras me lanza miraditas de esas que te atraviesan el alma. Me recuerdan a las de mi padre y eso me hace fruncir el ceño.

—¿El perro es suyo? —me espeta beligerante.

—No, no, solo lo cuido. Era de Fifi. —Vodka ladra—. Ella ya no está con nosotros y está a cargo de su hijo. Es un maleducado.

Ella acerca al maldito perro a su rostro y le susurra, aunque sabe que la escucho perfectamente: «El único maleducado es él, ¿verdad?». Vodka le da un lametón y la señorita Mendoza sonrío. Sus facciones se relajan y aprecio una belleza serena que antes no estaba.

—No debería consentirlo tanto. Como le dé cancha, hará con usted lo que quiera —le digo mirándola con suficiencia.

—Tengo mano con los animales. Creo que Vodka, ¿se llama así? —asiento—, sabe perfectamente a quién debe arrimarse.

—Me parece que eso ha sido bastante gratuito.

—Tanto como su recibimiento —replica con sarcasmo.

Empiezo a tener muchísimo calor en la caracola con el traje. Me levanto, me quito la chaqueta, desabrocho un par de botones de mi camisa y me remango. Ella no para de mirarme mientras acaricia a Vodka, que se ha tumbado en su regazo tan ricamente. Discutimos sobre un par de cuestiones más relativas a las obras y creo que es hora de destensar el ambiente y hacer algún acercamiento, al fin y al cabo, vamos a tener que llevarnos bien.

—Es tarde y no vamos a llegar a más entendimientos por ahora. —Me siento incómodo por su mirada—. La invito a algo y así limamos asperezas.

Al principio no contesta, y eso me pone aún más nervioso.

—No tengo nada más que hablar con usted. Así que, si considera que hemos terminado, mañana comenzaremos siguiendo los parámetros que ya tenemos definidos. Y cuando tenga una idea clara respecto a los demás, me lo comunica.

Me vuelvo a quedar sin palabras, me pongo de pie y recojo mi chaqueta. Antes de salir por la puerta no puedo evitar preguntarle:

—¿A qué huele aquí?

—Ehh... —Ahora sí los colores tiñen sus mejillas, sus labios suben un tono y sus ojos brillan—. Yo no huelo nada, debe tener un olfato muy fino o su colonia está caducada.

Más desconcertado aún llamo a Vodka, que se estira de forma perezosa, salta de su regazo y sale del recinto moviendo enérgicamente sus pequeñas patitas. Vuelvo una vez más la mirada hacia esta chica tan peculiar y me voy a mi casa a analizar lo que ha pasado.

Llego a mi apartamento, le ordeno que encienda las luces y que ponga el agua de la ducha a alta temperatura mientras me voy desnudando por el camino. Cuando llego al baño, está todo listo y me meto bajo el caliente chorro. Suspiro. ¿Cómo he permitido que una niñata que físicamente es la mitad que yo me dirija como lo ha hecho? ¡Joder! Tengo muchísima experiencia con mujeres, y casi todas más intimidantes que ella, pero esta me ha callado sin más. Sonrío.

Capítulo 7

NOA

Me quedo un rato sentada en la silla ocultando mi rostro entre las manos. ¿Cómo he podido comportarme así? He sido desconsiderada, descortés e incluso bastante borde. No me arrepiento porque creo que se lo merecía, pero es mi trabajo y a veces debería morderme la lengua. Mis padres me han enseñado mejor.

¿Qué hace un tipo con un traje de chaqueta en pleno mayo? Encima, con el pelo engominado y una barba rubia bastante cuidada, todo hay que decirlo. Parecía que lo habían sacado de otro momento de la historia. Las gafas de sol y la barba creo que le sirven de camuflaje, ¿de qué se esconde? Por instinto, me he puesto a la defensiva. Su cara cuando se ha dado cuenta de su error ha sido un poema. Sonrío recordándolo, ¡al fin me ha valido de algo parecer una niña!

Vuelvo a ponerme seria, que venga un tipo que no me conoce de nada a poner en duda mi trabajo y mis conocimientos no me ha gustado nada. Llevo toda la vida tratando con hombres entre mi casa y mi trabajo y nunca he sentido la necesidad de ser borde. Me ha desconcertado y creo que él ha sentido lo mismo.

Cuando se ha quitado las gafas de sol, ha sido brutal. Tiene unos ojos color verde agua que me han dejado casi, casi callada. Si se afeitara esa barba y se quitara esos pelos tan repeinados, estaría mejor. Al desprenderse de la chaqueta he podido apreciar que está muy musculado, tendría que quitarse también esos estúpidos trajes. ¡Como siga así, lo voy a convertir en otra persona! Definitivamente, no es mi tipo y además es un estirado. Ha dejado claro que yo tampoco le gusto. Aprecio su intento de apaciguar los ánimos con la invitación al refresco, pero dónde iba a ir yo con estos olores. No me he podido quitar ni el maldito casco, y eso que los chorreones de sudor llevan ya horas corriendo desde mi cuero cabelludo hasta mi rabadilla.

Parezco bipolar. Aclárate, Noa: ¿te ha caído bien o no? Necesito despejarme, es el momento de una ducha. Cierro la puerta con el pestillo, rebusco más de diez minutos entre mis cosas, me pongo el bikini y cojo lo justo para irme a las duchas de la playa. Estaría bien que no hubiera muchos

transeúntes para poder disfrutar de la ducha sin espectadores.

No he tenido suerte. Todo estaba atestado de gente, aunque me ha dado lo mismo. Tras la ducha, me siento más calmada y a gusto, aunque haya sido con agua fría. Me pongo unos pantalones cortos y una camiseta y me voy al chiringuito a beberme un par de cervezas y cenar algo caliente, que estoy cansada de tanta comida fría. Los garbanzos de mi madre están muy ricos, pero fríos pierden mucho.

Con la barriga llena, un par de cervezas o tres y una conversación intensa con mi madre —con algún que otro quiebro para no mentirle—, afronto mi nueva noche durmiendo en un sitio extraño. Menos mal que no soy muy miedosa o no dormiría nada. Rebusco entre mis pertenencias, de nuevo, y consigo apañarme una cama más o menos confortable. Me pongo un rato la radio y me quedo dormida.

Escucho ruidos de máquinas, mucho ruido y muchas máquinas. Un golpeteo constante y cada vez más fuerte sobre la puerta. Mi móvil también se pone a sonar. ¡Mierda! No puse el despertador. Me levanto con rapidez, me pongo la ropa interior, unos pantalones, una camisa y las botas. Atuso mi pelo como puedo y me coloco el casco, otra vez mi salvador. Abro la puerta y veo a Luis saludándome con cara de circunstancias, pero con un rico y humeante café.

—Buenos días, Luis. —Mientras hablo, bostezo y le arranco el café de las manos. Me tiende una bolsa que examino sin ningún pudor y la dejo en la zona de mis cosas. Su mujer me habrá preparado comida rica.

—Vaya chiringuito te has montado aquí. ¡Como te trinquen, verás! —Asoma la cabeza e inspecciona el lugar.

—Yo no voy a decir nada y tú... —me giro, lo miro y le lanzo una de mis miradas intimidantes— tampoco.

—Por supuesto que no voy a decir nada, solo digo que esto es muy irregular. Haz el favor de buscar un sitio apropiado. Si pudiera te vendrías a casa, pero ya sabes que tenemos a mi hijo con su familia allí.

—No te preocupes, sé de sobra tu situación. Tranquilo, sé cuidarme.

Me bebo el café mientras observo la actividad de la obra. A algunas de las cuadrillas las conozco de otros trabajos. Hay un par de trabajadores nuevos, no tienen mala pinta. A uno de ellos lo he pillado mirándome un par de veces. Lo cierto es que no sé qué mira porque esta ropa no me hace ni culo.

Recuerdo cómo me puse ayer cuando el tipo estirado ese me confundió con un muchacho. Una sonrisa aflora inevitablemente a mis labios, fui demasiado dura con él.

Hablando de Roma..., levanto la cabeza y me lo encuentro observándome.

—¿Ya estamos otra vez aquí? ¿Eso quiere decir que ha llegado a alguna conclusión sobre cómo hacer las cosas?

—Buenos días, jefa de obra —dice sarcástico—. Me parece que un saludo es lo primero que hay que dar.

—¿También me va a dar lecciones sobre modales?

—No lo pretendo, aunque no me deja mucho margen.

—¡*Stop!* Tiempo muerto. Ya vale. —Lo paro en seco. Pongo mis brazos en jarras y me preparo para dejarle las cosas claras—. Ayer quedó de manifiesto que no nos vamos a llevar bien, pero no me busque las cosquillas. Haga lo que tenga que hacer, que yo haré lo que deba, pero hasta ahí llega nuestro intercambio. ¿Lo he dejado claro?

—Me parece que no está teniendo una actitud positiva. Deberíamos comenzar de nuevo, y esta vez con mejor pie —replica con una mirada suplicante y carita de niño bueno.

Reconozco que me gusta este tira y afloja, y no es un mal rival. Por esta vez daré mi brazo a torcer, pero como se ponga tonto, no habrá tregua.

—Buenos días, soy Noa Mendoza, la jefa de obra. —Le tiendo la mano y observo la bonita sonrisa que se dibuja en su cara, a la que correspondo sin poder evitarlo.

—Buenos días, señorita Mendoza. Yo soy José Turner, promotor. Me encantaría que me llamara José. Un placer.

—Deberías invitarme a desayunar para afianzar nuestra inminente tregua.

—Veo que trabaja mucho, señorita Mendoza —replica juguetón.

—¿De verdad quieres ir por ahí? —contesto en el mismo tono. Suelta una carcajada genuina y muy agradable.

—Las damas primero.

Vamos al bar de al lado a desayunar, no sin antes indicarle a Luis un par de detalles a los que tiene que prestar especial atención. Es de mi plena confianza y sabe lo que hace. Si hubiera algún problema, me llamaría. Luis me lanza una mirada interrogante, le quito importancia meneando la cabeza.

José y yo desayunamos de forma apacible, menos mal. Hablamos de la

obra sin matarnos. Aún existe una ligera tensión, aunque el tono es más conciliador. Tenemos lo que podría decirse discusiones sanas.

Lo he invitado a desayunar después de discutir levemente sobre el asunto. Esto de los caballeros a la antigua usanza no me va. Sé valerme por mí misma en todos los aspectos.

Nos despedimos de forma cortés y cada uno se va a lo suyo.

Las obras van a buen ritmo, mi equipo funciona a las mil maravillas y no ha habido conflictos de relevancia, un par de cosillas de fácil solución. A las cinco de la tarde los mando a todos a casa. Aquí hace un calor de mil demonios. La obra corre prisa, pero no tanto como para justificar alguna baja o una sanción.

Cuando se van todos, me pongo el bikini y me voy a la playa a relajarme un poco.

Hay bastante gente disfrutando de la playa, me camuflé entre ellos y me doy un baño revigorizante en el mar. El agua está fría, pero después de todo el calor del día se agradece. Me tumbo en la toalla a tomar un ratito el sol mientras leo un libro y noto un cosquilleo en el muslo acompañado de un ladrido. Mi nuevo amigo peludo se tumba sobre mi toalla y me hace compañía. Cuando el sol está cayendo, observamos el bonito atardecer. ¡Esto es vida!

Capítulo 8

FIFI

¡Por fin algo de diversión! Se ha producido un choque de titanes, menos mal que soy un espíritu ágil y llegué antes de que finalizara. Salí disparada nada más escuchar las primeras voces. Cuando decidí invertir en los apartamentos, no podía imaginar que me darían tantas satisfacciones. Es lo mejor que he hecho en mi vida y en mi muerte...

Pensaba que iba a ser un día anodino como tantos otros y cuál ha sido mi sorpresa al encontrarme a José discutiendo con la jefa de obra, ¡es una chica y qué chica! Me ha encantado la discusión que han mantenido. Ha sido bíblico, estaban tan enzarzados en su particular lucha que no han reparado en la electricidad que los rodeaba. Los polos opuestos tienden a atraerse. *Love is in the air*. No conozco de nada a la chica, pero si va a hacer que José reaccione de esa manera, me cae bien de forma automática.

Menos mal que, como estaba preocupada por José, mandé a Vodka para espiarlo. Para que mi pequeño amigo hiciera su trabajo tuve que ayudarlo a escapar, reuniendo toda mi materia síquica o física o lo que sea, y el resultado ha sido satisfactorio. Mi perrito ha podido asistir estupefacto a toda la escena.

Tras reflexionar sobre lo sucedido, puedo concluir que me gusta Noa. Además, mi pequeño le ha dado el visto bueno. Será una digna candidata para José.

A Vodka le he asignado un exhaustivo seguimiento de Noa. En principio iba a encargarse de José, pero dejó claro su punto de vista cuando me dio la espalda. Después de conocer a Noa, no quiere ni verlo. Así que del chico me encargo yo.

Después de sus merecidas vacaciones, mi hijo al fin vuelve. Se me ha hecho eterno, estaba deseando que regresara. Ahora, con la familia al completo, las cosas solo pueden salir bien. Los veo contentos y con ánimos. Helena tiene un color tostadito muy mono y mi hijo ha modificado su rictus serio. Retomarán sus quehaceres con otro espíritu.

Esta noche han preparado una cena informal con José y Alicia para enseñarles fotos y que les informen de las novedades. Esas típicas reuniones que se hacen después de un viaje y que a nadie le gustan, porque te cansas de

ver fotos y vídeos y desatan la peor de las envidias. Lo mejor, que habrá cervezas y buena comida.

Hace un momento ha llegado Alicia sola, cosa que los ha sorprendido, pero no han preguntado por ahora. Todos se han fundido en abrazos. Son una buena familia. Después de las preguntas de rigor sobre sus respectivas vidas —en las que todos han sido bastante parcos con sus respuestas—, se han puesto a tapear y a ver el reportaje.

Qué buen viaje se han pegado. Tras armarse de valor, le han preguntado a Alicia sobre su relación y no ha dado muchos detalles. Me temo que no está contenta o que pasa algo con su novia. Se la veía muy feliz hace unos días, no sé qué habrá sucedido. Respecto a José, ha hablado por encima de las obras. Ninguna mención a Noa, dato altamente sospechoso. Como siempre, tampoco hace partícipe a sus amigos de la relación con su familia, debería hablar con alguien.

La noche transcurre tranquila entre risas, cervezas e historias sobre el viaje. Todos forman una familia de lo más peculiar, me enorgullece verlos felices. ¡Los quiero tanto!

Mientras ellos disfrutan de la cena, yo me retiro a espiar al inquilino del tres B, Adolfo. Cada vez me parece más interesante. A ver si lo pillo en la ducha. ¡Una no es de piedra! Está revolucionando mis hormonas, si eso es posible en mi estado. Quizá sea lo que me está impulsando a querer mezclar a dos personas que son como el agua y el aceite.

Capítulo 9

NOA

Aún no he conseguido una casa donde alojarme. Me quedaré en la caseta todo el tiempo que dure la obra, lo estoy viendo, porque la temporada veraniega no ha hecho más que empezar y cada día es más complicado encontrar algo. Dejo que los trabajadores se vayan una hora antes, con el beneplácito de mis jefes, por supuesto. Están trabajando muy bien y bastante rápido, se merecen alguna gratificación.

No he tenido más encontronazos con el señor Turner. Las veces que ha aparecido por aquí ha tratado con Luis. Parece que entre hombres se entienden mejor porque ellos no paran de reírse cuando hablan. Reconozco que le he echado unas cuantas miraditas. Su estilo estirado no me va nada, sin embargo, está de muy buen ver. Se puede mirar, ¿no?

Según me ha informado Luis, el verdadero promotor ya ha llegado de su viaje y no tardará en pasarse por el solar. Eso quiere decir que dejaré de ver al estirado. Lo voy a echar de menos y todo, ¡ni de coña!

Se han ido todos y aprovecho que tengo un momento libre para buscar un alojamiento. Llaman a la puerta de la caseta. Se supone que aquí no debe haber nadie, así que me quedo quieta sin hacer ruido. Los golpes continúan. Siempre puedo decir que estoy echando horas extras. Finalmente abro, ya veremos cómo salgo de esta.

—Buenas tardes —me saluda una chica morena muy guapa y bastante despampanante.

—Buenas tardes —replico a la espera.

—¿Trabajas aquí? —La chica escruta la caseta.

Me siento un poco cohibida porque está todo manga por hombro. Eso de separar la zona personal de la profesional solo duró un par de horas. Hago un barrido visual para saber lo que está viendo y me pongo en movimiento rápidamente porque hay un sujetador enganchado en la pantalla del ordenador. Lo recojo veloz como un rayo y me lo meto en el bolsillo del pantalón de trabajo. No he ido a ducharme ni me he cambiado de ropa. Ahora que caigo, tampoco me he quitado el casco. La chica está arreglada al milímetro. Su cabello moreno y largo, muy cuidado, reluce a la luz de sol del

mediodía. Es guapísima, con mayúsculas, y gracias a ella la caseta se ha inundado de buen olor. ¡Vaya opinión debe estar sacando!

—Sí, soy la jefa de obra y ¿usted es...?

—Helena. —Sube los escalones, se aproxima y me planta dos besos de manera cariñosa—. Tú debes ser la señorita Mendoza.

—Noa —le contesto con una sonrisa en los labios y algo desconcertada—. Veo que las noticias vuelan.

—Sí, un pajarito me ha dicho que había una mujer a cargo de las obras y no he podido evitar venir a conocerla. —Me sonrío.

—El pajarito solo sabe trinar, por lo que veo.

Ella me mira de soslayo y sonrío comprendiendo mi ironía.

—Me gusta tu bici. ¿Vives aquí?

—Es algo provisional —me excuso. Mi boca traicionera me ha delatado—. Tuve un problema con el alquiler y me es imposible encontrar algo vacío a estas alturas. —Anda, que me ha faltado bastante para contarlo todo.

—Menos mal que he vuelto de mi viaje para salvarte la vida. Esto no tiene unas condiciones mínimas para vivir.

—¿Y cómo me la vas a salvar?

—Fácil. Tengo un apartamento para ti. Si lo quieres, claro. —Se apresura a darme una opción, aunque de sobra sabe que no la tengo.

—No sé si podré pagar uno de vuestros apartamentos, y menos en temporada alta.

—Tonterías. Si trabajas para nosotros, eres casi de la familia. Vente conmigo que te lo voy a enseñar y discutimos el precio mientras te invito a un café.

Me gusta esta chica y si me soluciona el problema, la adoraré. Se va a convertir en mi nueva mejor amiga.

—Me doy una ducha rápida, me cambio de ropa y voy.

—¿Te duchas en las duchas de la playa?

—Veo que eres muy lista.

Suelta una carcajada a pesar de que he sido un poco borde.

—Coge las cosas que necesites para asearte. Pensándolo mejor, coge todas tus cosas. Definitivamente, necesitas el apartamento.

Me ayuda a recoger lo más urgente —porque no vamos a poder cargar con todo— y nos dirigimos a los apartamentos.

En la puerta de entrada nos recibe Vodka dando saltos y muy contento.

Le hago un par de carantoñas y nos sigue con esa forma de andar tan característica y sin separarse de nosotras ni un momento.

El apartamento está al fondo a la derecha. ¡Anda, como los baños en los bares! Caminamos por un pasillo dejando un apartamento en la zona central. Las cortinas de este se desplazan cuando pasamos, pero no le doy importancia. Vecinos cotillas hay en todos sitios.

Helena abre la puerta del apartamento y me quedo alucinada. Los he visto sobre plano y me parecían bonitos y confortables, con espacio suficiente, pero ver los originales es una pasada. Tendría que haberlos visitado antes y no solo limitarme a los planos. Estoy encantada.

Ella se dirige hacia el fondo de la estancia y se pierde por el pasillo, yo me quedo allí esperándola.

—Noa, ¿vienes? —la oigo gritar.

Camino hacia la voz. El dormitorio es espacioso y está amueblado con muy buen gusto.

—Pon tus cosas donde quieras. Es tu nueva casa —dice sonriendo—. Por el dinero no te preocupes, que seguro que llegamos a un acuerdo razonable para ambas.

—Helena, no sé cómo agradeceréte. Había asumido que iba a estar en la caseta hasta el final de la obra. Mil gracias.

—No me las des. Todo tiene un precio y en mi caso necesito una amiga —me sonrío—, y te ha tocado.

—¡Qué habré hecho en otra vida para merecer tan grande castigo!

Se encamina hacia el salón riéndose de mi broma.

—Acomódate, dúchate tranquilamente y cuando hayas terminado, ven a verme. Mi casa es el apartamento uno B, desde aquí, el que está más cerca de la entrada. Iré haciendo el café. —No espera mi contestación, se va sin más.

No quepo en mí de gozo. Me quito el casco, al fin, y ordeno un poco las cosas que hemos traído. Ya iré a por el resto, ahora mismo solo quiero darme una ducha relajante, sin bikini, y disfrutar de mi buena suerte.

Aprovecho para demorarme más de la cuenta y limpiarme a fondo. Me seco el pelo con el secador e incluso me atrevo a domarlo un poco. Ha quedado bastante bien. Me arreglo un poco más de la cuenta, ¡qué demonios! Estoy muy contenta. Me pongo unos vaqueros, unas sandalias y una camiseta friki un poco más entallada. Estoy lista para ir a visitar a mi nueva casera. Sonrío.

Las cortinas de la enigmática casa central no se mueven esta vez y llego a casa de Helena sin sobresaltos. Me abre la puerta un hombre guapísimo, moreno, alto, con unas facciones realmente atractivas que me hace pasar.

La casa es bastante más grande que la mía, toda decorada con elegancia y muy moderna, con líneas rectas y colores llamativos bien elegidos y colocados estratégicamente. El café huele de maravilla. Me paro en la cocina, donde se encuentra Helena ultimando los preparativos.

—¡Vaya! Pareces otra persona. ¡Qué pelo más chulo! —espetea sin más sonriendo y pasando sus delicadas manos por mi flequillo.

Sonrío y comienzo a ayudarla con las tazas y el resto de las cosas.

Nos sentamos en el salón y el hombre de antes se sienta con nosotras.

—Él es Carlos, seguro que no se ha presentado. Es el dueño de los apartamentos. —Mi cara debe ser un poema porque continúa—: No pasa nada, yo también tengo un porcentaje y mi opinión vale mucho, por la cuenta que le trae. —Se sonríen de manera cómplice y con intensidad.

—Encantada, soy Noa. —Me da dos besos.

—Helena manda siempre, lo que te haya prometido es lo que vale. — Vuelven a mirarse y casi hacen que me gire para evitar ver esa complicidad.

Que pareja más peculiar. Me caen bien al instante, creo que voy a pasar un buen verano con ellos, pero las muestras de amor lejos. Espero que no queden demasiado con el señor estirado.

Disfruto del café y de la conversación por el resto de la tarde. Lo hubiera alargado hasta bien entrada la noche, pero me excuso, tengo ganas de estar un rato a solas y, sobre todo, de tumbarme en un sofá o un colchón y leer tranquila. ¡Esta noche dormiré en una cama!

Capítulo 10

JOSÉ

Me ha parecido ver a la jefa de obra con Helena por los apartamentos, pero eso no puede ser. ¿Por qué iba a estar con Helena? Luego me pasaré por su casa para preguntarle. Lo haré disimuladamente, debo tener cuidado con ellos, están deseando buscarme una novia.

Este fin de semana tenía pensado ir a ver a Jana, como casi siempre que tengo un rato libre, pero he desistido. Carmen estará atenta después de lo que ocurrió el otro día, le encanta provocarme. No estoy dispuesto a volver a ser su campo de juegos.

Como no tengo grandes planes para hoy, llamo a Alicia. El otro día, cuando hablamos por teléfono, la noté más apagada de la cuenta y me temo que las cosas con Irene no van bien. La llamo al móvil y hablamos un rato. Yo preocupado y resulta que se ha ido de escapada romántica a la sierra. Pues nada, que disfrute. Me ha prometido un café o lo que se tercié cuando vuelva. Finalmente, me decanto por mi alternativa segura: pasar la tarde-noche con Helena y Carlos, así aprovecharé para ultimar con ellos algunos detalles que me preocupan sobre el proyecto. Me gustaría llevar la razón y poder imponer mi criterio sobre el de la señorita Mendoza.

Antes de salir de casa, decido llamar a Jana en un intento de minimizar el daño, o mi conciencia, por no ir a verla. Debe estar leyendo en el jardín o haciendo alguna de esas cosas intensas que le gusta hacer. Quiero que me cuente cómo le ha ido la semana. Sé que no se va a tomar bien que no vaya a verla y no entenderá las vagas excusas que le voy a dar, pero considero que es joven para que le cuente los tejemanejes que me traigo con mi madrastra.

Un tono, dos tonos... Harry descuelga el teléfono y le pido que me pase con mi hermana. Al poco, escucho su suave vocecilla al otro lado.

—Buenas tardes, preciosa. ¿Cómo estás?

—Muy bien, estaba haciendo puzles. ¿Vas a venir a verme? —me pregunta suplicante.

—No puedo ir, pero intentaré pasarme a verte cuanto antes —replico disculpándome.

—¡Jo! ¡Quería verte! Te echo de menos —susurra.

—Yo también a ti, pequeña. Debes entender que tengo otras obligaciones.
—No me gusta mentirle y, aunque es muy inteligente, dudo que comprenda la situación.

—Va a ser tu cumpleaños, ¿lo celebrarás conmigo? —insiste esperanzada.

—No me acordaba. Podría recogerte e irnos a comer por ahí, ¿te apetece?

—Sííí —replica con un pequeño chillido. Sonríe por haberla hecho feliz
—. Tengo que buscar un regalo para ti.

—No hace falta, Jana, tenerte cerca es regalo suficiente.

—Te quiero, hermanito.

—Yo también te quiero, pequeña.

—Tengo que irme, tata me está llamando para que vaya a merendar. —
Escucho un golpe seco al otro lado que no logro distinguir. Creo que mi hermana ha soltado el teléfono sobre la mesa. Voy a colgar...

—Hola, hijo.

—Hola, Carmen, ¿se ha ido Jana? —pregunto con fastidio.

—Sí, te ha dejado en buena compañía. ¿Vas a venir a verme? —pregunta melosa.

—¿Qué os pasa hoy que todas queréis que vaya a veros? —murmuro cabreado.

—No te he oído, cariño, ¿me lo repites?

—Decía que no puedo ir a ver a Jana. —Recalco que voy a ver a Jana, aunque a Carmen no le importa, ella tiene su propio criterio sobre por qué voy a su casa.

—No disimules, cariño, te gustó nuestro momento en la piscina. ¿No te apetece venir a darte un baño conmigo?

—Tengo que colgar, Carmen.

Escucho una ligera risa y cuelgo rápidamente antes de que se le ocurra seguir esta absurda conversación que solo alimenta su ego a costa del mío. Me hace tanto daño.

Hace ya muchos años que me fui de esa casa y aún sigue afectándome como al principio. Me reprendo por no ser más fuerte y lograr superarlo de una vez. No me deja avanzar. Durante todo este tiempo he estado obsesionado con ella y necesito pasar página, no puedo permitirle ese poder sobre mí.

Una llamada ha hecho que mi humor se torne de un negro intenso. La

tarde que pensaba pasar relajado con mis amigos ya no es posible. Con esta mala leche, mejor no amargar a nadie más. He llamado a Andrés, mi amigo y dueño de los clubs para los que trabajaba, y le he preguntado si había alguna fiesta esta noche a la que pudiera acoplarme. Después de hablar un rato y de ponernos al día de nuestros mutuos proyectos, me ha recomendado ir a una fiesta de postín que hay en el Club Shhh, el más selecto de todos los que posee. No me lo pienso. Él está encantado, mi presencia —y, sobre todo, el anuncio de ella— hará que gane más clientes vips.

Me he puesto un traje de chaqueta negro con una camisa blanca. Para completar, un chaleco de cuadros escoceses y una corbata a juego. Esto es lo que se espera de mí y es lo que les muestro. Me he peinado a conciencia, recortado la barba, y me he puesto mi mejor colonia y mis mejores complementos. Esta noche tendré acción.

Hago mi entrada triunfal y todos se deshacen en saludos y halagos, recordándome el tiempo que hacía que no me veían por estas fiestas. Unos se pegan por intereses políticos, otros sexuales y otros porque los demás lo hacen. Un montón de personas en apariencia superficiales que como yo buscan consuelo en estas fiestas porque no tienen narices de enfrentarse a sus vidas. Esta es una de las cosas por las que he terminado odiando la noche; las drogas y el alcohol son otras.

Andrés me saluda de lejos instándome a que me acerque. Está encantadísimo con verme de nuevo en los saraos, incluso me dice que me echa de menos y que soy su mina de oro. Sé que está bromeando, sabe lo que opino de la noche y por qué acepté su empleo. Ya no lo necesito y él lo comprende a la perfección. Aun así, vuelve a dejarme abierta la posibilidad de retomarlos cuando quiera y se lo agradezco enormemente. Gracias a su ayuda y a la oportunidad que me dio, en su momento, no tuve que recurrir a cosas más drásticas o a mi padre.

Lo reclaman por otros lares y se disculpa dejándome a la deriva de grupo en grupo. Unos tipos me están dando la brasa con una conversación anodina y me evado pensando en lo que estas fiestas elevan mi ego. Sé que soy atractivo, tanto para las chicas como para los chicos. Si a mi metro noventa y mi complexión fuerte le añadimos el color rubio de mi pelo y mis ojos verdes, nunca paso desapercibido.

Evalúo a las mujeres que me rodean. Varias están única y exclusivamente pendientes de mis movimientos, sin prestar nada de atención a las

conversaciones que mantienen. El chico del fondo me hace un repaso, relamiéndose, y sonrío. Les ofrezco el espectáculo que merecen: mis movimientos son una coreografía hecha solo para deleitarlos. Me quito la chaqueta con parsimonia, remango la camisa hasta el codo mostrando mis antebrazos y atuso mi pelo para que realce mi cuerpo trabajado. Esto me divierte más que el premio en sí. Me recuerda, salvando las distancias, al ritual que hacía con mi madre a la hora de tomar el té, una rutina segura.

Al entrar reparé en una morena bastante espectacular. Me sorprendió por el gran parecido que tiene con mi madrastra. A falta de otra presa, me conformaré con ella. Cojo dos copas de una bandeja y me dirijo hacia su posición. Sin sutilezas, le tiendo una interrumpiendo la conversación que mantiene con, la que supongo, es su amiga. Ambas se miran de forma apreciativa, la amiga hace una retirada nada sutil y me quedo a solas con la morena.

Conversamos durante un rato y me resulta del todo insulsa, superficial y demasiado complaciente, pero está dispuesta y a mí me valen el color y el corte de su pelo. Está muy receptiva, lo noto en su sonrisa nerviosa, en cómo menea su pelo de un lado a otro, en cómo aprovecha cualquier oportunidad para tocarme. Respondo a todos sus flirteos con más, estoy en mi elemento. Seduzco y me dejo seducir. Me acerco a su oído y le propongo retirarnos a un lugar más íntimo para hablar más tranquilos. Mi cuerpo me pide algo de desahogo y me voy a conformar con ella. Me siento un poco excitado. Al escuchar mi proposición, sus pezones se han marcado a través de la fina tela de su vestido y la anticipación hace que se trabe ligeramente al hablar. Mira nerviosa a su alrededor. No sé si ha venido sola o acompañada, aunque tampoco me importa. Se chupa el labio inferior y adelanta un pie. Ya es mía.

Con ligeros toques sobre su cuerpo, susurros y besos escogidos, la sigo preparando y la conduzco hacia uno de los reservados destinados a estos escauceos. Una suerte conocer las triquiñuelas del negocio. La habitación es pequeña, pero está muy bien equipada. Un sofá de dos plazas en la pared más ancha, una mesita con una botella de champán y un par de copas, componen casi todo el mobiliario. Una luz tenue y cálida, unida a los tonos que decoran las paredes, incita al acercamiento y a la intimidad.

Hago que pase golpeándole levemente el trasero, me sonrío nerviosa y de pronto se me antoja poco atractiva. Cierro la puerta con parsimonia respirando de manera consciente para serenar mi ansiedad. Me giro y me está

mirando con cara de cordero degollado. No pienses, José. Levanto una de mis manos y la deslizo por su largo, moreno y sedoso pelo, que desearía que fuera el de otra persona. Inclina su cabeza y ronronea como un gato. Retuerzo mi mano sobre la mata de pelo y, con un ligero tirón, giro su cabeza hasta que la dejo inclinada en una postura incómoda. Aproximo mi cara a la suya, mi boca a la suya. Sin rozarla, dejándola deseosa de mi beso. Noto cómo la barba roza su rostro y mi aliento la calienta. Una mano díscola se desliza por una de sus largas piernas elevando su vestido y, sin florituras, meto mi mano entre sus bragas buscando su sexo. Está caliente y resbaladizo. Jugueteo y exploro. Observo sus reacciones intuyendo lo que quiere. No se ha movido ni un ápice y eso me molesta. Asalto su boca con rabia a la vez que le introduzco un dedo. Ella se deja manipular a mi antojo, sin ninguna muestra de tomar las riendas o de rebatir mi imposición.

Sigo besándola y estimulándola. Jadea y jadea, pero no me planta batalla. Estoy muy excitado, hace mucho que no llego tan lejos con una mujer. Acelero mis movimientos metiendo dos dedos y hago círculos sobre su muy excitado clítoris. Ella sigue jadeando, no sabe hacer otra cosa. Acelero más el asunto porque me aburre sobremanera, hasta que noto cómo se tensa y se corre sobre mis dedos. Se queda lacia y aún más dúctil sobre mis brazos. Suelto su pelo, me siento en el sofá y la acomodo sobre mis rodillas pegándola a mí pecho. Me apiado de ella y busco de nuevo su sexo con mis dedos. Introduzco un par y fricciono su sensible clítoris regalándole un segundo orgasmo. Cuando al fin se serena, saco mis dedos de su interior, me limpio con el pañuelo que adorna mi chaqueta y lo dejo sobre la mesita. Me pongo de pie, incorporándola a ella también. Dejo un ligero beso en su mejilla y le digo que se vaya. Ella me mira desconcertada y lleva sus manos a mi bragueta en un vano intento de devolverme el favor. Con cierta rudeza, la aparto y la hago salir de la habitación agradeciéndole su regalo.

Permanezco en la ahora silenciosa estancia. Me siento en el sofá y me sirvo una copa de champán que me bebo de un trago. Desabrocho mi pantalón, saco mi polla, que está muy dura, y comienzo a masturbarme de manera brusca. Mi mano la recorre de arriba abajo presionándola con fuerza. Con la otra mano aprieto mis pelotas gruñendo por el dolor que me produce. Como siempre, evoco a Carmen, y me odio por ello. Siento que estoy muy, muy cerca, pero antes de llegar suelto mis pelotas y mi polla y me niego el orgasmo que tanto deseo. Respiro entrecortadamente, apenas puedo pensar.

Mi sexo protesta por mi castigo y una lágrima se desliza por mi mejilla. Una vez sereno y casi repuesto, me atrevo a salir del reservado. Opto por marcharme a casa, la fiesta para mí ha terminado.

En la puerta me encuentro otra vez con la morena de marras y me da una tarjeta con su número de teléfono, que nunca usaré. Justo en ese momento un fotógrafo aprovecha para hacernos una foto. Mi padre se cabreará cuando vea mi cara otra vez en las revistas. A pesar de usar el apellido de mi madre, la prensa descubrió quién era mi padre y aprovechan cualquier oportunidad para hacer contracampaña contra el senador. Sonrío, mi pequeña venganza.

Capítulo 11

NOA

El día no puede comenzar de una manera mejor. Fin de semana y he dormido en una cómoda cama, he descansado durante toda la noche y no he tenido que estar pendiente de que alguien eche la puerta abajo. Sonrío ante la buena suerte que he tenido. Gano por mucho, me encantan el apartamento y mis caseros.

Me levanto, me doy una ducha relajante y, recreándome en limpiar todos mis recovecos, un poco de cremita por aquí, unos pelillos por allí. Preparo un buen desayuno y me voy a la terraza a disfrutar del sol, de la brisa mañanera, del olor a sal y mar. Enciendo el móvil y lo miro distraída. Tengo un mensaje de Helena, ha debido mirar mi número en el contrato que redactamos ayer. Pienso en la ganga que he conseguido con el alojamiento. El precio es muy inferior al que debería ser, pero me han asegurado, Helena por una parte y Carlos por otra, que no necesitan el dinero ni que les pague más. Si ellos están conformes, yo más aún.

Recuerdo el móvil y miro el mensaje. Helena me invita a ir con ella de compras. Lo de ir de compras nunca ha llamado mi atención. Mi madre se las veía negras para comprarme la ropa del colegio. En la universidad tampoco es que me dedicara mucho a esos menesteres. Soy más práctica, mientras la ropa sea cómoda, me vale. La moda y yo no nos llevamos muy bien. Me lo pienso un poco más y termino aceptando, pasar el día con Helena llama mi atención. Tengo curiosidad por seguir conociéndola y como tampoco tengo muchos más planes...

Me pongo unos vaqueros y una camiseta y voy a su casa. El centro comercial está un poco alejado y, tras explicarme la ubicación, descartamos ir andando, así que nos vamos en mi coche porque es el menos contaminante. En el trayecto hablamos sobre el planeta y la ecología. Me gusta ver que al menos con Helena estoy en sintonía en ese aspecto.

—¿Sabes?, estaba pensando que quizá podrías venir a la fiesta. Me gustaría mucho que nos acompañaras —me dice Helena muy sonriente.

—¿Qué fiesta? —Bajo el volumen de la radio para poder escucharla.

—Resulta que me ha llamado Jana. —Pongo cara de no saber de qué me

está hablando—. Disculpa, es cierto, no sabes quién es. Jana es la hermana pequeña de José. —Vuelvo a poner cara extraña.

—Me parece que no conozco a esas personas.

—Sí, a José lo conoces seguro. El chico con el que has estado hablando sobre la obra. El que dejamos encargado de todo. —Hago gestos raros con la cara—. Rubio, fuerte, guapo, enchaquetado...

—Ahhh, así sí, el *dandy* estirado. —Me arrepiento al segundo de que esas palabras hayan salido de mi boca.

Helena comienza a reírse y a repetir la palabra que he empleado para definir a José. Me contagio y terminamos las dos llorando de la risa. Menos mal que hemos llegado al centro comercial. Aparco con cierta dificultad porque Helena no ha parado aún de reírse y no me deja concentrarme. Nos bajamos del coche y ella se seca los ojos, que le están lagrimeando de la risa. Me guía hasta una cafetería muy bonita que está en la primera planta y, tras sentarnos, comienza a serenarse.

—Lo siento, me ha hecho mucha gracia que lo llamaras así. Me lo he imaginado fumando en pipa y atusándose el bigote.

—Eso es lo único que le falta.

—Llevas razón respecto a su aspecto, es un poco estirado y siempre va muy bien vestido, pero es un cachito de pan.

—Creo que conocemos a una persona diferente —replico cáustica.

Helena se sorprende por mi respuesta y le relato todo lo ocurrido en estos días. Ella se ríe y solo tiene palabras bonitas para él. Cree que he tenido una visión sesgada y que para nada corresponde con la persona que ella conoce. La creo, no tengo por qué dudar, pero conmigo se comportó así.

Finalmente, me cuenta el motivo de venir al centro comercial. Parece que Jana —nota mental: hermana de José; nota mental: el *dandy* estirado—, quiere hacerle una barbacoa sorpresa a su hermano en casa de sus padres. Me explica que viven en una mansión a las afueras de la ciudad en una urbanización de lujo. Se supone que la fiesta se hará allí y será por todo lo alto, aunque solo irán un puñado de personas. Se quiere comprar un biquini y un traje para la ocasión y algún que otro complemento. Yo de eso no entiendo, pero asiento siguiéndole la conversación. Termina diciéndome que vaya con ellos, que a José le hará gracia que asista. No pienso lo mismo.

Me explica por encima que la vida de José ha sido complicada. Ella no parece tener muchos detalles porque es bastante reservado, siempre está con

la máscara del sarcasmo. Aclara que no le corresponde a ella contarme nada porque son cosas íntimas, pero que le dé un poco de cancha, pues es una bellísima persona. Para Carlos es como un hermano y para Alicia, una chica de la que he oído hablar en más de una ocasión, pero que aún no conozco, también. Esta tal Alicia también asistirá a la fiesta. Otro de los asistentes es el exjefe de José, el dueño de los clubs nocturnos. Me cuenta que se llama Andrés, de mediana edad, muy atractivo y rico hasta decir basta.

Jana le ha pedido a Helena que se encargara de organizarlo todo, pero como ella no tiene ni idea ha delegado directamente a Andrés y que él se entienda con el personal de la mansión, que ya lo conocen. ¡Cómo se maneja esta chica! Con tanto hablar de la fiesta y de los invitados, me empieza a entrar curiosidad.

Respecto a la familia de José, espera que no asistan. Normalmente, no están en casa. Me sorprende la relación de José con ellos. A la mía, cualquiera le iba a impedir asistir a la fiesta de su hija.

Me planteo ir solo porque sé que a José le va a fastidiar verme allí. Por si las moscas, me pruebo un biquini la mar de mono que he visto. Es verde oliva, la parte superior con escote en uve y amarrado al cuello y la inferior con lacitos. Deja ver bastante piel, pero la discreción no es una de mis cualidades.

Rebusco en las ofertas y encuentro una camiseta negra de tirantes muy mona, con unos labios abiertos enseñando la lengua. En el mismo montón de chollos encuentro un pantalón vaquero corto que me encanta —está desgastado y todo deshilachado— y, para rematar, unas sandalias con un poco de cuña. Si no voy a la barbacoa, es algo que siempre podré usar. ¡Me ha salido baratísimo!

Helena lleva un biquini negro con estampado de colores fluorescentes que le queda espectacular, tiene tantas curvas que le quedaría bien un saco. En otra tienda ha encontrado un traje estilo ibicenco; demasiado clásico para mi gusto, aunque es bonito. Está muy guapa.

Se nos ha hecho tarde, así que comemos por el centro comercial y seguimos con la charla. Me ha comentado que no le gusta ir de tiendas, coincidimos en eso, pero que a veces es necesario. Me resulta muy fácil hablar con ella. Después de comer no nos demoramos, tiene una reunión esta tarde y va a llegar tarde. En el camino de vuelta sigue intentado convencerme de que vaya a la barbacoa y cada vez estoy más tentada.

Nos despedimos entre risas con dos besos. Me acaba de amenazar con no parar de darme la lata hasta que acepte la invitación. Ya en casa, reflexiono sobre la mañana con Helena, que para mi sorpresa ha sido muy buena. Cada vez estoy más convencida de que será una amiga excelente y si está con Carlos, él debe ser también un tipo genial.

A las siete de la tarde o así, llaman a la puerta y es Carlos.

Hay que reconocer que este hombre está para hacerle un monumento. Rezuma sensualidad por los cuatro costados. Vodka lo acompaña, como no. Nos hemos hecho muy buenos amigos y, cada vez que tiene la oportunidad, viene a saludarme y se cuelga en mi casa. Incluso el otro día le compré una camita y se la tengo colocada al lado del sofá. Ya que va a venir, que esté cómodo.

—Buenas noches, Noa. Venía a comentarte un par de cosas sobre el proyecto. Sé que es tarde y fin de semana, pero tengo las ideas frescas ahora y mañana no sé si las recordaré o sabré transmitírtelas tal y como son.

Por supuesto que accedo a que hablemos. Este hombre encima de estar bueno es un encanto. Me ha dicho todo lo que piensa argumentándolo, escuchando mi criterio e incluso matizando sus sugerencias cuando veía que yo podía llevar razón. Sus propuestas también me han parecido razonables y finalmente hemos encontrado un punto medio que nos ha convencido a los dos.

—Entonces quedamos en eso. José se seguirá encargando de todo lo referente a la obra, pero si tienes cualquier consulta no dudes en buscarme porque yo estaré por aquí y dispuesto a atenderte en cualquier momento.

Como vuelva a decirme que está dispuesto a «atenderme en cualquier momento» vamos a tener un problema de los serios. Me ha entrado hasta calor. Espanto ese pensamiento de mi mente y caigo en la frase que me ha dicho sobre José, y automáticamente mi boca es más rápida que mi prudencia.

—Sí, ya me dejó muy claro que él es el que se encarga de todo —le digo con un ligero sarcasmo.

—¿No os lleváis bien?

—Pues no demasiado, digamos que mantenemos una calma tensa.

—¡Pero si José se lleva bien con todo el mundo! Es un hombre muy educado y tranquilo. No me lo puedo creer.

—Realmente, no nos llevamos mal, solo empezamos con mal pie. —

Hago una mueca de disgusto con la cara—. No se me da muy bien olvidar las ofensas.

—Me ha dicho Helena que te ha invitado a la fiesta sorpresa. Teniendo esta información, me encantaría que te decidieras a venir. —Me sonrío—. Le debo alguna que otra broma a mi amigo y estaría bien verlo tenso y fuera de lugar. Además, tenemos una sorpresa que anunciar y a Helena le haría ilusión compartirla también contigo.

Es una broma que yo también gustaría a mis amigos. Me gusta el carácter de la parejita.

—Le dije a Helena que me lo pensaría, pero si te sirve de algo, cada vez estoy más convencida. Todo depende de cómo vayan las cosas entre nosotros antes de la fiesta. Si no nos matamos, igual me decido a asistir.

Carlos me sonrío de nuevo, esta vez de una forma más canalla. ¡Al final, ha sido un sábado muy productivo!

Capítulo 12

FIFI

Me encanta que los planes salgan bien. Todo está yendo como la seda. Carlos se mantiene en un segundo plano respecto a las obras, creo que quiere dejarle espacio a la parejita. José sigue encargándose de interactuar con Noa. No se llevan bien del todo, pero al menos no se lanzan balas, solo navajitas de vez en cuando.

He tenido una charla muy productiva con Vodka. Resulta que le encanta estar con Noa, dice que es una chica atenta y educada, que siempre tiene unos mimos para él. Le he dicho que cada vez que pueda se vaya con ella y que siga siendo mis ojos. No puedo estar en todos sitios, Vodka me cubre las espaldas.

El otro día me acerqué con José a la fiestecilla esa que tuvo en uno de los clubs. No quería alejarme de los apartamentos, pero una mujer tiene que hacer lo que tiene que hacer cuando lo tiene que hacer y esta era una de esas veces. Una pena no poder ponerme esos lujosos vestidos que todas las pijas usan y arreglarme como a mí me gustaría hacerlo. Más de una se habría quedado con la boca abierta cuando me hubieran visto llegar. Si yo hubiera podido ir en mi forma carnal, mi José no hubiera hecho la tontería que hizo. Estuve observando que lo fotografiaban con chicas de todo tipo, aunque siempre se repiten las morenas de pelo liso de rasgos parecidos. ¡Esa maldita fijación!

Tengo esperanza en la fiesta de cumpleaños. José tiene que fijarse en Noa, debe darse cuenta de que es la apropiada para él. Quizá le dé un empujoncito.

Mi niño Carlos ha ido hoy al cementerio a darle una vueltecita a mi tumba. Aprovechando que Helena ha ido con Noa al centro comercial, él se ha pasado a hablar un rato conmigo. Aún no se ha dado cuenta de que yo estoy siempre a su lado.

Me ha estado contando todo lo que han hecho en su viaje y todas sus inquietudes. También ha pedido mi aprobación para un proyecto que va a poner en marcha en breve. Quiere aprovechar la fiesta de cumpleaños de

José, en la que estarán los más allegados, para anunciarlo. Me he puesto nerviosa, me hace mucha ilusión ver que mi pobre pequeño tiene al fin una familia y personas con las que contar de manera incondicional. Para darle mi aprobación y que fuera consciente de mi apoyo, he hecho soplar una ráfaga de aire fuerte que ha tumbado el jarrón de las flores que me ha traído, pero ni por esas ha pensado que pudiera ser mi espíritu. Creo que Helena sí es consciente de mi presencia, a ver si hace partícipes a los demás. Aunque sea un tema peliagudo, debería hablarlo, así no tendría que andarme con cuidado a la hora de realizar mis pequeñas acciones.

¡Uy! Tengo que irme, que mi vecino debe estar ya con su cena y no me quiero perder todos los preliminares. Voy a atreverme a interactuar con él. Esto de hacer patente mi presencia me pone nerviosa. Parece que es mi primera cita, con el bagaje que tengo...

Capítulo 13

JOSÉ

Es el día de mi cumpleaños. No he recibido aún ninguna felicitación, aunque tampoco es que las esperara. Normalmente, me llama mi hermana, algún compañero de la universidad que ha recibido la notificación por alguna red social y, como mucho, mi exjefe. Y por supuesto Alicia, Carlos y Helena, pero aún nada, es raro.

Le prometí a mi hermana que hoy iría a comer con ella. He pensado que podíamos ir al restaurante ese que le gusta tanto que está cerca de la costa. Me ha pedido que luego vayamos un rato a la playa así que me voy a poner ropa informal y me llevaré el bañador por si nos decidimos a bañarnos. Con mi hermana es con la única con la que suelo ser más informal y me muestro más como me gustaría ser y menos como esperan que sea. Así que por hoy me permito dejar aparcada mi armadura y vestirme con una ropa cómoda más acorde con mi edad y personalidad real.

Mi relación con la señorita Mendoza va algo mejor. No es para tirar cohetes, pero al menos podemos mantener conversaciones formales sin matarnos ni tirarnos ladrillos. Es curioso que, pese a mi habitual habilidad con las mujeres, con ella no me funcione nada de lo que intento. Solo ha ido mejor cuando he dejado a un lado todos mis formalismos y me he mostrado más llano y cercano. Ella no tiene tan mal carácter como pensaba. Simplemente, es muy directa y tiene las ideas tan claras que a veces parece que las impone, pero eso lo da su propia seguridad.

Antes de ducharme, saco unos vaqueros claros que tienen el talle un poco bajo. Me gustan mucho porque no tengo que ponerme cinturón, se quedan encajados en las caderas y son más cómodos. Cojo una camiseta negra de manga corta lisa sin dibujo ni nada y creo que me pondré las zapatillas de deporte blancas. Menudo cambio para mi forma de vestir habitual.

Debo tener un poco de crisis de edad porque hoy me estoy planteando un montón de cambios. Imagino que no soy el único que analiza su vida el día de su cumpleaños. Abro el armario y escaneo toda la ropa que tengo. Está ordenada por colores. Casi toda es de marca y bastante cara. Muchos trajes y poco *sport*. Han pasado muchos años desde que decidí crear un personaje

para ocultarme del mundo. Hoy no soy la misma persona, me gustaría creer que soy más fuerte y capaz de afrontar los envites de la vida. Ya no voy a trabajar en los clubs y tampoco necesito esta apariencia. Es hora de desprenderme de lo superfluo y dejarme ver y ser como quiero. No soy un niño y no necesito esta coraza inicial. Además, necesito cambiar, me estoy asfixiando con mi modo de vida. Quizá este cambio me proporcione la fuerza que necesito para cortar con lo que me hace daño.

Me doy una ducha relajante mientras sigo dándole vueltas a los cambios que tengo que hacer, no solo físicos, los psicológicos serán los peores. Al salir, el agua gotea desde mi barba hacia mi pecho, me la atuso revisando que esté bien recortada y peinada. Decidí dejármela cuando me fui de casa de mi padre y cumplí los dieciocho años. Necesitaba cambiar mi aspecto y dejar de parecer un niño. Cuando la barba se espesó, me permitió ocultarme un poco del mundo y a la vez darme un toque diferenciador, a las mujeres les daba más morbo. Ahora que me voy a dedicar a otros menesteres quizá vaya siendo hora de quitármela. No recuerdo mi rostro sin ella. Podría darle una sorpresa a Jana y aparecer con la cara limpia. Sopeso las opciones, me da un poco de miedo cambiar tan drásticamente mi imagen, pero... ¿Será de verdad la crisis de los treinta? Aún no los tengo, pero ya estoy más cerca.

No me lo pienso más, me echo espuma de afeitar y paso la cuchilla de forma longitudinal por mi mejilla. Hago una franja irregular sobre mi barba, ya no hay vuelta atrás. Creo que tardaré toda la mañana en quitármela, debería haberla recortado antes con una tijera porque la cuchilla no puede con tanto pelo. Suspiro lamentando mi fallo logístico y, con paciencia, sigo eliminando mi vello facial.

Milagrosamente, no me he cortado. Me miro en el espejo y observo mis facciones. Mi mandíbula se ha vuelto más cuadrada y parezco más mayor incluso sin barba. Ha quedado bastante bien. Me sorprende ver mi cara frente al espejo. El pelo se ve algo largo, pero va a tener que esperar. Deslizo mis manos por mi rostro apreciando el resultado.

Vaya, no parezco la misma persona. Sonrío y me gusta lo que veo. Terminó de vestirme, cojo el macuto con las cosas de la playa y las gafas de sol y voy rápido a por el coche. Al final, llegaré un pelín tarde. Antes paso por casa de Carlos para que sean los primeros en ver mi cambio de *look*. No hay nadie, ya los veré más tarde.

Llego hasta la casa de mis padres y, como siempre, me siento abrumado

por tanto despliegue. Llamo a la puerta, todo está tranquilo. Harry me abre y con su tono monocorde me saluda. Noto una ligera sonrisa, creo que le gusta mi cambio. Me felicita por mi cumpleaños. Ha sido el primero, aunque su efusividad casi me tira de espaldas. Le pregunto por mi hermana y por la tata. Parece que están en la zona de la piscina. No quiero permanecer más tiempo del necesario en la casa, me molesta que mi hermana no esté lista y esperándome en la entrada.

Abro las puertas y miro hacia el jardín. No veo a Jana. Camino un poco más. De pronto, empieza a sonar música y mis amigos salen de sus escondites. ¡Mierda! Voy a matar a alguien.

Mi hermanita es la primera en llegar hasta mí y me mira sorprendida. Retiro las gafas de sol para que me vea mejor y me sonrío. Acaricia mi cara y me da un sonoro beso felicitándome por mi cumpleaños y diciéndome que estoy guapo.

Luego se acerca Alicia con su novia. Ambas son guapísimas y hacen una pareja magnífica. Les pregunto por su viaje y cómo está su relación. Las opiniones son dispares y lo dejo pasar por ahora, ya hablaré con Alicia despacio porque está fallando algo.

Después se aproxima mi tata con Andrés. Bromeo con ambos y siguen valorando lo cambiado y guapo que estoy sin barba. Andrés se está planteando tirarme los tejos. Nunca se sabe.

Finalmente, veo cómo se acerca Helena con Carlos y ¿Noa?

Mi cara es un poema al verla y más al ver su color de pelo, ¡Joder! Es muy rojo. Ella es consciente de mi expresión por el color de su pelo y pone mala cara. No puedo evitar reírme porque sus sentimientos se traslucen en sus facciones, es un bonito rasgo.

Carlos me da un abrazo gigante y se mete conmigo por mi cambio tan drástico, él no me ha conocido sin barba. Bueno, de los que están aquí, dudo que alguno me recuerde sin ella. Quizá mi tata y Harry, porque Jana era muy pequeña cuando me la dejé. Helena me abraza de forma cariñosa y me da también un beso. Me dice que estoy guapísimo y que, si antes era el terror de las nenas, ahora será imposible que alguna se resista.

Por último, llega la señorita Mendoza. Está preciosa con la ropa informal que lleva y deslizo mis gafas hacia mis ojos para poder examinarla sin pudor. Aprecio unas piernas bastante musculadas y bonitas; bajo la camiseta de tirantes, intuyo unos pequeños pero firmes pechos; y el pelo rojo combina a

la perfección con su cara de niña, sus pecas y sus grandes y preciosos labios color cereza y la maldita peca de su boca.

—Encantada de verla aquí, señorita Mendoza —le digo con tono burlón y haciéndole una reverencia.

—Llámame Noa, ¿no éramos ya amigos? —contesta sonriendo—. ¡Feliz cumpleaños!

Se acerca a mí para darme un abrazo y dos besos. No puedo evitar que mis manos bajen a su cintura y que la rodeen. Debería haberlas dejado en su espalda, pero me es imposible no intentar sentirla y abarcarla. Tiene una cintura minúscula y para darle los dos besos tengo que inclinar mi cuerpo bastante. Estratégicamente al inclinarme aprecio por el escote de la camiseta el canal de sus pechos y me gusta mucho lo que veo. Debo reconocer que la chica no se parece en nada a un muchacho, que error más grande cometí.

Huele a hierba fresca y a verano. No sé bien qué pinta en mi fiesta de cumpleaños, pero no me disgusta tenerla por aquí. Me motiva flirtear con ella.

—Se cambiaron las tornas. —La miro de forma interrogativa y ella continúa señalando mi barba y mi pelo—. Tu aspecto. Ahora tú pareces el chico. —Ambos nos reímos—. Estás mejor así, figurín —me dice justo antes de comenzar a girarse.

—Me gusta el color de tu pelo, aunque dicen que las pelirrojas son todas raras. —No puedo evitar hacerle la broma.

—También dicen que las rubias son tontas —replica resuelta.

—Soy rubio, pero soy un hombre. —Sonrío porque esta partida la he ganado yo.

Me regala una carcajada y se gira dejándome parado en el sitio. Me doy cuenta en ese momento de que siempre ganará ella.

Capítulo 14

NOA

La mañana ha sido intensa en la obra. Llevamos un ritmo frenético porque los plazos son cortos. Aun así y para premiar la eficiencia, he hablado con mis superiores y hemos llegado a un acuerdo. Si el ritmo de trabajo se mantiene, podemos salir a mediodía con la condición de que, si se baja la productividad, se volverá al horario extendido. Se lo he contado a los chicos y ahí están, dando saltos. Por mi parte, tengo vía libre para ir a la barbacoa.

Con José parece que todo funciona un poco mejor, incluso hemos tomado un par de cafés. Menudo avance. Con quien paso la mayoría de mi tiempo libre es con Helena. Muchas tardes, cuando termino de trabajar, vengo a casa, me doy una ducha rápida, como algo ligero y voy a su casa o ella viene a la mía y tomamos café hablando de cualquier cosa. Cuando el sol ya no está en todo lo alto, nos acercamos a la playa y nos tumbamos un rato al sol como las lagartijas. Ambas disfrutamos estando juntas, se está convirtiendo en una muy buena amiga. Finalizamos el día cenando en el chiringuito con Carlos o sacamos unas mesas al patio de los apartamentos y tapeamos. Las noches en compañía de la parejita son más entretenidas.

Vodka también viene con Helena. Me divierte mucho su actitud, es un perro muy inteligente. A veces pienso que nos entiende y que tiene un plan oculto.

El otro día fui con Helena a comprar un regalo para José. Es un detallito nada más, no lo conozco lo suficiente como para saber sus gustos. Vi un perro de esos que se ponen en el salpicadero del coche y que siempre están moviendo la cabeza. Me pareció un regalo gracioso, dado lo mal que se lleva con Vodka. El modelo de perro solo guarda un ligero parecido, pero confío lo suficiente en su inteligencia como para que lo relacione.

A Helena le gustó mucho, cree que le hará reír. Ella le ha comprado una corbata bastante de su estilo. Me parece que José está demasiado cómodo en su zona de confort.

Como hoy es la fiesta sorpresa, me esmero un poco con mi aspecto e intento domar mi pelo. Ha quedado medio decente. Me maquillo, sin

estridentes. Me pongo la ropa que compré en el centro comercial —biquini, camiseta de tirantas y pantalón corto— y, por si las moscas, preparo una cesta con una toalla y una muda. No sé cuándo terminará la fiesta, pero pienso disfrutar del día al máximo.

Al final, vamos en el coche de Carlos. Mejor, así podré beber alguna copa. No suelo hacerlo, pero un día es un día. Además, igual no me caen bien los amigos de José y tengo que beber para olvidar.

La casa es espectacular, si te gustan estos lujos. Yo estoy acostumbrada a algo más rústico y menos despampanante. En esta casa se ha invertido mucho dinero. Todo está pensado para impresionar al visitante, se recrea en lo ostentoso. Intenta hacerte consciente de todo lo que tiene su dueño y te falta a ti, promueve la envidia o la falsa unión en busca de poder y de medrar. Menos mal que yo no soy tan superficial. Sigo prefiriendo lo moderno y ecológico a este despliegue innecesario. Sí, reconozco que el jardín y la piscina están diseñados con muy buen gusto y son espectaculares, pero el resto, que se lo queden.

Cuando llegamos está todo dispuesto. Me presentan a los amigos de José, somos pocos y no se espera a nadie más. Le pregunto a Helena por su familia y me contesta lo mismo que la otra vez, que no cree que se pasen. Me parece raro, pero el que la lleva la entiende.

Por fin he conocido a Alicia. Qué chica más guapa. Me ha contado que es modelo, aunque ahora trabaja poco como tal porque está centrada en abrir su propio negocio. Es algo relacionado con el modelaje y la inserción de la mujer real en la publicidad, una idea muy interesante. Me lo ha explicado por encima y tiene mucho valor por atreverse a emprender. Helena me presenta a la chica que la acompaña, Irene. Es su pareja, pero parece que no se muestran en público, qué raro.

La hermana de José es un encanto, una niña verdaderamente especial. Es muy bonita, tiene un ligero parecido en las facciones con su hermano, aunque si los viera por la calle, no los relacionaría. Tiene pinta de ser muy inteligente. Me ha estado preguntando sobre mi profesión, mi familia y la relación que tengo con su hermano. Cuando ha saciado su curiosidad, se ha ido a leer a la sombra y nos ha dejado a todos revoloteando por el jardín.

El señor Harry nos indica que nos escondamos. Parece que no tiene sangre en las venas, la flema inglesa es bastante desconcertante. Cada uno se ha metido donde ha podido y aquí estamos, a la espera de que llegue el

anfitrión.

Cuando José pone un pie en la zona de la piscina, la música comienza y todos gritamos a la vez. José se queda de piedra y no para de sonreír. ¡Vaya!, el estirado ha cambiado su apariencia y está bastante interesante...

Tras saludar a su hermana y a los demás, al fin repara en mí. Mira mi pelo y su cara es un poema. Sabía que iba a pasar esto, debería haberme quitado el casco antes y nos hubiéramos ahorrado esta sorpresa. Ve mi cara de fastidio y se pone a sonreír. ¡Qué capullo!

Mantenemos una conversación superficial y nos damos un par de besos y un abrazo. Me gusta sentir su contacto, está duro como una piedra. Gana muchísimos puntos sin barba y sin tanto pelo. Por un lado, pierde su rollito diferenciador, aunque no le hace falta, por sí mismo ya llama suficiente la atención. Encima viene vestido de manera informal. Esos vaqueros bajos le sientan fenomenal y en general se aprecia mejor su cuerpo. ¡No está nada mal!

Preparamos la comida en la barbacoa y conversamos en pequeños grupos. No he tenido oportunidad de volver a hablar con él a solas, pero le he lanzado alguna miradita. También lo he pillado a él mirándome. Es normal, tiene fama de mujeriego y soy la única mujer disponible en este sarao.

Tengo mucho calor, estamos bajo el merendero y me he tomado algún que otro mojito fresquito, pero sigo acalorada. Mi botellín de cerveza se tumba sobre la mesa como por arte de magia y es la gota que colma el vaso. Es una tontería aguantar este calor teniendo una piscina al lado.

—Jana, ¿te bañas conmigo? —le digo a la pequeña, a la que noto un poco aburrida y sin interactuar con nadie.

La niña me mira de arriba abajo sopesando si soy una buena opción. Finalmente, deja su libro colocado a la perfección sobre la mesa y asiente. Sonríe porque en el fondo es una niña. Se quita el vestido y se acerca a la piscina. La imito colocándome a su lado. Antes de meterme, siento como unos ojos me observan, José me está mirando algo contrariado. Si le molesta que me bañe con su hermana, que lo haga él, que está la pobre chica aburrida rodeada de tanto adulto.

Agarro a Jana de la mano, cuento hasta tres y saltamos a la vez emitiendo un pequeño grito. No paramos de reírnos cuando emergemos. El agua está estupenda y me está sentando de maravilla. Veo a José meterse dentro de la casa y pongo cara de disgusto. Quizá se ha enfadado porque he venido a su

cumpleaños. ¡Que se aguante!

A los dos minutos, una silueta enorme aparece en el borde de la piscina. Está a contraluz y no distingo de quién se trata. Me muevo para que su figura me oculte la luz del sol y lo que veo me deja casi sin respiración. José está en todo su esplendor con un bañador casi del mismo color que el mío que le llega por la mitad del muslo. Hago un repaso de toda su anatomía: unas pantorrillas fuertes y potentes, unos muslos marcados y totalmente definidos. Me salto la zona central, por ahora, y sigo con sus abdominales. Sabía que estaba fuerte, pero no esperaba tanto. No hay un gramo de grasa en su cuerpo, se notan todos los músculos de su cuerpo. Me mira con una sonrisa de suficiencia, es consciente del escrutinio que le acabo de hacer.

—¿Te gusta lo que ves? —me dice arrogante.

—Bueno, no está mal. Lo que se ve tiene buena pinta, lo importante es que lo que no se ve vaya en consonancia. —No me va a dejar callada.

Abre los ojos sorprendido porque no esperaba una réplica, ¡con qué clase de personas se relaciona este chico! Cuando va a contestar, lo llama su hermana y rompe el contacto visual conmigo centrándose en ella. Cambia su sonrisa pícaro por una más tierna y abierta, y se tira de cabeza con elegancia pasando por encima de mí. Me deleito observando su cuerpo desde abajo. ¡Madre mía!

Todos los demás se han animado y la piscina se ha vuelto una locura. Ha sido muy divertido. Llevo ya una hora dentro del agua y empiezo a arrugarme como una pasa. Además, debo estar llena de pecas por culpa del sol. Es hora de dejar de ser una bolsita de té.

Subo la escalera y voy hacia el merendero a por mi toalla cuando José me intercepta por el camino. No sé en qué momento ha salido él, ni siquiera lo he visto. Su mirada está fija en mi pecho. Inspecciono qué es lo que lo tiene tan distraído y veo cómo mis pezones se transparentan a través del biquini. ¡Ups! Se me olvidó tener eso en cuenta cuando lo compré. Pero el pudor no está entre mis cualidades, o defectos. Le quito la toalla de las manos y seco mi pelo dejando que él siga embobado con mis pechos.

El sonido de unos zapatos de tacón me hace mirar hacia la espalda de José. Se acerca una mujer morena de pelo lacio y espectacular, no mucho mayor que nosotros, con un trikini minúsculo y un pareo transparente. La desconocida toca su fornido bíceps y él automáticamente reconoce el contacto porque se tensa. José me mira a los ojos, aunque estoy convencida

de que no me ve, los cierra tragando saliva con fuerza y se gira hacia la nueva.

—Felicidades, hijo mío —dice melosa sin soltarle el brazo y dispuesta a darle un beso.

—Carmen —contesta José muy tenso.

Ella se acerca a él y, agarrando su rostro, le da un beso en los labios. José se deja hacer sin mover un músculo.

—Me gusta tu cambio. Estás muchísimo más guapo así. Me trae muy buenos recuerdos. —Sonríe de medio lado, lo tiene atrapado ahí. Él está blanco como el papel y se le ha erizado la piel.

Esta señora, que me cae como el culo, no puede ser su madre, ¿verdad?

Me siento muy incómoda contemplando este espectáculo y comienzo a girarme para marcharme, pero con eso solo capto la atención de la señora.

—¿No me presentas a tu amiguita? —Qué falsa me parece.

—No soy su amiguita y sé presentarme sola.

—Vaya, pero si tiene garras. —Su mirada es tan fría que casi, casi, logra amedrentarme.

—No sé quién es usted, pero le agradecería que dejara de decir tonterías.

—Cuidado, estás en mi casa —replica con un tono acerado—. Pero llevas razón, dónde habré dejado mis modales —dice sonriendo de una forma superficial y estudiada—. Soy Carmen Cruz, la madre de José. Es un placer.

Me tiende la mano, pero declino su invitación con un gesto de la cabeza sin dejar de retarla con la mirada.

En ese momento José parece salir de su trance. Me agarra por la cintura, murmura una disculpa a su madre y me aparta de ella. Me deposita, porque eso es lo que hace, al lado de Helena diciéndole algo al oído y vuelve con Carmen. No me ha dado tiempo ni de reaccionar. Le pregunto a Helena que qué le ha dicho y me contesta con vaguedades. Ya le preguntaré a él.

Observo cómo José aferra a su madre por el brazo un poco brusco y ambos se introducen en la casa. Me sirvo otro mojito y sigo a lo mío, porque esa no es mi guerra.

Capítulo 15

JOSÉ

Siempre tiene que venir mi madrastra a estropearlo todo. Esto era una mala idea desde el principio. Jana ha tenido muy buena intención al organizar la fiesta aquí, pero voy a tener que contarle de forma somera lo que ocurre entre su madre y yo, así nos ahorraremos más escenitas. Pienso que Jana es aún pequeña para mantener una conversación de este calibre, pero como siempre, me he equivocado en los tiempos. La conversación empieza a ser cada vez más necesaria.

También tendré que hablar con los invitados para que nos vayamos de fiesta a otro sitio. Sería mejor disolverla, con esto he tenido suficiente. De todas formas, ya es tarde y en un rato se pondrá el sol. Quizá le deba una explicación a Noa, aunque tampoco es que sea algo mío.

Mientras camino con Carmen hacia la casa, voy preparándome mentalmente para enfrentarla. Debo estar por encima de ella y no dejar que me domine. Hace tiempo que debería haberme impuesto, este puede ser el principio. Estoy en tiempo de cambios.

Atravesamos el cierre que da al gran salón, suelto con brusquedad el brazo por el que la llevo y la observo. Ella me mira con una sonrisa en los labios. Esto era lo que quería, cortarme el punto y alejarme de Noa.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le digo en un tono calmo.

—Quería estar con mi hijo en el día de su cumpleaños. ¿Acaso una madre no tiene derecho a asistir a la fiesta sorpresa que se le hace a su amado hijo en su propia casa? —suelta con retintín.

—Ya sabes a lo que me refiero. Estoy muy cansado de tu manipulación y de todas tus tonterías. No te interesa enfadarme y lo sabes.

—Cariño —ronronea acercándose a mi cuerpo—, si tuvieras algo contra mí, ya lo habrías usado. En el fondo me deseas, siempre lo has hecho.

Doy un paso atrás alejándome de su contacto. La miro con odio y toda la mierda que he vivido con ella vuelve a minar mi mente.

—No me hagas esto —le ruego.

—No hago nada, cariño. Ven aquí, mamá te consolará.

Se acerca de nuevo a mí y me encojo. Parece que hubiera menguado y

volviera a ser un crío que no sabe nada de la vida. Ella me agarra por la nuca y acerca mi rostro al suyo.

—Vamos, pequeño. Yo siempre te cuidaré y te querré como no te ha querido nadie.

Acerca sus labios a los míos y me besa. Gimo en su boca, aunque no la abro. Ella intenta asaltarla con su lengua, pero no la deajo. Se me eriza la piel y comienzo a temblar descontroladamente. La deseo y a la vez me odio por hacerlo. Repito en mi mente que lo que me ofrece no es real, que solo juega conmigo.

Con total frialdad y mucha fuerza de voluntad, retiro sus manos de mi cuerpo y me separo. Me mira desconcertada. Es la primera vez que logro separarme sin sucumbir al ansia que siento por su persona. Me giro ignorándola y vuelvo a la piscina. No me seguirá. Con suerte, estará tan humillada que me dejará tranquilo.

Salgo por las puertas y pinto en mi cara una de esas sonrisas tan estudiadas que he usado toda mi vida. Me meto dentro de mi personaje, como siempre, y actúo como si nada hubiera ocurrido.

Primero busco a Jana para comprobar que no se ha dado cuenta de nada. Ya se lo explicaré, pero no cuando la casa está llena de gente. La observo leyendo su libro, ajena a todo. Siento un poco de tristeza por esa pequeña chiquilla que no tiene culpa de nada. También pienso en mi inocencia perdida y en que quiero preservar la de mi hermana a toda costa. Salgo de mis pensamientos y me recuerdo que es la fiesta de mi cumpleaños. ¡Cambia el chip, José! Voy a la nevera, me sirvo una cerveza y le doy un largo trago. Al segundo aparece Carlos, que coge otra cerveza y se coloca a mi lado.

—¿Todo bien? —me dice preocupado.

—No mucho, pero lo estará —contesto con una leve sonrisa.

—Me tienes aquí para lo que quieras, ya lo sabes. —Asiento, me da una palmada en la espalda y se marcha al lado de Helena.

Carlos me conoce muy bien y sabe que tarde o temprano le contaré lo que me preocupa, pero que lo haré cuando pueda. Soy bastante reservado. A lo largo de mi vida no he tenido muchas oportunidades de mostrarme como soy y cuando lo hacía, era castigado. Por supuesto, ninguno sabe lo de Carmen y no lo van a saber durante mucho tiempo; al menos, si puedo evitarlo. Carlos intuye algo, pero no preguntará, dejará que sea yo el que me abra.

Me quedo un rato ahí analizando mi pasado. Me estoy planteando

demasiadas cosas hoy. Podría haber llevado mi vida de otra forma, haberme quejado o expresado, incluso podría haberme marchado antes de lo que lo hice. Un codazo me sorprende.

—¿Qué pasa, reflexionando sobre tu edad?

Una sonrisa genuina acude a mi boca. Realmente es preciosa, no sé cómo pude confundirla. Ahora se me antoja la mayor de las tonterías.

—Sí, dada mi edad, tengo que hacer balance y ver cómo puedo reconducir mi vida. Creo que voy a tener que comprarme una moto y salir con una jovencita.

—Lo de la moto, sí; lo de la jovencita, no tanto. Siempre sales con jovencitas. Para variar, deberías buscarte una mujer y dejarte ya de tonterías de adolescente.

Vaya, me ha disparado una bala y me ha dado de lleno.

—¿Se te ocurre alguna candidata apta?

—No sé, no sé. Desde luego, la arpía esa no te conviene.

Me tenso por su alusión a Carmen, no quiero que mi relación toxica la toque a ella.

—Es mi madre, ella no es una opción —replico muy serio.

—Vale. Relax. Solo me pareció que estaba marcando el territorio —se excusa.

Me he tensado como una cuerda de guitarra. Noto la curiosidad que produce en Noa el no saber y siento la necesidad de compartir mi vida con ella. Descarto estos pensamientos que nunca antes había tenido y levanto mis muros de nuevo.

—No quiero hablar de eso.

—¿Qué le has dicho a Helena antes? —La miro, no sé a qué se refiere—. Sí, antes de que desaparecieras con tu madrastra.

—¡Ah! Nada, solo que te cuidara. ¿Podemos cambiar de tema? —En un momento me he vuelto a poner de mal humor.

—Tengo un regalo para ti. —Sonríe revolviendo su corto pelo y pareciendo algo tímida.

La miro con los ojos muy abiertos a la espera. Saca un pequeño paquete y me lo tiende. Tiene que ser una broma o algo así porque a sus labios asoma una sonrisa pícaro.

Lo abro y descubro una figura superfea de un perro que mueve la cabeza al ser agitado. Se parece a Vodka.

—¡Pero qué simpática eres!

—Lo sé, es una de mis cualidades.

Me acerco a ella para darle dos besos y agradecerle el regalo. Como la otra vez, agarro su cintura, me gusta cómo se siente contra mi piel. Aspiro su olor y cierro los ojos disfrutando.

Escucho la voz de Carlos, que capta nuestra atención. La química que hay entre nosotros se rompe. Me giro para ver qué tiene que decir. No quiero que haga mucho el tonto y se ponga sentimental. A su lado está Helena, guapísima como siempre. Se agarran de la mano e instintivamente añoro tener eso con alguien.

—Damas y caballeros aquí reunidos. Hoy estamos todos juntos debido a un propósito muy noble, hacer la vida de José mucho más insoportable. — Todos estallamos en carcajadas—. Creo que lo estamos consiguiendo. No me voy a poner muy sentimental porque sé que a él no le gustan estos alardes de cariño, pero quiero decirles que es la mejor persona que he conocido en mi vida. Un amigo incondicional que siempre está ahí, en las buenas y en las malas. Y creedme que se dé lo que hablo. —Helena se arrima a él y se ruboriza.

—Muchísimas gracias. Sabéis que sois muy importantes para mí, sois mi familia —digo algo afectado.

—Amigo, quiero que sepas que estoy aquí para ti, siempre, para todo lo que necesites y cuando lo necesites —replica Carlos mientras me abraza fuerte.

Murmuro un tímido «gracias». Estoy algo cohibido, hace mucho que no muestro mis sentimientos. Carlos me separa de su abrazo y continúa con el discurso. Lo voy a matar como al final termine llorando.

—Mi hermano, hoy no tenemos un regalo al uso —dice solemne—, pero espero que te guste lo que te ofrecemos. Nos gustaría que fueras el padrino de nuestra boda. ¿Aceptas?

Todos emitimos una exclamación de sorpresa y me quedo paralizado analizando sus palabras. De pronto, empiezo a reírme a carcajadas. Esto sí que no me lo esperaba.

—Sí, claro que sí. —Me acerco a la parejita feliz y me fundo en un abrazo.

A partir de ese momento la fiesta se vuelve un caos de felicitaciones, comentarios sobre la boda e incluso organización. Mi madrastra no ha vuelto

a aparecer y, aunque me esfuerzo por sobreponerme, no puedo quitármela de la cabeza. Le he lanzado alguna mirada a Noa, pero no estoy de humor para luchas dialécticas.

La fiesta se da por concluida. Estoy muy contento y entusiasmado por Carlos y Helena. Por supuesto, también agradecido porque me tengan en cuenta y me cedan ese enorme honor. Me despido de mi hermana y le prometo que la llamaré cuanto antes. Me sorprende la relación de Helena con Noa, nunca pensé que se pudieran llevar tan bien.

Ya en casa, me siento en el sofá, jugueteo con el perrito que me ha regalado Noa y sonrío. Qué carácter más peculiar tiene esta chica. Me desconcierta y a la vez me gusta. Su pelo me ha dejado anonadado. No lo esperaba de ese color ni tan corto, pero le sienta muy bien. Me voy a la cama con una sonrisa para variar.

Capítulo 16

NOA

Algunos de los integrantes de la fiesta se han ido a casa, estaban cansados. Nosotros hemos decidido seguir de marcha. Soy de las que piensan que la noche es joven y hay que exprimirla. ¡Venga ya!, es viernes y temprano. ¿Te vas a ir a casa a ver la tele y dormir hasta el día siguiente? Eso no va conmigo. Yo necesito un poco más de actividad. He hecho buenas migas con Andrés, el exjefe y amigo de José, que por cierto está de bastante buen ver. Es un poco mayor para mí, pero no lo descarto. Alicia e Irene se han animado también. Somos solo cuatro, aunque a veces menos es más.

Nos hemos venido a tomar unas copas a un bar bastante pijo que está en la playa, a escasos metros de mi coche y de los apartamentos. La música es muy agradable y Andrés conoce a los dueños, que nos están tratando a cuerpo de rey.

Llevamos un rato hablando y, como no podía ser de otra forma, sale a colación José. Me cuentan entre risas que se está haciendo mayor. Antes era el último en volver a casa, pero desde que ha terminado la facultad parece un viejo. Me lo creo, tiene pinta de haber sido el terror de la noche. Todos coincidimos en que hoy no se ha comportado de manera normal, como si estuviera preocupado por algo; intuyo que su madre ha tenido algo que ver. Me gustaría preguntarles sobre esa relación, pero no lo hago. No quiero estropear el ambiente y me huelo que ahí hay algo sórdido.

Uno de los camareros me ha echado un par de miradas bastante calientes así que, sin más, fijo mi objetivo en él. Si no sale muy tarde, quizá lo espere. Ver el cuerpo de José durante toda la tarde ha despertado la necesidad en mí y este chico parece un buen candidato para un polvo rápido.

Irene decide marcharse a dormir, alega tener que hacer cosas mañana. Me sorprende que Alicia no se vaya con ella. Se despide de nosotros con un apretón de manos y de Alicia con un beso bastante casto en la mejilla. Aprovecho que Andrés ha ido a la barra para preguntarle a Alicia sobre su relación. Sé que no debería, pero tiene cara de necesitar un hombro y yo estoy aquí.

—Alicia, perdón si me meto donde no me llaman, pero ¿qué os pasa a

Irene y a ti?

Soy muy arriesgada preguntándole esto, más cuando casi no nos conocemos, pero no puedo ver a alguien pasándolo mal y quedarme impasible.

No contesta al principio, sino que se mira las manos jugueteando con sus uñas. Imagino que está sopesando si contestarme o no y la comprendo, soy una total desconocida. Creo que está algo bebida, quizá eso la haga hablar un poco más.

—No estamos en nuestro mejor momento —contesta al fin.

—Lo siento, hacéis una bonita pareja —puntualizo—. Lo digo porque ambas sois guapísimas. Aunque desde fuera no se aprecia mucho *feeling*.

—Al principio todo iba bien. Nos queremos con locura, el amor no es el problema. —Me mira algo cohibida—. No debería contarle esto a una desconocida. Lo siento, estamos para divertirnos.

—Sigue, tú lo necesitas y yo no tengo nada mejor que hacer. —Le regalo mi mejor sonrisa para infundirle ánimos.

Se lo piensa un poco y finalmente me lo cuenta.

—Ella no quiere que nuestra relación afecte a su futuro profesional ni empañe la relación con su familia, son bastante conservadores. —Asiento comprendiendo por dónde van los tiros—. Estoy cansada de esconderme y de no hacer ciertas cosas porque a ella le molestan.

—Ya. Has asumido tu sexualidad de forma natural y no quieres tener que retroceder porque ella no se atreva a dar el paso.

—Justo. Esto no lo saben aún los chicos. Sé que le tienen mucho cariño y están contentos porque al fin tengo una estabilidad emocional, pero... creo que ya no aguanto más.

—Te conozco desde hace unas horas, no debería opinar...

—Habla sin miedo, a veces las opiniones más sinceras vienen de quien no tiene ninguna implicación.

—Deberías vivir sin miedo y pudiendo mostrar tu amor como deseas, como hacemos todos. Si no estás convencida de que esta relación sea buena para ti, termínala.

—Sé que llevas razón, pero cuesta mucho cambiar las cosas. Además, la quiero.

—Deberías quererte más a ti.

Alicia me dedica una sonrisa tierna y me abraza. Detrás de esa fachada de

dura y segura de sí misma hay una mujer muy tierna.

—¿Me disculpas? Debería ir a hablar con Irene. Muchas gracias, Noa. Te debo una.

—Nada, estoy para lo que necesites. Suerte.

Alicia se va, no sin antes despedirse de Andrés. Él vuelve y se sienta a mi lado. Me tiende una bebida que no he pedido.

—Por cortesía de tu amigo. —Señala con el vaso al camarero, que me mira expectante. Le dedico una sonrisa y le doy un trago.

—Me ha dicho el jefe que tu amigo sale en diez minutos, así que yo me marcho ya. ¿Te vienes o te quedas?

—Buenas noches, Andrés. Nos vemos pronto.

Me da un par de besos y se marcha con una sonrisa. En sus tiempos, este hombre tenía que ser un buen rompecorazones.

Disfruto de mi copa y observo como los diferentes grupos de personas bailan y se relacionan. Siempre me ha gustado observar.

No sé cuánto tiempo pasa. Me he abstraído de todo. Una mano se posa en mi hombro y me sobresalto. Es el camarero. Se ha cambiado de ropa, ahora va con unos vaqueros y una camiseta. Me pongo de pie. Nos sonreímos y salimos del bar.

Nos encaminamos hacia mi coche. Por suerte, está aparcado en una calle estrecha y poco iluminada. Por el camino nos deshacemos en risas y flirteos. Se le da bien.

Abro la puerta del copiloto proporcionándole unas vistas interesantes de mi trasero que él aprovecha. Mientras inclino el asiento todo lo que da hacia atrás, el chico no para de manosearme. Lo dejo hacer y lo incito contoneándome. Me doy la vuelta, me acerco a él, le muerdo la boca y agarro su paquete. Él se sorprende y jugueteo un poco para que se confíe. Cuando lo noto relajado, lo giro y le doy un leve empujón sentándolo en el coche. Sin querer, se da un pequeño golpe con el marco de la puerta y ambos nos reímos.

Se acomoda mirándome con ansia mientras se quita la camiseta. Me gusta lo que veo. Un pecho ligeramente marcado, moreno y apetecible. Sin dilación, me subo encima de él restregándome contra su duro miembro. Me sigue el ritmo sin retrasarse ni un poquito. En un momento de cordura cerramos la puerta. Eso silenciará nuestros jadeos.

Sus manos están por todo mi cuerpo. Mis pechos han quedado fuera del

biquini y uno de ellos asoma por la camiseta de tirantas. Agarra mi culo y acentúa el roce contra su pelvis.

Metó una de mis manos entre nuestros cuerpos para desabrochar su pantalón y liberar su longitud. No está mal, no es para tirar cohetes, pero me va a servir. Saca un condón del bolsillo, se lo arrebató y se lo colocó. Me incorporo un poco hasta que, con cierta dificultad, me quito los pantalones y la braga del biquini. El chico mete una mano entre mis piernas y comprueba lo mojada que estoy. Hace tiempo que no echo un polvo y no sabía lo mucho que lo necesitaba.

Mi compañero me eleva para que pueda sentarme sobre él. Me pongo de rodillas y me dejo caer empalándome totalmente. Tras el momento inicial de adecuación, comienzo a moverme sintiéndolo por entero. Él me ayuda empujando desde abajo y sujetando mis caderas y mi culo. Seguimos besándonos medio poseídos y dejándonos llevar por la situación. Meto mi mano entre nuestros cuerpos y me toco buscando mi propia liberación, que no tarda en llegar. Un cosquilleo me recorre hasta que todo se funde en negro y estallo en un orgasmo que está lejos de ser apoteósico. Echo el cuerpo hacia atrás intentando prolongarlo. Mi compañero también se deja ir y siento cómo se tensa dentro de mi cuerpo.

Respiramos entrecortadamente recuperando el resuello. Le doy un beso rápido, lo saco de mi interior, me cambio al asiento del piloto y nos recomponemos como podemos dentro de las limitaciones del espacio.

—¡Vaya! Ha sido increíble —dice el chico aún entrecortadamente.

—No ha estado mal —contesto con suficiencia.

—¿Quieres que vayamos a mi casa y continuemos?

—Por ahora estoy servida, pero sé dónde trabajas. —Le guiño un ojo—. Ha sido un placer.

Le regalo una sonrisa, un beso rápido y lo invito a que se marche. El chico lo hace sin rechistar. Creo que le habría gustado que la noche hubiera continuado hasta la mañana, pero se va a tener que conformar con esto.

Voy a casa dando un paseo, está a solo unos metros. Además, ahora estoy muchísimo más calmada y satisfecha podré pasar una temporada sin sexo.

Capítulo 17

JOSÉ

Cansado de dar vueltas en la cama sin resultados, me pongo a ver la tele a oscuras bastante aburrido deseando que llegue Morfeo. Con todo el ajetreo del cumpleaños, mi madrastra y la boda, no puedo dormir. Debería haberme ido de copas, era lo que deseaba. Me estoy haciendo mayor.

Escucho ruido fuera y me asomo. ¿Quién será a estas horas? Para mi sorpresa, aparece la menuda figura de Noa con ese pelo que me llama como un faro. Me coloco una camiseta, abro la ventana y emito un fuerte silbido para llamar su atención. ¡Mierda!

—¡Joder! Qué susto me has dado —contesta llevándose la mano al pecho—. El silbido pase, pero ¿los efectos luminosos eran necesarios?

Empiezo a reírme, ¡la jodida domótica!

—La luz, esto... tengo asociado el silbido a las luces. Lo siento, escuché la cancela y ya que te había visto, me parecía feo no saludarte. —Mentiroso, la has visto y se te han iluminado los ojos.

—¿Qué haces levantado a estas horas?

—No podía dormir y estaba viendo la tele un rato. ¿Dónde habéis estado?

—Fuimos ahí al lado, a la playa. Un sitio muy pijo en el que se está muy a gusto.

—Ya sé, a Andrés le encanta ese garito. Debería invertir en él porque al final se deja allí todo el dinero. —Observo bien a Noa, está sonrojada y con los ojos brillantes. Parece que hubiera... No, no puede ser. ¡Joder! ¿Con Andrés?

—Es un buen lugar.

—¿Te ha traído alguien? —pregunto intentando parecer casual.

—No, he venido yo solita. Sé llegar y todo. Además, está ahí al lado.

—Qué graciosa. Solo pensaba que quizá habías venido con Andrés.

—¡Qué va! Él se fue hace rato. Yo me quedé un poco más.

—¿Sola? —¿Por qué estoy tan preguntón?

—Sola, al principio. Luego, acompañada. ¿Saciada tu curiosidad?

—Lo siento, no pretendía incomodarte. —Reculo, no quiero ser desagradable.

—¿Puedo irme a casa a dormir o tienes más preguntas? —suelta con ironía.

—Que descanses, Noa. Buenas noches.

Cierro la ventana y me meto en mi casa. Ahora sí que no voy a poder dormir.

∞∞∞∞

Un rayo de luz me despierta. Me he quedado dormido en el sofá, ¡otra vez! Miro la hora y son las once de la mañana. Será posible. Estiro el cuello, he dormido en una postura poco decorosa porque me duele la espalda y en general todo. Me preparo un zumo de naranja, me doy ducha rápida y me pongo ropa de gimnasio. Estoy dispuesto a aprovechar el sábado y darlo todo.

Vuelvo dos horas después, me he dado un buen tute. La conversación de anoche con Noa me tiene un poco intranquilo. Qué me importará a mí con quién ande esta chica. Pues nada, mi cabeza no deja de darle vueltas. Pero si me caía mal.

Paso por casa de Carlos para ver si se viene conmigo a nadar un rato a la playa. Está más que dispuesto. Intento saludar a Vodka, pero el puñetero perro me gruñe y por poco me da un bocado. Carlos se ríe de mí. Nunca me llevaré bien con el perro de las narices.

Voy a casa a ponerme el bañador, un pantalón corto, camiseta, toalla y chanclas. Solemos ir a una zona más apartada donde no hay muchos turistas y podemos dejar los objetos personales sin vigilancia.

Cuando llegamos, me sorprende ver que Helena y Noa están allí. Interrogo a Carlos con la mirada y solo inclina la cabeza hacia un lado. Le da un beso bastante tórrido a Helena y no puedo apartar la vista, me gusta la forma que tienen de quererse. Noa carraspea a su lado. Ellos cortan el beso y todos la miramos.

—¿Esto es una fiestecilla o una cita doble?

—Ni una ni otra. Yo vengo a nadar. Vosotras no sé a qué, pero podéis mirar. —Voy de sobrado, lo sé, pero es que ella también es muy chula. Me quito la camiseta y los pantalones.

Por el rabillo del ojo veo cómo Noa recorre mi cuerpo sin cortarse un pelo y evalúa lo que ve. Me he puesto un bañador turbo, es bastante minúsculo. Debo decir a mi favor que yo venía a nadar y este es más cómodo para eso. Lo malo es que deja poco a la imaginación. Ayer en la piscina se

saltó una parte importante de mi anatomía al hacer su particular escrutinio, hoy... definitivamente, no. Incluso se relame la muy puñetera.

—¿Te gusta lo que ves? —le repito la misma pregunta que le hice. Ella sonrío reconociéndola.

—Bueno, no está mal. Lo que se intuye tiene buena pinta. Ya sabes lo que dicen: la potencia sin control no sirve de nada. —Su mirada oscila entre mi paquete y mis ojos, retándome.

Mi sonrisa se amplía, me giro y dejo que observe mi ancha espalda y mi duro culo. Si quiere saber si sé usarlo, que se lo trabaje.

Me meto en el agua sin pensármelo mucho. Realmente hago un alarde, menos mal que ha salido bien o hubiera pasado de héroe a villano. Caliento mis músculos y me acostumbro a la temperatura. Está algo fría, pero ya entraré en calor. Al momento, aparece Carlos.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta con una sonrisa.

—Le gusta picarme y a mí me divierte seguirle el juego. —Sonríe mientras me mira y se pone a nadar.

Cuando salimos del agua las chicas siguen tumbadas al sol, se van a poner como gambas. Noa me come con los ojos, pero esta vez sí disimula. Me gusta que las mujeres me encuentren atractivo. Cuido mi cuerpo para estar bien de salud y para generar ese brillo que veo en sus ojos.

Repaso la anatomía de Noa con el mismo descaro con el que lo hizo ella antes y reparo en que unas líneas de tinta se dejan ver en su ingle izquierda. Estoy tentado de preguntar, aunque finalmente no lo hago. No quiero que siga pensando que soy un entrometido, bastante mal quedé ayer por la noche. Cuando tenga otra oportunidad, le preguntaré.

Como ya es tarde, vamos a tomarnos algo a un bar cercano y entre risas y cervezas pasamos la comida. Helena y Carlos se fueron hace un momento «a dormir la siesta». Ya imagino la siesta que van a dormir estos dos, me producen cierta envidia.

Noa quería quedarse un rato para tomarse un café y he decidido acompañarla. Cómo declinar esa oferta. Para un rato que pasamos sin echarnos a los perros.

—Quería que te quedaras para comentarte una cosa. He pensado que podríamos organizarles algo a la parejita como despedida de solteros.

La miro sorprendido porque ella ha reparado en eso y yo no. Asiento.

—Puedo arreglar algo con Andrés. ¿Juntos o separados?

—Creo que podríamos ir a cenar separados y luego ya más tarde vernos, ¿quizá en alguno de los clubs donde trabajabas?

—Me parece bien. Lo único es que, si no recuerdo mal, son las noches temáticas. Tengo que averiguar qué toca esa noche. ¿Te han invitado a la boda?

—Eso parece. Helena ha insistido en que quiere verme allí. Me encantará acompañarlos en ese día tan bonito.

Terminamos de tomarnos nuestras bebidas, ella un café y yo, por supuesto, un té. La despedida ha sido un poco incómoda porque no sabía si darle dos besos, un abrazo o levantar la mano. Un día de estos sabré comportarme con ella. Al final, le he dado un solo beso que ella ha correspondido con una sonrisa descarada. Observar la preciosa peca que adorna su labio superior casi me hace lamerlo. He sido un caballero y me he contenido.

Me doy una ducha para quitarme toda la sal y, con la excusa de hablar sobre la despedida de soltero, llamo a Andrés. A ver si me cuenta algo de lo que pasó ayer con Noa y de paso evalúo cómo están las cosas en la noche. He quedado con él en uno de los clubs.

Vuelvo a mi ropa de siempre, a esa que no es para nada discreta. Mis trajes de tres piezas y mis corbatas llamativas. No tengo mi barba y reconozco que me siento extraño sin ella. Todos piensan que estoy bien así y es cuestión de tiempo que me habitúe, sin embargo, yo sigo atusándola como si la tuviera.

Qué éxito he tenido con las mujeres esta noche con la excusa de preguntarme si soy nuevo o comentarme lo bien que me sienta el nuevo *look*. Todas se han acercado a hablar conmigo y a dejarme sus tarjetas con sus teléfonos. Estoy planteándome convertirme en gigoló. ¡Me haría rico!

Andrés no ha dicho mucho de lo que ocurrió. Parece que Noa se quedó un rato más esperando a un camarero, no sabe nada más. Aunque le ha mosqueado que me interesara por ella. Le he puesto una excusa bastante mala y no ha insistido. Respecto a lo de la fiesta de despedida, está de acuerdo, corre por su cuenta. Una zona vip y las bebidas de esa noche son su regalo de boda. Una cosa solucionada. Respecto a la temática, la sabremos una semana antes.

Vuelvo relativamente pronto a casa, pero antes me paro a tomarme una copa en el bar donde estuvieron anoche. Observo a los camareros. Hay uno

joven que flirtea con las clientas, podría tratarse de la conquista de Noa. Apuro mi copa de un solo trago y me marchó cabreado pensando que ha sido una mala idea pasarme, qué arreglo yo viendo a mis rivales. ¿Rivales?

Capítulo 18

FIFI

He estado un poco desconectada del cuidado de mis niños. El vecino me tiene muy atareada. Desde la cena del otro día siento que estoy más cerca de él, me estoy enamorando. Me gusta todo con él: pasear, comer y echarnos esas siestas interminables. Sé que no puede verme, pero me hace feliz acompañarlo. En cierta forma, intuye que algo o alguien lo acompaña.

Volviendo a lo importante, tengo que dejarme ya de tonterías y de encaprichamientos adolescentes. José me necesita, va llegando la hora de entrar en acción y no solo dedicarme a dejar que sucedan los hechos. El otro día ya ayudé a Noa a romper el hielo, tiré su cerveza sin querer y ella no tuvo más remedio que ir a darse un baño. A veces, con un pequeño empujoncito todo va mejor.

Tengo que aclarar mi información para poder actuar sobre ellos de manera contundente y a la mayor celeridad.

Según me ha contado Vodka, a Noa le gustan muchos los animales, es ecologista e intenta llevar una vida sostenible. Se ha criado en una granja con una familia que está muy unida. Les he hecho una visita para corroborar la historia. No es que no me fíe de mi perro, es que siempre son mejores los hechos que las palabras, o ladridos en este caso. Son personas llanas que saben disfrutar de las pequeñas cosas y que se quieren, que es lo más importante. Me gustan mucho para José, sentirá el calor de personas que se aman y el de una mujer que los tiene bien puestos, ¡qué más puede pedir! Definitivamente, esta misión es prioritaria, esto tiene que salir bien como Fifi que me llamo.

Por parte de José, su padre nunca lo ha atendido. Don José necesitaba a su mujer y a su hijo en la medida en la que los pudiera usar, el resto del tiempo eran un estorbo. Incluso cuando su mujer vivía no pintaba nada. Eran la típica familia de la foto, algo que mostrar a la opinión pública con quien aparentar, hacerse los reportajes de rigor y así granjearse unos cuantos votos más. Encima, el chico no heredó su carácter agresivo, sino el de su madre, más sensible y calmado.

Cuando su madre murió, José se quedó solo y sin nadie que lo cuidara.

Peor aún, se quedó sin referentes. Se fue formando a sí mismo y optó por un camino quizás no muy acertado. Usó una máscara para ocultarse. Le proporcionaba la posibilidad de relacionarse con los demás sin que le hicieran daño. Para rematarlo todo, llegó la arpía de su madrastra. Una chica solo unos años mayor que él que hizo lo que le dio la gana con la casa y con el crío. Mangoneó al padre usándolo en su beneficio y al chico lo manipuló y lo sigue manipulando como quiere.

En mis últimos días José ya residía de nuevo en los apartamentos y venía todas las tardes a verme. Ya había cogido el hábito de contarme las cosas por teléfono, así que continuó en persona. Entre llantos, me contó cuál era su verdadero problema. Me dijo que le hubiera gustado contármelo antes, pero que le daba miedo que no lo comprendiera o que cambiara la visión que tenía de él. ¡Qué tontos somos a veces! Lo único que hicieron sus confesiones fue que lo quisiera más y valorara sus grandes esfuerzos.

Me explicó sus sentimientos después de la muerte de su madre. Reflexiones sobre lo solo que se había quedado y que no podía contar con casi nadie. Deseaba ser mayor para poder establecerse por su cuenta y tener al fin la vida que deseaba. Con un poco de pudor, aunque no sé bien por qué, pues los pudores conmigo están de más, me contó cómo descubrió la sexualidad y cómo se valió del sexo para obtener el cariño del que nunca disfrutó.

Le costó aún más contarme el tiempo que pasó con su madrastra. Esa mujer merece un castigo por todo lo que le hizo y le sigue haciendo. Empezó por pequeños juegos que alentaban la mente de un adolescente. Inocentes al principio y basados en el supuesto amor filial. Es una mujer muy hermosa que sabe valerse de sus armas y las usa. Con la excusa del cariño y por la necesidad de una figura femenina fuerte en su vida, se fue dejando liar por su hilo hasta que ya fue tarde.

José siempre ha conseguido resistirse a ella, al menos, eso me contó. Parece que tuvieron sus roces y acercamientos no demasiado inocentes. A pesar de la indiferencia que José siente por su padre, estoy convencida de que no soportaría engañarlo con su mujer. No tienen la misma sangre, sin embargo, para José la lealtad y la confianza son muy importantes.

Insto a Vodka a ponerse en marcha, la obra no va a ser eterna y estos dos tienen que llegar a algún entendimiento por sus medios o por los nuestros.

Capítulo 19

NOA

Estoy sorprendida por la forma de ser de José. Helena y Carlos tenían razón y no es tan estirado como pensaba. ¡Y está buenísimo! Se nota que se machaca en el gimnasio. Un brazo suyo son mis piernas y mis brazos juntos, ¡qué barbaridad! Me siento aún más pequeña a su lado. Tengo que desechar estos pensamientos. José no deja de ser la mano ejecutora del promotor y no me conviene que pase algo entre nosotros. Tener que lidiar luego con su mal humor o su tono de hombre despechado, porque piense que después de un polvo siempre queremos un anillo, no es una opción.

Debería mantenerme en un segundo plano y ser cordial, pero sin ser tan abierta como suelo ser. No tengo ningún problema en encontrar chicos con los que acostarme. Con esa reflexión me voy a la cama temprano, después de un largo baño y de un ratito de televisión con mis series preferidas.

He dormido muy bien, con un sueño muy reparador. Me despierto algo desorientada por la cantidad de horas, lo necesitaba. Debería ir a ver a mis padres. Aunque hablo con ellos todos los días, necesito un poco de cariño maternofilial. Aparte, se me han acabado sus fiambreras y no se puede abusar de Lucía, bastantes bocas tiene ya en su casa.

No me lo pienso, me arreglo en un momento, preparo una pequeña bolsa de mano y me monto en el coche. Necesito achuchones familiares.

He pasado con ellos apenas unas horas, pero vuelvo con las pilas cargadas y dispuesta a enfrentarme a todo lo que me echen. Mi hermano Mateo se ha venido conmigo. Tiene que hacer unas gestiones en la ciudad y le he ofrecido mi casa para que las haga con tiempo. Me encanta su compañía, es el mediano de los tres y el único que no tiene el pelo rojo. No parecemos hermanos, creo que es al que menos me parezco. Como todos decimos, es el adoptado.

Es bastante más alto que yo, con unas espaldas anchas del duro trabajo. Tiene el pelo muy muy corto y me gusta bromear con él para que se lo rape; total, para lo que se deja. Sus ojos son oscuros también y normalmente tiene una barba de tres días. Usa camisas de cuadros y botas de senderismo; la ropa

de leñador, como me gusta decirle. Todo el conjunto le da un aspecto de hombre rudo de las montañas. Siempre bromeamos con su edad, está cerca de los cincuenta, y con que su mujer y sus hijas le dan una vida apacible, nada de disgustos que le quiten el apetito. Le ha salido un poco de barriga. De mis hermanos, es el que tiene un carácter más afable y risueño y, como los demás, es sobreprotector, pero un cacho de pan.

Llegamos ya de noche a casa. Al pasar por casa de José, no puedo evitar mirar la ventana por la que me habló. ¿Qué pensaría si me viera entrar a estar horas con un hombre?

Nos cruzamos con Alex, el chico que estudia veterinaria, el del dos B. El otro día tuvo un pequeño accidente con la moto. Nada grave, fue aquí en la puerta de los apartamentos. La primera que salió corriendo para auxiliarlo fue Sonia, la médica. Qué mujer más atenta y avispada. Salió disparada a ayudar. Se encargó de tranquilizarlo y de llamar a emergencias. Le hizo una primera revisión. Nos quedamos más tranquilos porque, a falta de pruebas más específicas, parecía que solo se había roto un brazo. Al poco llegó la ambulancia y se lo llevaron. Efectivamente, se quedó en un brazo roto, la moto destrozada y una regañina por parte de sus padres. Desde entonces, parece que se lo está tomando en serio y no sale de su apartamento salvo para hacer las prácticas e ir a clase. Al final saldrá un buen profesional. Me cae bien.

Escucho los ladridos de Vodka a través de la puerta de Helena, le chisto para que no haga tanto ruido a estas horas y se calla, qué listo es. Mi hermano sonrío porque siempre he tenido mano con los animales.

Tras una cena ligera, acomodo a mi hermano en el sofá y nos vamos a dormir, que mañana hay que trabajar de nuevo.

El despertador suena antes de lo que me gustaría. Le dejo una nota a Mateo y una copia de las llaves. Yo me voy a trabajar y a tomarme ese café que tanto necesito a estas horas.

Saludo a los compañeros, estoy orgullosa de mis cuadrillas. Le indico a Luis el trabajo que vamos a realizar hoy. Aunque él lo tiene muy claro, me parece que se trabaja mejor si le doy una pequeña charla y aclaro sus posibles dudas. Me gusta ser asequible, no está reñido con ser exigente. Luis me quita una gran carga de trabajo, nos entendemos a la perfección y es un gran profesional. Solo me interrumpe cuando hay alguna decisión que tomar, es un buen encargado. Vodka ha venido a verme antes del mediodía. Siempre viene

a que le dé unas golosinas y su dosis de caricias, adoro a este perro. No me hace mucha gracia que venga a la obra con todo lo que hay por medio, sin embargo, él insiste y se instala conmigo en la caseta mientras trabajo. Tiene hasta un cuenco con agua.

Mi hermano me ha llamado avisándome de que venía a comer conmigo. Le he dicho a Luis que se venga con nosotros, se conocen de otra obra en la que estuve trabajando. Vamos al chiringuito de siempre y lo esperamos con un par de bebidas. Hoy hace bastante calor y Vodka se acomoda a la sombra de mi silla. Lllaman a Luis, es su mujer. Ha surgido un imprevisto y me pregunta si puede marcharse, obviamente, le digo que sí.

Al rato de irse Luis, llega mi hermano y nos ponemos a comer mientras me cuenta cómo van sus gestiones. Parece que va solucionando los problemas y que mañana posiblemente vuelva a su casa. Me alegro por él, sé que le gusta estar en el campo y echa de menos a sus hijas y a su preciosa mujer.

—Hola, Noa —me saluda José.

—Buenas, José. ¿Qué tal? —replico formal. Estaba tan metida en la conversación con mi hermano que no lo había visto.

—Bien, venía a tomarme algo —dice señalando la barra del bar—. No os interrumpo. Luego hablamos. —Me dedica una mirada achinando los ojos y otra a mi hermano. Se acomoda en la barra lanzándonos miraditas furtivas.

—¿Quién es?

—El amigo del promotor y mi vecino —le explico observando a José.

—Pues creo que a tu vecino no le ha gustado verme contigo. ¿Crees que se pondrá celoso si me acerco más a ti?

Suelto una carcajada porque mi hermano es un manipulador.

—¿No se supone que deberías ser un hermano sobreprotector que no quiere que su hermanita pequeña tenga líos con hombres? —pregunto sonriendo.

—Hace tiempo que aprendiste a defenderte sola, mereces un poco de diversión. —Me regala una preciosa sonrisa y se arrima a mí echándome un brazo por encima.

Seguimos hablando, exagerando más nuestra proximidad y nuestros gestos de euforia. No sé si esto valdrá de algo, pero al menos me estoy divirtiendo. De pronto, se ha levantado una ráfaga de aire que ha tirado mi cerveza produciendo un pequeño revuelo que nos hace sonreír y llamar la

atención de todo el chiringuito. Por suerte, no me he manchado. ¡Me estoy volviendo especialista en volcar cervezas! Vodka ha salido ganando porque está ahí chupando el suelo. ¿Los perros se emborrachan?

Se me ha hecho muy tarde. Realmente no tengo que volver al trabajo, pero me gustaría adelantar unas gestiones que tengo que hacer mañana y revisar unas dudas que me han surgido. Mi hermano va al apartamento a descansar un rato y nos despedimos en la puerta de la obra. Algunos compañeros están rematando algunas cosas, los regaño porque ya no deberían estar allí y les permito quedarse solo una hora más. Lo que no dé tiempo se hará mañana. Después de todas estas instrucciones, me siento en la caseta y justo estoy quitándome el casco cuando llaman a la puerta. Resoplo cansada. ¡Ni un momento me dejan descansar!

—¿Se puede? —Es la voz familiar de José. Qué querrá ahora.

—Pasa, dime, ¿qué necesitas?

—Bueno, esto... yo... no quería nada concreto. Vine a traerte un café. — Me tiende un humeante y rico café y le sonrío. ¡Qué atento!

—Gracias, todo un detalle. —Le doy un buche y cierro los ojos paladeándolo.

—¿Con quién estabas comiendo?

—¿Por qué te importa tanto?

—Nada, un poco de curiosidad. Lo he visto entrar en los apartamentos y no te había oído mencionar que tuvieras pareja ni nada de eso.

—Mi vida sentimental no es asunto tuyo. Yo no te pregunto con quién te acuestas.

—No me acuesto con nadie —se apresura a responderme.

Sus palabras me sorprenden y me agradan. Me siento un poco tentada de decirle la verdad y que se quede tranquilo, pero las ganas se me pasan rápido. Quiero jugar un ratito más con él.

—Me parece estupendo, aunque deberías hacerlo de vez en cuando para no perder la... pericia. —Miro provocadoramente su entrepierna y le sonrío.

José se siente cohibido y de forma rápida y atropellada se va de la caseta murmurando un «hasta luego».

El resto de la tarde la paso ultimando papeleo y sonriendo a causa de la bromita a José. Se lo tiene merecido por meterse en mi vida y no ser claro. Si quiere un polvo, que lo pida como todo el mundo.

Cuando llego a casa, mi hermano está preparando la cena. Es un gusto

llegar a casa y encontrárselo todo hecho. Igual le pido que se quede una temporadita, dudo que acepte.

Mientras cenamos le cuento lo que ha pasado después de que se fuera y ambos nos reímos del pobre José. Mi hermano me comenta que terminará de hacer sus gestiones por la mañana y cogerá el tren a mediodía, así que ya no nos veremos. Nos despedimos antes de irnos a dormir y me desea suerte con todas las «cosas» que tengo en danza por aquí.

Capítulo 20

JOSÉ

Esta chica me pone de los nervios. ¿Cómo puede estar con un hombre que le dobla la edad? Entiendo que pueda tener otras cualidades, pero ¿en serio? ¿Tan mayor? Encima le pregunto y me contesta con evasivas. Me saca de quicio. Para colmo de males, me comporto como un estúpido cuando estoy con ella, no hago más que decir cosas que no quiero. Parece que me hubieran dado pentotal sódico. Para mi desgracia, creo que me tiene cogida la medida.

Para ir mejorando la semana, mañana he quedado para hablar con mi madrastra. He decidido que esta situación no puede continuar. Estoy cansado de que ella siempre lleve la voz cantante. Voy a poner las cartas sobre la mesa. Le voy a comunicar que he decidido contarle a Jana todo lo relacionado con nosotros y que, si no me deja en paz, será extensivo a mi padre. No sé cómo se lo va a tomar y eso me asusta un poco, pero me da igual, debo hacerlo. Ya no me importa. Siempre he pensado que era la mujer de mi vida y que tarde o temprano se daría cuenta de que debíamos estar juntos. Ahora, estoy convencido de que no es una buena persona y que solo me ha usado para sus juegos. En el fondo ya lo sabía, pero nunca he querido reconocerlo, eso supondría pensar que todo lo que he vivido con ella y por ella ha sido una farsa.

Yo sí creí haber estado enamorado de ella. Mi primer gran amor, ese que nunca se olvida, que te marca hasta las entrañas. A día de hoy, me planteo si fue amor o solo deseo o anhelo de amor. Estoy muy confundido y necesito aclararme. Fifi estuvo aconsejándome en sus últimos días, insistía en que ella tenía más mundo que yo y que mi enamoramiento era un espejismo. Sé que esas conclusiones son ciertas, pero cuando la tengo delante, me olvido de todo pensamiento racional.

Los recuerdos no ayudan y acude a mi mente una noche en particular. Mi padre, como siempre, había salido a una supuesta reunión. Todos éramos conscientes de cómo eran sus reuniones, en ellas posiblemente habría una jovencita implicada. Carmen nunca les dio importancia a esos escauceos, son tal para cual. Yo nunca vi a ningún amante en la casa, pero sé que los ha habido. Ella se encargaba de decirme lo bien que se lo hacía tal o cual, era

parte de su tortura.

Desde que llegó a casa me pareció la mujer más hermosa que hubiera visto en mi vida. Siempre había tenido relaciones con chicas de mi edad, adolescentes con cuerpos de adolescentes e ideas de adolescentes, pero ella... ella era una mujer. Joven, pero con cuerpo de mujer y deseos de mujer.

Era y es, por desgracia, una mujer muy sensual. Sabe de su atractivo y lo usa para sus propios fines. Yo la espiaba siempre que tenía oportunidad. Ahora soy consciente de que ella sabía que la observaba e incluso incitaba ese comportamiento. Pero en aquel entonces, con mi necesidad adolescente, verla a hurtadillas era lo más a lo que podía aspirar. Qué iluso.

Ella dejaba estratégicamente la puerta de su cuarto abierta mientras se cambiaba. Yo me apoyaba en el quicio y miraba con los ojos como platos cómo lenta y sensualmente desnudaba su cuerpo. Casi nunca la veía por delante, siempre me mostraba su espalda o su culo, suficiente para tener una enorme erección y sueños bastante vívidos por la noche. Aún no me masturbaba con su imagen, no quería ensuciar mi amor.

Otras veces, cuando estábamos solos en la piscina, se quitaba la parte superior del bikini y se ponía a tomar el sol. No es que no hubiera visto antes unos pechos, pero los de ella eran pura tentación, esos que yo deseaba con locura. Intentaba por todos los medios aparentar naturalidad y sufría estoicamente por verla semidesnuda ocultando mi erección con lo que tenía a mano, mientras deseaba que pasara un tiempo prudencial para irme a mi cuarto y evitar más tentaciones.

Solo hubo un pequeño periodo de tiempo en el que yo dejé de buscarla y espiarla. Cuando estaba embarazada de mi hermana, su estado me hizo darme cuenta de que en cierta forma éramos familia. A ella parecía darle igual porque siguió tentando y provocándome. Cuando tuvo al bebé, no pude resistirme y recaí.

Aún no había ocurrido nada fuera de flirteos ocasionales y poco más, ningún contacto físico directo, solo ese extraño y enfermizo juego. Para ese momento, yo ya estaba completamente enredado en su tela. No me gustaba nada desear tanto a la mujer de mi padre y tampoco buscar en otras lo que nunca me permitiría tener con ella. Solo tenía relaciones sexuales con mujeres de sus mismas características físicas y cada vez me costaba más trabajo no imaginar su cuerpo y su hermoso rostro. Estaba obsesionado con ella. La situación comenzaba a ser insostenible.

Una noche, cuando yo tenía diecisiete años recién cumplidos, ella volvió de una fiesta. Estaba realmente hermosa. Había recuperado su figura y el vestido se pegaba a sus curvas de una forma magistral. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y su sensual espalda al aire. Era mi diosa. Sabía que su rutina sería la de darse una larga ducha antes de acostarse. Sigilosamente, atravesé el pasillo hasta llegar a su habitación.

Me colé en su dormitorio y, al no verla allí, continué hasta el baño. Me parapeté con la puerta, como hacía siempre. La estancia comenzaba a llenarse de vapor añadiendo más ambiente a la situación. Dentro de la ducha estaba Carmen totalmente desnuda disfrutando del chorro de agua caliente. La mampara transparente me permitía ver todo su cuerpo. Por primera vez, vi su sexo y estaba totalmente depilado. Me mordí el labio para no gemir de gusto.

Se enjabonó con parsimonia los pechos, rozándolos y sopesándolos, e inclinó su esbelto cuello hacia atrás dejando resbalar el agua por su torso. Quería ser agua para recorrer su cuerpo desde sus labios hasta sus pequeños pies, me hallaba hipnotizado. Sus manos se deslizaron por su liso estómago hasta llegar a su sexo y, con lánguidas pasadas, comenzó a acariciarse. Mi pene saltó emocionado.

Ella comenzó a gemir suavemente jugueteando con su sexo y pellizcando sus pezones totalmente entregada a su placer. Restregué mi dura erección por encima del pantalón del pijama necesitando aliviar mi propio deseo. Sus jadeos se volvieron más rápidos y altos y yo metí mi mano por el pijama buscando el contacto con mi piel. Toqué mi duro miembro y lo masajeeé, importándome bien poco todo lo que no fuera la sensual imagen que presenciaba. De pronto, ella emitió un gemido largo e intenso dejándose ir. En ese momento me corrí sobre los pantalones sin apenas haberme tocado. Salí corriendo hacia mi cuarto, humillado y detestando desearla tanto.

Desde ese día me limité a esquivarla. Si ella estaba en la piscina, yo me iba a mi cuarto; si llegaba de una fiesta, yo procuraba estar de fiesta. No quería desearla, y menos aún que tuviéramos algo. Me sentía sucio por quererlo, por engañar a mi padre. Ese fue el momento en el que me planteé en serio que cuando cumpliera los dieciocho me iría a vivir por mi cuenta. Era una tortura demasiado profunda para estar allí. Carmen ya se me había metido hasta los huesos. La sensación de desearla continuamente y no poder tenerla, las ganas de poseerla, quererla y hacerla mía eran enormes, pero mi lealtad hacia un padre que no me quería también lo era. Mi apetito sexual

disminuyó hasta cero, no me apetecía estar con otras mujeres porque no eran ella. Solo en contadas ocasiones conseguía correrme con alguna y solo porque en mi imaginación me la follaba a ella.

Me volví un poco más agresivo con mis compañeras por mi propia frustración. Cuando me hacía pajas —que en ese tiempo era muy a menudo, ya que toda la casa olía a ella—, tocaba mi miembro con rabia, incluso haciéndome daño, de manera torturada por las contradicciones que todo esos deseos me producían. Me castigaba por dejar que ella me controlara y que fuera dueña de cada una de mis satisfacciones. La devoción tan profunda que tenía se fue convirtiendo en una especie de amor odio.

La noche en la que cumplí los dieciocho fue la gota que colmó el vaso y hui sin afrontar el problema. Pero hoy me siento fuerte y debo caminar hacia la resolución del conflicto.

Capítulo 21

JOSÉ

Recordar todo lo ocurrido me duele. Solo era un chiquillo con un montón de carencias y ella se aprovechó de mí y de mi situación. Sé que lo que sentía por ella solo era una obsesión, pero qué difícil es dejarla atrás. Me marcó más de lo que me gustaría reconocer. No puedo dejar que lo siga haciendo. Tenerla en mi cabeza impide que avance. No me permite mantener relaciones estables con otras personas porque siempre anhelo estar con ella y que me reconozca como algo más que un juguete. Pero no me engaño más, solo soy eso para ella. No me quiere, quiere el lujo y el dinero que le proporciona mi padre y los jueguecitos sexuales que puede obtener de mí o de cualquier otro incauto como yo.

Hemos quedado en el restaurante de un hotel de lujo en el centro. Ella jamás iría a tomar café a un bar de barrio. Se mancharía las uñas, ¡por favor!

Estoy nervioso. Voy a coger el toro por los cuernos muchos años después de lo que debería. Ella se mostrará evasiva o de nuevo volverá a intentar manipularme, no debo dejarla. Soy un hombre adulto, fuerte, que se ha hecho a sí mismo. Ya no soy el chiquillo asustado que la idolatraba. Intento infundirme valor.

No tiene nada que ofrecerme, ni siquiera sexo. Me odio por no creerme mis palabras. Una brisa hace volar las servilletas, me sorprende porque estoy dentro y no hay ninguna ventana abierta. Qué raro. Respiro hondo y el valor que necesito me invade.

Mi madrastra aparece al fin. Como no, diez minutos tarde. Está preciosa con una falda tubo por debajo de las rodillas, unos zapatos de tacón imposibles y una blusa blanca semitransparente con un escote generoso. Lleva su largo y negro pelo suelto y los carnosos labios pintados de rojo intenso.

Me ve y me sonrío de medio lado. No muevo ni un músculo.

—Hola, cariño —me dice dándome un beso cerca de la comisura. Cierro los ojos sintiéndola y asimilando su olor.

—Hola, Carmen. ¿Qué tal todo por casa? —Comienzo de manera formal.

—Bien. Jana es tan ella como siempre, tu padre sigue con la campaña y

yo... —Me mira y continúa melosa—. Yo echándote mucho de menos.

Posa una de sus tentadoras manos sobre mi pantorrilla. Suspiro por la sorpresa y mi entrepierna me da un latigazo, pero soy más fuerte que ella. Le cojo la mano y la pongo encima de la mesa. Me mira sorprendida sin decir nada.

—Venga, suéltalo, hijo mío. —Le encanta usar las palabras para hacerme daño. No me voy a andar por las ramas, no tiene sentido.

—Quiero que ceses en tus juegos. No quiero sentirme incómodo cada vez que estoy contigo. En el pasado no sucedió realmente nada entre nosotros y en el futuro tampoco, así que permíteme tener una relación normal y sana con mi hermana.

—No sé a qué viene esto. Yo no he hecho nada que tú no hayas deseado antes. En el pasado sí ocurrió algo entre nosotros y... puede volver a ocurrir. —Deja caer de nuevo su mano sobre mi muslo, pero está vez más arriba, casi rozando mi ingle. Comienza a hacerme ligeros círculos volviéndome loco.

—¡Basta! No sigas con tu juego. —Agarro su mano y, sin soltarla, la miro a los ojos. Continúo con un tono amenazante—. ¡No más juegos! —digo a través de mis dientes apretados—. Se acabó, no me vas a manipular más. Déjame en paz, búscate a otro tonto al que seducir. —Trago saliva intentando serenarme—. Vamos a llegar a un acuerdo para que pueda visitar a Jana sin que tú te entrometas o hablaré con mi padre sobre tus juegos tóxicos. Estoy cansado de bailarte el agua.

Ella aparta su muñeca de mi agarre. Sus ojos se vuelven fríos y su cara adquiere un rictus de lo más extraño. Se aproxima más a mí quedándose a unos escasos centímetros.

—Tú ganas. Pero te arrepentirás de esto. No descansarás hasta que me tengas, porque sé que lo soy todo para ti. Nunca podrás poseerme como deseas. Ninguna mujer te dará lo que yo puedo darte y lo sabes.

Se pone de pie y se marcha enrabiada.

He conseguido plantarle cara al fin. Por desgracia, creo que lleva razón y no encontraré satisfacción en ninguna mujer que no sea ella.

Pago el café y me marcho peor de lo que había llegado. Definitivamente, cada vez que intento arreglarlo, lo empeoro.

Llamo a Andrés mientras camino hacia el coche. Le pregunto por los preparativos de la fiesta de despedida y me cuenta algunas novedades. Ha reservado en dos de los mejores restaurantes de la zona y luego iremos al

Club Shhh, el más selecto. Parece que la fiesta temática va sobre superhéroes. Estrenan una película muy conocida ese mismo día y hay que darle cobertura. Sonrío. Menos mal, pensaba que iba a ser un día de mierda, pero esto de los disfraces me hace gracia. Tengo que contárselo a los demás, estoy deseando ver sus caras.

Antes de entrar en casa decido ir a ver Noa, será la primera en conocer las novedades de nuestra particular despedida de soltero. Me quedo anonadado por todos los avances que hay ya. Han terminado con la losa de cimentación y eso es algo muy bueno, supone que ya mismo empezarán con los alzados y se verá color a esto. Escucho la voz de Noa dando órdenes y la busco. Está subida encima de un palé de ladrillos dirigiendo a un tipo que traslada material de un sitio a otro. Sabe lo que está haciendo, siempre lo sabe, aunque a veces es algo arriesgada como ahora, subida ahí. No me parece un lugar correcto. Espero a que termine de indicar y cuando acaba, de un salto baja del palé sin ninguna dificultad.

—Hola, estirado, ¿qué te trae por aquí? —Me sonrío, le da un trago a una botella de agua y se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano moviendo levemente el casco en el proceso. Una puñetera gotita de agua se ha quedado encima de mi peca favorita y no puedo parar de mirarla.

—Venía a ver tu bonito culo moverse por las alturas. —¿De dónde ha salido esa frase?

—Pero cuánto humor rebosas. ¿Crees que lo muevo bien? —Me sonrío pícaro y menea el trasero para mí.

—Ya te digo. —Cierra la boca José—. Se me ha olvidado hasta lo que tenía que decirte. —Le sigo el rollo por una vez. Menos mal que he recuperado un poco de mi toque, porque estaba ya pensando que lo había perdido.

Noa me da un golpe en el hombro, un gesto propio de colegas.

—Si llego a saber que estabas mirando, te hubiera ofrecido un espectáculo mejor. —No se corta un pelo y me lo replica todo.

—No, por favor. —Gesticulo llevándome una de las manos a la frente—. No hubiera podido soportarlo, habría tenido que huir con el rabo entre las piernas.

—¿Entre las piernas?

¡Mierda! Me intimida. Céntrate, José. Acabas de salir de una movida con una mujer, no te metas con otra. Recupero la cordura.

—Ahora en serio, he hablado con Andrés sobre la despedida de soltero. La fiesta del club va a ser de disfraces. —Espero su reacción.

—¡Me gusta! No habrá que ir de princesa, ¿verdad? —pregunta frunciendo el ceño.

—No, no, va de superhéroes.

—Eso ya me gusta más. El increíble Hulk es mi favorito. —Sonríe pícaro.

—Estarías preciosa de verde. —Le saco la lengua. Ella ríe a carcajadas—. ¿Irás sola o acompañada? —Su gesto cambia y añado—: Es por hacer la reserva en el restaurante.

Me dedica una mirada intensa, que parece atravesar mi alma, y finalmente contesta.

—Sola. Me gusta hablar contigo, chaval, nuestras conversaciones son bastante efervescentes, pero sintiéndolo mucho tengo que trabajar o el amigo del promotor me llamará la atención. —Me guiña un ojo y se va caminando con paso enérgico y amonestando a uno de los hombres que se ha quitado el casco.

La observo unos segundos más y sonrío. Voy a hablar con Carlos y Helena para contarles las novedades.

Capítulo 22

FIFI

Vaya, parece que mis niños empiezan a encarrilarse. ¡Al fin!

José está cerrando el capítulo con su madrastra. Creo que aún le queda un poquito para olvidarse de ella, pero está en la senda y yo, contentísima de que la pierda de vista. Me parece que todavía dará más por culo, todo se andará.

Mi hijo y Helena están con los preparativos de la boda. El otro día Carlos fue a hacerse el traje. Va a estar muy elegante. Él tiene buena planta, tampoco es que necesite muchos adornos. Aunque reconozco que con ellos está aún más impresionante. Helena se va a caer de espaldas cuando lo vea.

Me ha gustado una idea que han tenido y es organizar la boda en los apartamentos. Me encanta que las cosas dichas estén ligadas al lugar donde he vivido las situaciones más felices. No sé si tendrán suficiente espacio para hacer la fiesta, si no invitan a muchos... Imagino que vendrán los más allegados y algunos amigos, en total, no más de cincuenta personas. Si se aprietan un poco, quizá quepan.

He espiado un poco a Alicia. Con tanto centrarme en José, la tengo un poco descuidada. Resulta que al final le dio un ultimátum a Irene. No ven la vida de la misma forma. Alicia se ha trabajado que y quien es y no está dispuesta a ceder o esconderse a ojos de otros. Es una decisión dolorosa, pero ambas saldrán ganando a la larga. Lo único que espero es que se recupere pronto y vuelva a ser la chica risueña que tanto quiero. Por lo pronto, se ha volcado de lleno en su proyecto, eso la hace feliz y estoy convencida de que le proporcionará un futuro prometedor.

Aún me estoy riendo de la jugarreta que le hicieron Noa y su hermano a José. Fue muy divertida, intenté hacérselo saber con la ráfaga de aire que tiró la cerveza, pero ella aún no me intuye. El pobre Vodka acabó medio *bolinga* por culpa de mi intervención, ¡qué se divierta, un día es un día!

Me gusta mucho la manera que tiene Noa de replicar a José y ponerlo en su sitio, me recuerda a mí en mis buenos tiempos. Si pudiera, jugaría de igual forma con los hombres. Además, tiene un aspecto de lo más apetecible y es segura como nadie. Definitivamente, la quiero en la familia.

He estado mezclándome un poco con los inquilinos, sobre todo, he jugado

con el bebé de la doctora. A Vodka y a mí nos encanta hacerla reír y que emita esos gorjeos que tanto nos nutren el corazón. El día que alguno de mis hijos tenga un bebé no sé si podremos soportarlo.

Respecto a mi «novio», las cosas entre nosotros siguen bastante interesantes. Cenamos casi todos los días y vemos la televisión juntos. Bueno, él la ve y yo lo miro a él. Me he enamorado perdidamente de un hombre con el que no puedo tener ningún tipo de relación, pero ¿quién dijo que el amor fuera fácil?

Capítulo 23

NOA

Estamos a pocos días de la fiesta de despedida. Helena y yo hemos decidido ir a alquilar un disfraz para sorprender a los chicos.

Llevamos media hora rebuscando y no me aclaro. Todos me parecen disfraces sexistas, machistas, demasiado escotados, demasiado provocadores... Empiezo a enfadarme porque en los comics las heroínas sean objetos.

Helena lleva cerca de quince minutos moviendo prendas de un lado para otro. De pronto, ve una especie de traje rojo y se pone a dar saltitos muy emocionada. No tengo ni idea de qué superheroína es. Me aclara que es Elektra. El disfraz está compuesto de unas mallas y un corpiño que deja el ombligo al aire. Como complemento, lleva una especie de tridentes que al parecer se llaman *sais*. No sé, a mí me parecen tenedores grandes, pero no tengo ni idea. Para Carlos localiza la pareja de comic, Daredevil. Un traje bastante entallado también rojo, me gustará ver cómo entra el cuerpo grande de Carlos ahí y, aunque suene algo feo, cómo encaja su masculinidad. No va a dejar nada a la imaginación. Me voy a divertir muchísimo.

Helena vuelve a insistir con mi disfraz mostrándome varias opciones, me la quito de encima soltándole una pequeña mentirijilla sobre que ya tengo una idea de lo que quiero. Le he susurrado que quiero disfrazarme de Minion. Lleva ya un rato riéndose, no sé de qué, me parece una idea genial.

Al fin volvemos a casa, ella cargada y yo dándole vueltas al disfraz. Cuando era pequeña me resultaba fácil disfrazarme, cualquier cosa valía, todos sonreían y yo era feliz. Ahora hay que tener en cuenta demasiadas cosas, qué pesadez. Ya pensaré algo, aún queda una semana. Hay tiempo de sobra. Ahora mismo hay cosas más importantes en las que pensar. Como en que no tengo ninguna chuchería para cuando venga Vodka a reclamar su tributo del día.

Los días pasan lentamente. He trabajado sin descanso. El pobre Luis se ha pedido al final unos días. Tiene viviendo en su casa a su hijo, su nuera y su nieto. Por culpa de la crisis, lo han perdido todo. De la noche a la mañana, se

vio en la calle con un niño pequeño y con la casa embargada. Menos mal que tienen donde alojarse hasta que las aguas vuelvan a su cauce. Luis va a dedicar estos días a hablar con un reputado abogado para intentar recuperar la vivienda. Deseo que todo les salga bien.

Apenas he visto a Helena por culpa de la obra y de lo cansada que llegó a casa. Me ha pedido que la semana que viene le busque un hueco para ir a ver trajes de novia, no he podido negarme. ¿Será posible que me haga hasta ilusión? Alicia y yo nos vamos a encargar de ir con ella en ausencia de su madre, que no puede hacer un viaje tan largo para acompañarla. Vendrá el día de la boda y poco más. También hace días que no veo a José. Lo he echado de menos. ¿Por qué no habrá venido a verme?

Respecto al disfraz, aún no he decidido de qué iré. Tengo una ligera idea que debo perfilar. Mi plazo expira a las diez de la noche, pero no deseo estar toda la tarde con eso, prefiero dormir un poco de siesta y arreglarme con tiempo.

Cerramos la obra a las tres. Mientras tapeo algo en el bar, caigo en la cuenta de que me faltan un par de detalles que voy a solucionar ahora mismo. Paso por una tienda barata y ya lo tengo todo. Llego a casa como una exhalación y rebusco en el armario la ropa que voy a necesitar. Por suerte, tengo todo lo que necesito. ¡Listo! Ha sido más fácil de lo que pensaba. Me voy a dormir la siesta.

Acabo de despertarme, y porque ha sonado mi teléfono. Miro el reloj un poco desorientada. Quedan dos horas aún, el mensaje era de Helena. Cómo me conoce, me ha escrito para recordarme que la fiesta es hoy. Es curioso cómo una persona a la que casi acabas de conocer te percibe más que otra con la que te has pasado toda la vida.

Me meto en la ducha. No hay merienda, seguro que en la cena estará todo rico y me voy a poner las botas. Seco mi pelo, lo engomino hacia atrás, añado un poco de tinte de ese que se va con los lavados: mi pelo adquiere un color oscuro ocultando totalmente mi pelo rojo. ¡Vaya! Estoy impresionante, totalmente metida en el papel. Hasta yo ligaría conmigo.

Le escribo a Helena para decirle que ya estoy lista, contesta al momento. Los chicos se han marchado ya y se ha reído mucho con sus disfraces. Me manda un audio diciéndome que vaya a su casa, que tenemos que ir a recoger a Eva, una compañera de Helena de su antiguo trabajo, y a Alicia. Sin

dilación, salgo de casa muy animada.

—¿De qué te has disfrazado? —me pregunta sorprendida.

No digo nada, le hago una postura y me reconoce al momento. Se ríe a carcajadas. Esta mujer siempre se parte de risa conmigo. Creo que por eso es mi amiga.

—¡No es una superheroína!

—No lo será para ti. Puedo rebatirte cualquier argumento en contra.

—En serio, eres tremenda. Vamos, que llegamos tarde. Esta noche tendrás que dar unas cuantas explicaciones sobre tu disfraz, me lo veo venir.

Recogemos a las chicas, que se han trabajado los disfraces a conciencia. El mío es el más cutre, pero el más original. Me gusta cómo voy, aunque ellas no lo entiendan.

Eva va de Wonder Woman, está monísima con esa faldita corta y seguro que en el club liga con un montón de tipos altos y musculados. Alicia se decanta por Batwoman, nos da un discurso sobre que es una heroína clara y lesbiana. No estoy en contra del mensaje, sí de la chapa que nos ha dado. Me parece un buen disfraz y es muy atrevida por llevar su sexualidad por bandera y sin cortarse ni un pelo. Así tendríamos que ser todos. Cada vez siento más curiosidad por ver a los chicos y sus disparatados atuendos. Sobre todo, me apetece ver a José.

Les pregunto a las chicas sobre ellos a ver si sueltan prenda. Obviamente, ya sé el disfraz de Carlos, fui con Helena. Alicia se ríe cuando le pregunto abiertamente por el disfraz de José. Lo sabe y no quiere decírmelo. Es muy perversa.

La cena está yendo de maravilla. La comida está riquísima, como casi siempre; escasa, pero muy rica. Todos los comensales nos miran de forma extraña, incluso he escuchado algún que otro cuchicheo. Casi tenemos que sobornar al metre para que nos permitiera quedarnos en la cena. Ha alegado que es un restaurante serio y que estamos molestando a otros clientes. Al final, nos ha colocado en una zona más apartada y los demás clientes solo nos ven cuando vamos al baño.

Tras dos botellas de vino y algunas cervezas, estamos todas un poco achispadas. No sé cuántos millones de veces hemos brindado, casi ni recuerdo los motivos. Eso sí, nos estamos riendo de lo lindo. Formamos un grupo de lo más variopinto y cada cual más loca.

Hemos decidido no mirar los móviles por esta noche. Que los chicos

funcionen por su cuenta, que nosotras ya iremos cuando nos apetezca.

Dos botellas de vino más y comenzamos a hacer confesiones interesantes. Alicia, al fin, comparte con todas que lo ha dejado con Irene. Me levanto de la mesa y le doy un abrazo fuerte, terminamos todas encima de ella mostrándole nuestro apoyo. Sigo pensando que es lo mejor para ambas. Ya me parecía raro que no hubiera venido a la fiesta. Helena se ha disgustado un poco porque no quiere ver a Alicia sola, pero al final le quitamos hierro y volvemos a las risas.

Eva nos confiesa la experiencia traumática que vivió hace algunos años y, tras mirar a Helena, entre las dos nos relatan el particular periplo que vivieron en su anterior trabajo con un tal Santiago. Me ha dado hasta repelús. Parece que Helena le debe mucho a Eva. Gracias a ella, pudo recuperarse de un intento de violación y luchar por Carlos. Me parece impresionante que estas mujeres hayan superado las barbaridades que están relatando y que sigan adelante con sus vidas, y felices. Parece que Eva está trabajando en una gran empresa de mucho más prestigio que la anterior y que ha sabido reconocer todo su potencial. Incluso nos cuenta que ha empezado a salir con alguien. La conozco poco, pero me encanta verla feliz.

Yo no tengo mucho que confesar y no me gusta nada el cariz que está tomando la noche. Demasiado sería para mi gusto, se ve que con el alcohol nos ha dado por ahí. Necesitamos un cambio de tercio o nos pondremos todas a llorar. Les cuento el día que lo hice con el camarero en el coche. Para qué más, llegó el momento de que todas relatemos batallitas. Esto significa que empezamos a estar bastante tocadas.

Entre risas y muestras de cariño, caminamos hasta el club. Ya cerca de él vemos gente disfrazada. Yo no sé mucho de superhéroes, a la vista está por mi disfraz, pero están todos espectaculares: Ironman o men, que hay unos cuantos; Viudas Negras; Visión; Spidermen; incluso un Thor que no está nada mal. Recoloco mi ropa, esta noche localizaré a algún candidato con el que entretenerme.

Capítulo 24

JOSÉ/NOA

Vaya días de mierda que llevo. Quedé con mi hermana al día siguiente de ver a Carmen y pasamos un día fantástico, creo que el mejor día desde hace mucho. Luego, se me ha complicado todo. He tenido que ir personalmente a la ciudad en la que residía, que está a quinientos kilómetros, para solucionar unos problemas con los avales y la fianza del piso que tenía alquilado allí. La señora es ya mayor y no se aclara con las transferencias. Total, nada, un paseo. Ya que iba, me he quedado unos días para ultimar otras cuestiones que necesitaba resolver y que estaba retrasando. Una faena porque no me apetecía. Para colmo, cuando vuelvo a mi casa, me encuentro una carta de la universidad para no sé qué historia de gestionar el título o yo qué sé. Entre unas cosas y otras, no he podido pasarme por la obra y he echado de menos el humor de Noa. Al menos esta noche podré verla, o eso creo, que con el carácter que tiene es capaz de convencer a las chicas para irse a otro sitio.

Le pedí el favor a Alicia de que me buscara un disfraz, ya que me era imposible hacerlo a mí. No se ha complicado mucho la vida. Ella va de Batwoman y a mí me buscó el de Batman. Eso de ir con la cara tapada no me motiva. Aunque quizá pueda aprovechar un poco la intimidad que me va a proporcionar. Lo malo es que voy con mallas. Menos mal que son negras, las de Carlos son peores, son rojas y sin discusión. Él quería ir con algo más discreto tipo Lobezero cuando va en vaqueros, pero Helena no lo ha dejado. Lo que me voy a meter con él esta noche.

Nos vamos a cenar, las chicas parece que aún no han salido. Les llevamos ventaja.

La comida está yendo como la seda entre risas y anécdotas varias. Hemos bebido un poco más de la cuenta, las jarras de cerveza van y vienen sin cesar y de achispados hemos pasado a graciosos en exceso. Tendría que cortarme un poco si quiero terminar llegando a casa de una manera digna.

Caminamos hacia el club entre risas y bromas. Los tres estamos estupendos mostrando pecho palomo. Andrés hace comentarios soeces a todas las chicas guapas con las que se cruza. Le he llamado un par de veces la atención. Alguna tendría que ponerlo en su sitio. Se está viniendo arriba, las

chicas le sonríen y él se crece aún más. Está disfrazado de Superman y hasta a mí me resulta atractivo, pero no debería abusar.

En la puerta del bar todas las personas de la cola están disfrazadas. La mayoría están geniales. Se lo trabajan un montón. Se me van los ojos detrás de algunas como la Mujer Maravilla, Gamora, la Viuda Negra. Inconscientemente, busco a Noa. ¿De qué se habrá disfrazado?

Entramos al garito sin esperar cola, es lo que tiene venir con el dueño. Nos sirven unas copas y Andrés nos guía hasta el reservado. Carlos escanea el espacio buscando a Helena. Se le pone delante la Capitana Marvel y se distrae conversando con ella. Andrés también parece entretenido con una Tormenta bastante entallada. El traje les sienta estupendamente a todas. Eso, o yo voy necesitando una alegría. Como veo a los chicos ocupados, me voy a dar un paseo por la pista.

La máscara me da una cierta intimidad que me está viniendo de maravilla, y eso que era reticente. Las chicas tontean conmigo y me preguntan que si lo que hay debajo del disfraz es relleno. Me hacen reír y les sigo el rollo. A pesar de todos los halagos, no me interesa ninguna. Estoy un poco ansioso por ver a Noa. Me parecen curiosas estas nuevas ganas de verla. Estar unos días sin tenerla chinchándome parece que me ha hecho verla con nuevos ojos, unos más... cariñosos.

Después de dar tres vueltas, beberme una copa y bailar con dos o tres mujeres invisibles —las puñeteras han llevado su disfraz al extremo, con eso de ser invisibles me han cogido el culo a base de bien—, vuelvo al reservado. Las chicas ya están allí. Bueno, todas no. ¿Dónde se habrá metido?

—Hola, Batman. Qué guapo te veo —me dice una guapísima Helena vestida de rojo. Debe ser Elektra, claro, a juego con Carlos.

—Hola, encanto. Estás espectacular. No como el tonto de tu novio, al que no le sienta muy bien el rojo. —Me acerco sonriendo y le doy dos besos.

—Eh, no te metas con él, está muy guapo. He tenido que plantarle cara a la Capitana Marvel.

Todos nos reímos. Andrés está sentado en la zona más oscura con Tormenta en su regazo. Superman ya tiene su conquista. Eva me da dos besos y me alaba por lo bien que me queda el traje y el halo de misterio que me da. Le replico que la que está impresionante es ella con esa faldita tan pequeña. Por último, me acerco a Alicia. Está un poco abatida y me sorprende no verla con Irene. Inevitablemente, hago conjeturas. Necesita un poquito de cariño,

así que me siento con ella y charlamos de cómo se siente, cómo lo lleva y qué proyectos tiene a corto y medio plazo.

Ha pasado un rato y ni rastro de Noa. No quiero preguntar para no crear suspicacias. Si ha venido, ya aparecerá y si no, pues ella se lo pierde.

Pregunto si alguien quiere otra ronda y voy a la barra a por ellas. Hay camarero en el reservado, pero necesito una excusa para darme otra vuelta, estoy inquieto. Una de las mujeres invisibles de antes —o creo que era una de las de antes, lo cierto es que no estoy seguro porque me parecen todas iguales— se coloca a mi lado y me da conversación. La charla no es para tirar cohetes, pero me entretiene. Está buena y está dispuesta. Subo a llevar las bebidas a los demás, me excuso y vuelvo a la pista con la chica invisible.

Nos ponemos a bailar. Ella se pega mucho a mí y eso me incomoda, miro hacia los lados y distingo a una mujer menuda vestida entera de negro. Está de espaldas, intuyo unas gafas de sol y, por el atuendo, parece ir de Trinity de Matrix. ¿Trinity? Bueno, pensándolo bien, no es una heroína de comic, pero podría valer. Me río por la ocurrencia. La chica se quita las gafas y la gabardina de cuero. Tiene un cuerpo espectacular. Lleva un pantalón muy entallado de cuero negro que marca un culo de infarto y el corsé le hace una minúscula cintura. Me aparto de la Mujer Invisible haciéndola eso... invisible. Refunfuña disgustada, pero me da igual. Camino hacia la menuda Trinity. Ella se mueve para dejar su abrigo en una silla y no puedo creerme lo que veo. ¡Será posible!

NOA

Las chicas son unas sosas, han llegado y, sin pasar por la casilla de salida, han ido a sentarse al reservado. Yo prefiero quemar algo de la cena bailando. Para una vez que salgo, necesito actividad. Además, hoy toca cazar.

Me tomo un par de copas porque este disfraz me está haciendo sudar de lo lindo. Las gafas de sol me dan un cierto misterio, aunque no veo nada de nada. En breve voy a tener que quitarme la mitad del atrezo. Llevo media hora bailando y han venido como cinco chicos preguntándome de qué voy disfrazada. ¡Joder! Creo que está bastante claro. Me han confundido con la Viuda Negra, Pícara, Catwoman, y con algunas que no sé ni quiénes son, y cuando les he dicho mi personaje, se han partido de risa. Todos coinciden en

que no es una heroína. ¡Las narices que no! No sé qué clase de heroínas tienen en la mente, pero para mí lo es y punto.

He estado cinco minutos explicándole a un tipo él porqué de mi elección y ha terminado dándome la razón, para mí que por pesada. Al final, se ha marchado diciendo que venía a pasar una noche divertida y que, gracias a mí, se va a casa con dolor de cabeza. Tengo que cambiar la actitud, así no me voy a comer un rosco.

Para colmo, he dado un par de vueltas buscando a José y no lo he visto. Tenía ganas de meterme con él y su disfraz. Miro por última vez al reservado, cada uno está a lo suyo: Helena, como no, con Carlos; Andrés con una muchacha en el regazo; y Eva y Alicia sentadas con sus copas, supongo que de confesiones. Qué aburridos. Ni rastro de José. Yo a lo mío.

Sigo bailando dándolo todo porque la canción que suena es bastante movidita. Me quito las gafas de sol y las meto en la gabardina. Ya me he cansado del disfraz y de pasar calor. Total, nadie se entera de lo que voy. Lo dejo todo en una silla cercana. Creo que he captado la atención de algunos héroes más. El pantalón de cuero se entalla totalmente a mis curvas y el corpiño me hace unos pechos grandes y rebosantes. Mi personaje no usaba este corpiño en concreto, era más bien discreta, pero es lo que había en mi armario. Los elementos diferenciadores de mi personaje siempre han sido la gabardina y las gafas.

Liberada de todo lo que me incomoda y un poco achispada por la cantidad de alcohol que llevo en sangre, me contoneo al ritmo de la música y me dejo llevar.

Siento unas manos grandes y fuertes sobre mis caderas. Las miro, van enguantadas. Incentivada por la atención, me pego al cuerpo de mi compañero de baile y me rozo contra él. Siento un torso fuerte y duro, espero que todo sea suyo y no disfraz. Una cabeza enmascarada se coloca a la altura de mi oreja.

—Siempre me ha parecido que Trinity merecía un lugar entre las heroínas —me dice con un susurro ronco. Sonrío porque es lo mismo que pienso yo.

—Me alegra encontrar a alguien que comparte mi punto de vista.

Continúo mi baile sensual ahora mucho más entregada. He encontrado a una persona que piensa como yo. Me puede la curiosidad y me giro, encontrándome con un enorme y ancho pecho. Subo mi mirada y me frustró un poco al ver que mi pareja de baile lleva una máscara. Él sonrío pícaro.

—Me gusta cómo te mueves —me susurra de nuevo.

—Gracias, tú no te quedas atrás.

Su manera de tocarme y de seguir mis movimientos me está poniendo a cien. Me parece que he encontrado a alguien con quien pasar un rato. Sopeso mis opciones. Hoy no tengo cerca el coche, descarto esa alternativa. Me vuelvo un poco más agresiva en mis movimientos a ver si el chico lo pilla y tiene algún recurso. Liarme en una discoteca como una adolescente no entra entre mis fantasías sexuales, y menos darnos besitos sin llegar a culminar. Eso se lo dejo a los más jóvenes. Pero tampoco creo que deba ir a casa con un tipo encapuchado.

Agarro su culo de manera posesiva y lo pego contra mí. Noto su erección, me gusta cómo se siente. Una noche sosa se acaba de convertir en una noche prometedora.

—¿Has venido en coche? —El chico niega con la cabeza y yo pongo cara de fastidio.

Una sonrisa asoma de nuevo a sus apetecibles labios. Me da la vuelta y se coloca a mi espalda empujándome ligeramente para que camine. Como no sé bien lo que pretende, me dejo llevar. Pero que no se pase, conmigo no funciona lo de ir de macho alfa.

Pasamos a través de grupos de personas sudorosas que agitan sus cuerpos y se retuercen en diferentes rituales de apareamiento. El recorrido se me está haciendo de lo más estimulante. Mis sentidos se están sobreexcitando por sentirlo tan pegado y deseoso. El alcohol, la música y el ambiente también suman. Pasamos los aseos y seguimos por un pasillo menos iluminado. ¿Dónde me está llevando?

La música se escucha amortiguada, pero su contacto no ha menguado. Lo siento bien apretado a mi culo.

—¿Dónde vamos?

—Confía en mí —me susurra y me derrito con esa voz fuerte y sensual.

Presiona un panel lateral que ni siquiera había visto y la puerta se desplaza dando acceso a una habitación. Le da al interruptor de la luz. Es una estancia grande, parece un despacho. Mis ojos divisan una magnífica mesa de caoba de estilo clásico: grande y sólida. Imagino una ingente cantidad de posturas que se pueden hacer sobre ella. Por suerte, está despejada. Él piensa lo mismo que yo porque sigue empujándome y no tiene visos de parar. Presiona mi cuerpo contra la madera y siento su duro miembro contra mi

trasero.

No quiero romper el momento, pero me parece raro que conozca tan bien el sitio.

—¿Trabajas aquí? —consigo preguntar.

—¿Crees que es el momento de hacer esa pregunta? —dice entrecortadamente moviendo sus caderas en círculos contra mi trasero.

No va a lograr distraerme por muy bien que se mueva, que lo hace francamente bien. Empujo mi cuerpo hacia atrás y logro poner un poco de distancia entre nosotros. Me giro y observo, por fin con luz, a mi compañero de esta noche. Tiene una mandíbula cuadrada y bien dibujada, unos labios anchos y apetecibles y distingo unos ojos claros. Con tanto antifaz no logro ver nada más, aunque es suficiente. Sonríó hacia mis adentros. Ahora me da mucho más morbo.

Abro mis piernas y él se acomoda entre ellas. Se inclina hacia mí e instintivamente subo mis manos para quitarle la máscara, él sisea. Está bien, por ahora no se la quitaré. Acerca su boca a la mía y me da un beso intenso, mordiendo mis labios y succionándolos. Abro mi boca sacando mi lengua e invitándolo a que la invada. Él sigue todos los avances incrementando un poco más mi pasión.

Agarra mis caderas y me presiona contra la mesa buscando mayor fricción. Yo replico sus movimientos. Tiene un culo duro y apetecible. Busco la cinturilla del pantalón para bajárselo. Noto como el chico titubea, de eso nada. A mí no me deja ahora con las ganas.

Me subo a horcajadas sobre su cintura y asalto con nuevas fuerzas su boca. Reacciona y sigue besándome con intensidad. Parece que he despertado algo en él porque con cierta brusquedad me deja sobre la mesa y se baja los pantalones dejando a la vista una erección más que lista para lo que pueda necesitar.

—No tengo bolsillos —le digo. El inclina la cabeza preguntándome qué quiero decir—. No tengo condones.

Se separa de mi cuerpo y emito una protesta. Gira el escritorio y, de un cajón, saca una caja de preservativos. Abre uno, duda y me mira. Se lo quito de las manos y, sin apartar mi mirada de sus ojos, se lo coloco. Se siente muy duro y suave. Su rostro refleja la tensión que le produce mi tacto y su polla late por el contacto.

Se coloca de nuevo entre mis piernas dándome ligeros besos en la boca,

despacio, saboreándome. Baja mi corpiño liberando uno de mis pechos, que masajea con pericia. Como no estoy para muchos preliminares alzo mis pechos y bajo su cabeza hasta meter uno de mis pezones en su boca. Sé lo que quiero y necesito, y ahora mismo es su boca en mi pecho. Se lo mete en la boca sin rechistar y me lo lame, succiona y muerde con interés y entrega. Me gusta cómo lo hace. Que un tío tan grande se deje hacer me vuelve loca.

Bajo mis manos y acaricio su erección animándolo a que succione con más ganas. Gruñe sobre mi piel y toda yo reverbero de placer.

Guío su miembro hacia mi lubricada entrada y abrazo sus caderas con mis piernas haciendo que vaya entrando en mí. Esto es maravilloso. Nos permitimos unos segundos para acostumbrarnos y sentirnos. Empieza a moverse acompasadamente. Mi compañero vuelve a titubear. Estoy convencida de que si no lo tuviera asido con mis piernas, dejaría de moverse y se escaparía.

Ceso mi movimiento evaluando su reacción, pero está ido, en otra parte. Este chico está muy jodido.

Me impulso con la mesa subiéndome a horcajadas sobre su cintura. Nuestros cuerpos quedan en línea y la penetración es mucho más profunda. Él reacciona para no dejarme caer y me agarra por el culo ayudándome con el movimiento de vaivén.

—Siéntate en la mesa —le ordeno.

Se mueve sin rechistar. Hago que extienda su maravilloso cuerpo sobre el escritorio y lo cabalgo haciéndonos jactar. Mi pareja se ha quedado con las manos extendidas por encima de la cabeza dejándome hacer, siendo solo receptor. Miro su cara y sus ojos no me miran, están enfocados en el techo. Definitivamente, algo lo ha hecho salir de la situación, pero no lo voy a dejar así.

Sigo moviéndome sobre él y su total sumisión me produce sentimientos enfrentados. Por una parte, me desconcierta porque sé que no es por elección y por otro, me anima, me gusta el control. Sigo con mi asalto sintiéndolo muy profundo. Desplazo mis manos por su estómago subiendo la parte superior de su disfraz y arañando. Recorro y estimulo con mis uñas su duro y perfecto torso hasta centrarme en sus pezones. Está empapado en sudor, intuyo que por el disfraz y por la batalla que está librando en su cabeza.

Como último recurso —si no reacciona, me iré—, capturo su pezón con mis dedos haciendo una pinza y apretándolo fuerte. Parece reaccionar.

Rechina los dientes y exhala bruscamente. Le susurro palabras de aliento, animándolo. Me mira desconcertado y esperanzado a partes iguales. Eleva sus caderas llevándolas a mi encuentro y estimula mi clítoris, haciéndome vibrar por la sorpresa.

Ahora sí tengo un compañero de juegos. Nuestros jadeos son cada vez más fuertes y entrecortados. Él se sigue dejando hacer, pero noto que es por elección. Perfecto. Posa sus manos en mi espalda atrayéndome hacia su torso. Busca mi boca con desesperación y noto cómo va tensándose su cuerpo. Su erección se ensancha aún más, volviéndome loca.

—Déjate ir —susurro sobre sus labios.

Me mira con ternura y exhala su placer sobre mi boca. Lo devoro con ansia. Sentir cómo palpita su pene dentro de mí hace que cada partícula de mi satisfacción se agrupe para estallar finalmente en un orgasmo impresionante.

Me acuesto plácidamente sobre su pecho escuchando cómo retumban nuestros corazones.

Me regala un entrecortado y tímido «gracias» que atesoro. Le doy un beso en la barbilla. Con cuidado, lo saco de mi interior y me bajo de su cuerpo.

Él me observa con los codos apoyados en la mesa. Vaya visión. Un Batman medio desnudo con su flácida erección sobre sus potentes piernas. Me gusta la imagen decadente que me ofrece. Sonrío. Mientras recompongo mi ropa, mi compañero se ha puesto de pie y se arregla también.

—¿Prefieres seguir con el misterio? —Le doy una oportunidad.

—Es mejor así —contesta en voz baja y sensual.

Asiento con la cabeza y le doy un beso en los labios, apenas un roce. Me giro para marcharme y él agarra mi muñeca tirando levemente de mí. Me da un beso de los que dejan huella. Acaba de volver a despertar todo mi deseo, pero por ahora es suficiente. Con cierta reticencia, me despego de él y me marcho. ¡Guau!

Capítulo 25

JOSÉ

Sabía yo que hoy iba a ser un mal día. ¡Me cago en todo!

Cuando la he visto tan tentadora moviendo su menudo cuerpo al son de la música, he tenido la necesidad de acercarme a ella. Mi intención al principio era identificarme, pero sabía que si lo hacía rompería la magia y volveríamos a ser solo amigos.

Mi pene ha reaccionado al instante cuando ha comenzado a rozar su trasero contra mí. No podía creer mi suerte cuando ha buscado intimidad. Sé que me la he jugado al llevarla a la oficina, ella atará cabos y terminará por descubrirme. Espero que no. Tendría que darle demasiadas explicaciones.

Aquí sigo en el despacho apoyado en la mesa, oliendo a sexo y deseando haber hecho mucho más con ella. Mi pene sigue latiendo por lo que ha sentido. Al fin logro superar mi frustración y dejarme llevar y tiene que ser con la pelirroja. Cómo puedo tener tan mala suerte.

No quiero darle muchas vueltas, ya no tiene remedio. Mi mente traicionera sigue rememorando lo ocurrido. ¡Joder, quiero más!

Salgo del despacho revisando que no haya moros en la costa. No puedo volver con los demás porque descubrirían que soy yo. Atravieso con cierta dificultad la pista quitándome a un par de chicas de encima. Miro hacia el reservado y veo a Noa hablando con los demás. Está preciosa ruborizada y altiva. Le mando un mensaje a Andrés informándole de que he tenido un imprevisto y debo marcharme. Salgo del club hacia casa. Sonrío porque a pesar del lío mi noche ha terminado con fuegos artificiales.

Paso la noche intranquilo sopesando mis opciones y sin quitarme a Noa de la cabeza.

A la mañana siguiente, tengo una cara que tira de espaldas. No he pegado ojo. Esto es una tortura. En cierta manera tengo remordimientos por no haberle confesado quién era. Cuando se entere se liará más la cosa, y quizá no le guste.

Salgo de casa al gimnasio para desfogarme, el ejercicio siempre me ayuda a centrarme. En ese sentido soy como Carlos, siempre nos ha funcionado.

Recuerdo aquellas tardes, al principio de mudarme, en las que tenía muchas cosas que quitarme de la cabeza y él me ayudó a canalizarlo todo a través del deporte. Yo soy más de ir al gimnasio. Él siempre ha preferido hacerlo al aire libre, playa y mar. A mí me gusta más centrarme en un punto, hacer pesas y, cuando no es posible o lo necesito urgentemente, salgo a nadar a la playa o a correr por el paseo marítimo.

El gimnasio parece que me ha ayudado un poco. Al menos, no tengo la escenita de ayer en mi cabeza dando vueltas.

Aparco y voy a casa, con tan mala suerte que me llaman desde el chiringuito.

—¡José! —me da una voz Carlos. Vaya, está con Helena y con Noa.

Me acerco resignado. Están con unas cervezas y picando algo. La fiesta no debió terminar demasiado tarde porque los veo a todos muy lozanos.

—Hola, ¿cómo terminó la noche? —les pregunto evitando mirar a Noa.

—Nosotros un poco achispados, pero terminamos la noche cumpliendo como es debido —dice Helena mirando con intensidad a Carlos. Noa sonrío al verlos tan acaramelados.

—¿Dónde te metiste tú? No te vimos el pelo —pregunta Carlos echándome una miradita cómplice.

—Eh... bueno... Yo... —intento pensar algo rápido para salir de esta. ¡Joder, tenía que haberlo pensado antes!

—No agobies al chico, Carlos. Seguro que ligó y se perdió. No ves la cara que tiene... —Sale Noa a mi rescate.

—Venga ya, él siempre liga y luego no es verdad. José es más de fotos que de consumaciones. Y hablando de desapariciones misteriosas, ¿dónde estuviste tú? También te perdiste. Venga, lista, cuéntanos.

Miro a Helena y casi le doy las gracias por cambiar la atención de mí a Noa.

—Pues yo estuve con un enmascarado pasando un rato agradable — responde con total naturalidad mirándome directamente a los ojos.

Aparto la mirada. No puede saber que fui yo. ¿O sí?

Todos estallan en carcajadas y yo analizo el comportamiento de Noa intentando averiguar si sospecha algo. Ella también se ríe despreocupada. Me estoy comiendo la cabeza sin razón, no tiene ni idea.

Me pido una cerveza y me preparo mentalmente para soportar el rato que me espera con estos locos.

Como siempre, Helena y Carlos se van a dormir la siesta. Ya sabemos cómo son esas siestas. Me iría a dormir una de esas con Noa. Nos quedamos solos en el bar tomándonos un café y un té. No me siento muy cómodo, pero queda aparentar o confesárselo. Decido indagar un poco.

—¿Te lo pasaste bien?

—¿Dónde? ¿En la fiesta? Claro, estuvo bien —contesta risueña guiñándome un ojo.

—¿Solo bien? —Iba a beber de su café y la dejo paralizado en el trayecto. Creo que mi ego masculino me ha delatado.

—Si te soy sincera, solo fue algo medianito, nada memorable. He tenido mejores amantes. —Acerca el vaso a su boca y bebe tranquila.

Conque normalito. No sabe con quién está hablando. ¿Cómo puede ser que para mí fuera tan intenso y para ella solo bueno? Alejo estos pensamientos de mi cabeza porque al final me pondré en evidencia.

—¿Y qué pasa con el tipo del otro día? Pensaba que era tu novio. ¿Tenéis una relación abierta?

Estalla en carcajadas, posa una mano sobre mi hombro y eso me hace recordar toda la escena de ayer. Madre mía, ¿cómo voy a aguantar esta tortura?

—El hombre del otro día era mi hermano. Mira que es fácil tomarte el pelo. —Mi cara debe ser un poema porque ella vuelve a reírse—. ¿Estás celoso?

—¿Celoso de qué?

—Te veo últimamente con mucha curiosidad. Si quieres un polvo conmigo, solo tienes que pedírmelo. Nos podríamos hacer un favor mutuo.

¡Joder! Mi mandíbula se desencaja. Noa se pone de pie, paga las bebidas y se va.

Estoy por pasarme por su casa y decirle que estoy dispuesto a que me haga el favor. A esta chica no la para nadie.

Me acerco a la playa y me siento en la arena un rato. Necesito reorganizar mi vida. Atuso mi pelo y me quedo mirando al infinito, espero que este paisaje me inspire una salida.

Capítulo 26

NOA

Vuelvo a casa con una sonrisa enorme en los labios. ¡Será cretino!

Se ha pensado que me chupo el dedo. No se va a librar tan fácilmente de este juegucito, él lo ha provocado y él lo va a sufrir hasta que a mí me dé la gana.

Reconocería el pecho de José en cualquier sitio, su olor, la estructura de su cara y esos ojos con ese verde imposible. Es más iluso de lo que pensaba si cree que me ha engañado. Al chico se le ve afectado y preocupado por no decírmelo, pero no se atreve a sincerarse.

Me voy a privar de disfrutar de muchos más polvos como el que echamos, pero una venganza y unas risas siempre merecen la pena.

Decido salir a pasear con la bicicleta por el paseo marítimo, mientras voy pensando en posibles torturas para José y preparándome para unos días muy intensos de trabajo.

Como vaticiné, todo va de culo. Luis sigue arreglando sus asuntos y no puede venir a trabajar, así que yo sigo con mi cargo y el suyo. Aunque esté cansada no me importa, voy a cubrirlo el tiempo que necesite. Él ha hecho mucho por mí, se lo debo.

Ha pasado ya demasiado tiempo desde la fiesta de despedida y no avanzo con José. Me estoy planteando que la venganza no es algo tan bueno, ¿estará el destino pagándome lo mala que estoy siendo con él? Hace unos días que no coincidimos, creo que me esquivo. La otra noche en el chiringuito Carlos también se mostró extrañado de que esté tan ausente.

Al final me va a obligar a ir a su casa a pedirle un poquito de sal, quizá esta tarde lo haga. Veo a lo lejos un pelo rubio acercándose a la obra. Me parece que es Alicia. La saludo con la mano para que me vea y se acerca esquivando todo el material de obra que hay por el pavimento. Cómo se le ocurre venir con esos tacones.

—Hola, Noa —me saluda efusiva dándome dos besos.

—¿Cómo estás? Me alegro de verte, aunque no vienes equipada para hacerme una visita.

Ella sonríe, se quita las gafas de sol para mirarme a los ojos y se cubre con el brazo para poder verme a contraluz.

—Vente a la oficina, recojo y nos vamos a casa —le digo.

La ayudo a caminar por el campo de minas y terminamos las dos riéndonos a carcajadas.

—Dime, anda, que s e que no has venido a dar un pase ito.

—No, me apetecía charlar un rato. Necesito hablar, desahogarme. Había pensado en ti si no est as ocupada. El otro día, aunque estaba achispada, me diste buenos consejos y no quiero molestar a Helena y a Jos e con mis paranoias, deben estar cansados de ellas. —Sonríe nerviosa.

Me halaga que confíe en mí, aunque dudo que los chicos le volvieran la espalda a Alicia.

Recojo mis cosas de la caseta y con pasitos lentos y seguros seguimos hasta la acera para ir al apartamento.

Saco una cerveza para ella y voy a darme una ducha. Vuelvo siendo más persona y cargada con dos cervezas más y unas patatas para picar. Alicia es modelo y tiene cuerpo de modelo, pero come como si no lo fuera. Tiene una genética como la mía. Nos sentamos en la terraza y comenzamos hablando de temas banales sobre cómo est an las cosas en la obra o qué tal me llevo con los demás inquilinos, rompiendo el hielo. Hacemos el rodaje para ir entrando en el tema que la tiene preocupada. Cuando la veo más relajada, le hago la pregunta.

— Irene te est  presionando para que volv is?

— C mo lo sabes?

—Si fuera ella y me importaras, al menos lo intentaría.

Me mira tímida, da un trago a su bebida y asiente.

—No s e qué hacer. Estoy totalmente perdida.  La quiero tanto! —Aparta el pelo de su cara y deja su mano posada sobre su cabeza mientras se muerde el labio inferior. Sus ojos est n brillantes y s e que est  sufriendo.

—Anda, ven aquí. —Le abro los brazos y se acurruca contra mí sollozando—. Venga, no llores. Todo pasar  y luego te alegrarás de ello.

Paso un rato consol ndola y escuchando sus inquietudes. Puedo comprenderla, ella pensaba que había encontrado a su media naranja, y quizá lo sea, pero est n en momentos vitales diferentes y cuando las personas no est n en sintonía, da igual el amor que exista entre ellos: nunca llegarán a entenderse.

Quiero animarla porque es una persona muy dulce y no me gusta verla triste. No merece este sofocón. Helena me ha contado todo lo que hizo por Carlos cuando eran pequeños, cómo lo defendía en la guardería y en el colegio y cómo se han acompañado desde entonces. Me dijo que cuando encuentra una causa que la motiva, se entrega en cuerpo y alma. Esta chica necesita ser feliz. Noto una brisa con olor a mar que me anima a contarle mi lío con José.

Se lo cuento todo. Bueno, todo no, algunas cosas son íntimas y no necesita saberlas. Al fin he conseguido que sonría y parece que se le ha pasado un poco la llorera. Le ha sentado bien desahogarse y salir del círculo de pensamientos en el que se encontraba. Pasamos el resto de la tarde entre risas. Me ha dicho que estoy loca y que no debería torturar al pobre José, que es un cachito de pan. Sé que no debería, pero es tan mono y achuchable que me es imposible resistirme.

Al menos he animado a Alicia y se ha ido de casa contenta y con la determinación que necesitaba para no sucumbir a Irene. Pienso que la decisión final es suya y así se lo he hecho saber, pero considero que no es el momento de que estén juntas. Cuando Irene se dé cuenta de que vale más el amor que las apariencias, será tarde para recuperar a Alicia.

Después de esta tarde tan intensa y de tanto hablar de José, necesito una alegría para el cuerpo. Me decido a ir a hacerle una visita, pero no está. Nada, otro día leyendo o viendo series. No pasa nada. Mañana insistiré, no se libra. Como no tome yo la iniciativa me quedo compuesta y sin novio, así que valor y a ver qué pasa.

Tras una mañana de lo más sosa y una tarde más sosa aún, me decido a ir a verlo. Llamo a su puerta y me abre poniendo cara de sorpresa. Está hablando por teléfono. Con gestos me dice que pase. Me está poniendo las cosas difíciles, el chico va sin camiseta y con unos pantalones de pijama de talle bajo encajados en sus caderas. Me gusta lo que veo, y mucho. Casi me entran ganas de sacar mis uñas y hacerle un pequeño arañoncito. Noa, contente.

Él sigue hablando por teléfono. Me quedo en el salón y, aunque me ha indicado con gestos que me siente, he preferido deambular por la estancia y cotillear un poco. Inevitablemente, escucho la conversación.

Capítulo 27

JOSÉ

Llevo literalmente una hora al teléfono, estoy cansado de tanta tontería. Primero he estado hablando con Jana, le he propuesto que vayamos a comer el viernes porque necesito contarle una cosa. Se ha puesto a hacer conjeturas sobre el motivo: que si tengo novia, que si me mudo de ciudad, que si estoy raro últimamente. Esta niña es demasiado lista incluso para mí. Estoy evitando darle respuestas por este medio. Necesito contarle la verdad, al menos parte, en persona, observar su reacción y apoyarla si fuera necesario. Ahora caigo en que eso es otra, tengo que determinar hasta dónde voy a contarle. Menudo papelón. Jana me pregunta sobre la fiesta de disfraces y eso me saca de la espiral mental en la que me había sumido.

Me ha hecho describir pormenorizadamente todos los disfraces que llevábamos, los nuestros y los de las chicas. Me he tenido que reír cuando ha confesado que a ella le hubiera gustado ir vestida de Ladybug. ¿Esa quién es? Nota mental: buscarlo en internet.

La conversación ha decaído un poco y la muy ladina ha aprovechado para largarse a hacer galletas con la tata. ¿Galletas? ¿Desde cuándo mi hermana hace galletas? No para de sorprenderme. He escuchado un golpe seco y nada más. Espero paciente a que alguien conteste. No quiero que me pase lo mismo de la otra vez, sería mucha casualidad que mi madrastra estuviera siempre en casa. Escucho movimientos al otro lado y pienso que Harry ha debido ver el teléfono. Para mi sorpresa, la que se pone al teléfono es Carmen. ¡Qué suerte, otra vez!

Le he explicado por activa y por pasiva que no quiero hablar con ella, que estaba hablando con Jana y me ha dejado tirado. Ella se ha puesto a contarme sus penas. Que si mi padre no la quiere, que si se siente muy sola, que quiere verme, que necesita un amigo... Estoy cansado de que use esa baza para manipularme. Justo cuando voy a contraatacar porque me está sacando de mis casillas llaman a la puerta. Abro y me encuentro con la cara sonriente de Noa. ¡Vaya, sí que mejora todo!

La hago pasar y reparo en que no para de mirar mi pecho. Bajo la mirada y me doy cuenta de que voy sin camiseta, solo tengo puesto el pantalón del

pijama. Le hago gestos para que se siente en el sofá y voy al cuarto a ponerme algo y a intentar despachar pronto a mi madrastra. Antes de salir del salón hago un repaso de la menuda Noa, que deambula por la sala observándolo todo. Desde que nos acostamos me parece muy apetecible.

Mi madrastra vuelve con la cantinela. Exasperado, elevo un poco más el tono y le pido por favor que me deje en paz, que conmigo no tiene nada que hacer. Escucho cómo solloza al otro lado. No puedo dejarla así, lo de que una mujer se ponga a llorar es superior a mis fuerzas. La consuelo pidiéndole que me comprenda, que no puedo darle lo que me pide. Mis palabras son melosas y calmas y parece que surten efecto porque Carmen se tranquiliza levemente. Me paso la mano por el pelo despeinando mi flequillo, me siento en la cama relajando un poco mi propia tensión y suspiro aliviado. Elevo la mirada y veo a una concentrada Noa apoyada en el quicio de la puerta. ¡Fantástico!

Sin apartar la mirada de Noa, me despido de Carmen un poco más brusco de la cuenta, concediéndole que tendremos una conversación cuando vaya a ver a Jana. Se muestra conforme con mi arreglo y colgamos.

—Si molesto, me voy —dice Noa con cara de niña buena.

—No te preocupes. Hacía rato que quería colgar, me has ayudado a poder hacerlo antes.

—Y si querías colgar, ¿por qué no se lo has dicho?

—Las cosas no son tan simples.

—Son simples. Las complicamos. ¿Está bien tu familia? —Noa no va a dejarlo estar.

—Sí, todo bien. Estaba concretando ir a ver a Jana en esta semana.

—¿Le tienes que pedir permiso a tu madre para ver a tu hermana?

—No es mi madre y le he preguntado a Jana qué día le viene bien que vaya a por ella.

—Me estás liando... Ahora no hablabas con Jana, ¿verdad?

Noa es como una leona acorralando a la indefensa gacela. Se ha acercado silenciosamente a su víctima y está esperando el momento idóneo para atacarla. Me ha distraído con su charla hasta tenerme acorralado. Está a escasos centímetros de mí, que permanezco sentado en la cama perdido en mis pensamientos.

Tengo tantas ganas de poder apoyarme en alguien, de sentir amor verdadero y no esta mierda que me han dado toda la vida. Al menos me queda el consuelo de que Fifi y Carlos casi me adoptaron como uno más de la

familia y, por extensión, Alicia primero y ahora Helena me consideran un hermano. Ellos, los habitantes de los apartamentos, pasados y presentes, son los únicos que me han aportado estabilidad y un cariño verdadero. Cómo echo de menos a Fifi... Me consuela saber que en sus últimos días la disfruté mucho y le mostré algunas de mis partes oscuras. No me odió ni me hizo de menos, al contrario, creo que me quiso más. ¡Cuánto la echo de menos!

Quizá haya algo de esperanza para mí. Esta reflexión me hace plantearme que no he sentido el amor de una mujer más allá de un intercambio de favores, intereses o placeres. ¿No puede ser que me esté planteando tener algo serio con Noa? Pues lo tengo claro, he empezado por mentirle. Si lo arreglara, al menos tendría alguna opción. Diversos pensamientos se introducen en mi cabeza casi sin desearlos. Me pongo de pie como si tuviera un resorte en el culo y vuelvo a ser consciente de la presencia de Noa. Estar con ella en el dormitorio me intimida bastante.

—Estabas mejor sin camiseta —me dice la descarada. Le regalo una sonrisa de medio lado, agarro su mano y la arrastro, porque la estoy arrastrando, hasta la sala.

—¿Quieres beber algo?

—Un vaso de agua.

—¿En serio?

—Sí. Verte sin camiseta ha elevado mi temperatura. —Se abanica con la mano y mira al infinito rematando la parodia.

Como siga así ocurrirá una desgracia. Voy a la cocina, le llevo el vaso de agua y un refresco de cola para mí. Dudo dónde sentarme, al final me decanto por hacerlo en el sillón que está más pegado a ella.

—¿Qué necesitas? —le pregunto. Ella se queda mirándome fija, con esa mirada tan suya que parece atravesarme hasta desnudar mi alma.

—Verte. Vine ayer, pero no estabas. —Me sorprende su respuesta y la contundencia en su voz—. ¿Con quién hablabas? —me pregunta casi sin dejarme asimilar sus palabras.

Le doy un trago al refresco intentando ganar tiempo. Me pongo de pie y voy a la cocina con la excusa de servir algo para picar. Me apoyo en la encimera con los dos brazos extendidos y en tensión, y dejo caer la cabeza entre ellos. ¿Cómo es posible que se esté liando tanto la cosa? Consigo acostarme al fin con alguien, incluso culminar, y tiene que ser con Noa. Para colmo, oculto tras una máscara y ella es ajena a mi identidad. Tenerla aquí

preguntándome sin atreverme a contárselo me está matando y su actitud detectivesca tampoco ayuda en nada. ¿Cómo le explico la relación tan tóxica que tengo con mi madrastra? Podría hablar con ella como si fuera una amiga más y contarle por encima algo de mi vida, mal no hará. Termino de colocar los frutos secos en el platillo y vuelvo a la sala para enfrentarme a Noa ahora con las ideas un poco más claras y con un cierto aplomo.

Me siento de nuevo donde estaba y ella me mira interrogativa.

—Vale, vale, no me mires así.

—Es que estás muy raro. ¿Te has quedado sin recursos para replicarme?

—Puede ser —admito resignado.

—No te hagas de rogar, que sé que estás ganando tiempo. Dime con quién hablabas.

—Hablabas con Carmen. Mi madrastra.

—¿La señora esa de la piscina? —Asiento ante su pregunta—. No me cae muy bien.

—Creo que no se cae bien ni ella —le digo sin pensar.

—¿Qué relación os traéis? Oye, ¿no es muy joven para estar casada con tu padre?

—Todo es muy complicado.

—Todo os parece complicado. Las cosas no son complicadas, o no todas, las complicamos nosotros. ¿Estás ocupado? ¿Vas a hacer algo ahora? —pregunta risueña.

—Iba a preparar algo de cena y ver la tele.

—Pues haz para dos y me vas contando ese tema tan complicado mientras cenamos.

Sonríó impotente ante el despliegue de Noa. Decidimos hacernos una pizza, un par de cervezas y unas patatas como aperitivo. Lo devoramos todo entre risas y juegos. Me siento a gusto con ella. Empiezo a comprender que lo que pensaba que era hostilidad no es tal cosa. Es brutalmente clara y cuando te das cuenta, la adoras porque sabes que no tiene dobleces en ningún aspecto. Por supuesto, estar durante toda la cena observando cómo se mueve esa maldita peca del borde de su boca no ayuda nada a mi tranquilidad y paz interior. Pero oye, encantado de sufrirla, eso y lo que haga falta.

Me ha preguntado si tengo helado. No suelo consumir dulces, así que se acerca a su casa a por una tarrina y mientras voy recogiendo todo.

Le gusta el helado de vainilla con nueces de macadamia. Está claro que la

vainilla no es nada sosa, y menos en la boca de Noa. A partir de ahora, tendré siempre helado en la nevera.

Capítulo 28

NOA

Me encanta ponerlo en apuros. ¡Está tan mono con esa carita tan sexy haciendo gestos de desconcierto! Me tiene un poquitín preocupada, no sé qué relación mantiene realmente con su madrastra y encima yo le echo leña al fuego con el polvo del otro día. Está todo el rato debatiéndose entre contármelo o no hacerlo, se le nota muchísimo. Y pensar que me caía mal por estirado. ¡Qué ojo tuve!

Espero que confiese de una vez que es el enmascarado, me estoy muriendo por volver a acostarme con él. Me consuela pensar que me divertiré durante todo el tiempo que tarde en contármelo.

Quiero conseguir que me hable de lo que le pasa con la tal Carmen, alias la Arpía. Recuerdo cómo reaccionó en la piscina cuando apareció esa mujer, se tensó completamente e incluso se le erizó la piel. Debe ser una mujer, cuanto menos, complicada en el trato. No puedo imaginarme qué los ha llevado al punto en el que se encuentran. Siento la necesidad de ayudarlo.

El tiempo que he estado comiéndome el helado, José solo me ha observado. No me molesta porque disfrutar plenamente de un buen helado requiere de concentración y una cierta quietud. Además, me gusta cómo me mira. Siempre que tomo algo dulce me apetece después algo salado. José me propone tomarnos una copa en algún bar de la playa. Como estamos los dos en pijama, quedamos en un rato en la puerta.

Me marcho a mi apartamento a arreglarme. Intuyo que esta noche voy a triunfar así que, ni corta ni perezosa, me doy una ducha con todos sus añadidos: depilación, dientes, cremitas, un leve maquillaje... Suena la puerta. ¡Mierda! No me ha dado tiempo a vestirme y me coloco un pijama a toda pastilla.

José está en la puerta sonriéndome y, para mi sorpresa, sigue en pijama.

—¿No íbamos a salir?

—Sí, pero me ha dado pereza. Te escribí al móvil. ¿No lo has visto?

—Vale, pues entonces nos vemos mañana. —Pienso que no quiere que continúe con mi interrogatorio y se lo concedo, tampoco quiero romperlo.

—Me gustaría que me invitaras a una copa. —Me sorprende con esa

petición.

—Pasa, estás en tu casa. —Entra en mi apartamento mirándome de manera retadora.

Preparo un par de copas y nos sentamos en el balcón. Disfrutamos de nuestras bebidas sintiendo la brisa del mar. Llevamos un rato callados, pero no nos sentimos incómodos. Por mi parte, estoy en calma. La voz de José capta mi atención.

—Mi verdadera madre murió cuando yo era un crío —comienza a contar.

Me coloco de lado para observarlo mejor. Por su expresión y su mirada perdida, sé que está recordando y que la quería mucho.

—Ella era un amor. Una persona cariñosa y amable, siempre con una sonrisa. Todo el tiempo que tenía lo dedicaba a jugar conmigo y a educarme; a su manera, pero a educarme. Me contaba que mi padre era un hombre maravilloso que la quería mucho. Yo tenía mis dudas porque no recuerdo haber disfrutado de mi padre nunca, siempre estaba ocupado. Nunca me regaló muestras de cariño, al menos, que sea capaz de recordar. Y a mi madre menos, la trataba fatal.

—Tu padre estaba celoso del vínculo entre tu madre y tú —lo interrumpo.

—Sí —replica resignado—, eso es lo que creo ahora. En aquel momento era un padre ausente y yo, un niño asustado.

—¿Qué pasó?

—Mi madre murió cuando tenía diez años, me dejó solo. —Agarro una de sus manos para infundirle ánimos y darle mi apoyo—. No te preocupes, esa parte está más que superada.

Aprovecho la cercanía para regalarle una sonrisa, arrimo más mi silla y dibujo figuras sobre su caliente piel.

—Me quedé solo. Un crío con dinero, con guardaespaldas y con problemas para relacionarse. Todo un regalo. Pero mira, no he salido tan mal —bromea elevando su camiseta y mostrándome los músculos de su torso.

—Para nada, tu físico es tremendo —replico mordiéndome el labio.

Suelta una carcajada por mi atrevimiento. Al menos, hemos rebajado la tensión.

—Gracias. Aquí está por si quieres usarlo —responde con desparpajo. Este chico sí se parece más al José que Helena se empeña en mostrarme.

—Parece mentira que no me conozcas, no necesito tu consentimiento para usarlo, pero eso será luego. Sigue contándome.

Me mira durante un rato y traga saliva. Le ha gustado lo que he dicho, me encanta afectarle. Finalmente, desvía la mirada y continúa.

—Cuando tenía dieciséis, mi padre me impuso su matrimonio con Carmen. Ella era muy, muy bonita. Imagina la escena. Un adolescente con una mujer guapa, sofisticada y con más curvas que una chica de mi edad. —
Sonríe.

—Te enamoraste de ella.

Asiente con la cabeza. Le cuesta admitirlo y no está nada cómodo con el tema.

—¿Pasó algo entre vosotros?

—Pasaron cosas. Cosas que no debieron pasar. Ella es mi madre, por lo menos a efectos legales, y aunque no lo fuera, es la mujer de mi padre. Una mujer casada ¡con mi padre! ¿Se puede caer más bajo?

—No seas duro contigo. Realmente no sois familia y tú eras un crío. Ella era la casada, la adulta y la que debía poner cabeza.

—Ya, pero el hecho sigue estando ahí. De todas formas, tampoco pasó nada, fue algo muy leve.

—Leve a nivel físico, ¿no? —presiono algo más. Si decido intentar algo con él debe ser con unas garantías, tampoco estamos para arriesgar el corazón.

En sus ojos se ve mucha tristeza. Comienza a negar con la cabeza. Se mesa los cabellos y cubre su cara restregándola con las manos.

—En ese momento pensé que estaba enamorado de ella —dice entre sus manos. Se descubre y, algo nervioso, continúa—: Ya no hay nada. ¿Comprendes lo complicado que es esto para mí?

Me levanto y me siento a horcajadas sobre él mirando sus bonitos ojos y deseando probar su boca. Me acomoda mejor sobre su sexo y posa sus manos en mi cintura.

—Lo sé y no sabes lo feliz que me hace que estés haciendo este esfuerzo.

—Contigo encima no puedo pensar.

—Quizá es lo que quiero.

Acerca despacio su rostro al mío, alternando su mirada entre mis ojos y mi boca. Hasta que se decide a darnos lo que deseamos. Nos besamos con necesidad. Explorando la boca del otro, nos entregamos en cada caricia y en cada gemido. No parece el mismo que estuvo conmigo el sábado, es más entregado y demandante. Pues tiene conmigo una dura rival.

Seguimos besándonos y explorando nuestros cuerpos no sé durante cuánto tiempo. Hace rato que desconecté mi cerebro y me volví solo sensaciones. Su beso es cada vez más exigente y no recuerdo haber disfrutado tanto con uno. Podría llevarme horas sintiendo solo esto.

Noto que cambio de posición y abro los ojos intentando ubicarme. José me ha elevado en brazos y me sostiene sobre sus caderas agarrando mi culo. Camina conmigo encima hasta la habitación. Vamos chocándonos con todo y riéndonos por nuestra torpeza, pero sin dejar de sentirnos.

Me deja caer encima de la cama y me observa desde su altura recorriendo mi cuerpo que, aunque vestido, se siente muy desnudo. Yo lo observo también a él con total descaro y queriendo tocar todos esos músculos que no pude disfrutar en condiciones el otro día.

Empieza a desatarse el cordón del pijama y me incorporo para ayudarlo. Cuando estoy a punto de tocar su miembro, sostiene mis manos sobre él impidiéndome que lo manosee como necesito.

—Espera, por favor —susurra con dificultad—. No puedo hacer esto. — Lo miro desconcertada. No, señor. No me va a dejar así—. No sé cómo decirte esto. No me gustaría que te enfadaras, pero no puedo dejarte seguir sin que lo sepas.

Pero qué lindo es. Imposible no adorarlo y querer cuidarlo. No deseo hacerlo sufrir más, no se lo merece.

—Déjame hacer, ya sé que eras tú.

Agarra mis manos fuerte, sorprendido, y eso hace que apriete más su dura polla. El desconcierto y el firme contacto lo hacen gemir.

—¿Liberado?

—No del todo. —Gime por la presión—. Ven aquí, malvada.

Con un toque de brusquedad, separa mis manos, me tumba sobre la cama y acomoda su cuerpo encima del mío con el contacto en los sitios justos.

—Te mereces un castigo por torturarme. ¿Crees que merecía estos días tan malos? —pregunta jugueteando rozándose contra mi sexo.

—Me he divertido —contesto haciéndole un puchero.

—Yo sí que me voy a divertir ahora.

—Promesas...

Capítulo 29

JOSÉ

Jamás me he sentido tan cómodo con alguien como para contarle algo tan profundo e íntimo como la relación con mi madrastra. Obviamente, no se lo he contado todo, pero sí mucho más que a cualquier otra persona, exceptuando a Fifi. Me sorprende y me agrada. Mi deseo por Noa es tan crudo que no me planteo las limitaciones que me han hecho parar en otras ocasiones. Me dejo llevar y me olvido del mundo. Me siento como el adolescente que un día fui, ese al que le gustaba el sexo y complacía a sus compañeras sin darle tantas vueltas a la cabeza. No recordaba la sensación de plenitud que podía aportar dar placer a una persona que te importa.

Noa hace rato que se ha dormido. Mi cabeza no me permite todavía conciliar el sueño, pero estoy feliz por lo que he superado y por lo que me ha regalado, aun sin saberlo.

La deseo a pesar de haber yacido con ella hace un rato. Aprecio el perfil de su cuerpo desnudo, la curvatura de su silueta apenas cubierta por la sábana, ese cuello despejado y sensual con esa piel tan tersa y suave. Sonrío recordando cómo he recorrido su cuerpo y cómo ella ha reaccionado a mí.

Noa sabe lo que quiere en todos los aspectos de su vida y eso me intimida un poco. Pensaba que era seguro, pero se ve que solo soy fachada. Después de conocerla, me he dado cuenta de que tengo mucho que aprender a ese respecto, aunque estoy dispuesto. Quiero permitirme aprender a aceptar y a mejorar. Me encantaría que ella me ayudara a crecer y disfrutar, como hoy, durante todo el proceso.

Noa se agita en la cama y se coloca bocarriba. Observo su preciosa cara de cría, dormida parece más joven aún. Tan pequeña, tan delicada y tan salvaje.

La perversa me ha seducido durante toda la noche. Su intención al venir a mi casa era llegar a este punto, estoy convencido. Quería acostarse conmigo y lo ha conseguido. Sin ninguna duda ni pudor, me ha pedido que le diera placer con la boca. Me he entregado a mi labor por completo a pesar de que he temido en varias ocasiones terminar sin haberme tocado. Por fin he podido ver el tatuaje de su ingle. Es una pequeña flor de azafrán que he mordido,

lamido y saboreado por completo. Una vez saciada, me ha cabalgado como nunca antes lo ha hecho nadie dejándome disfrutar de sus pechos y de su desinhibición total. Su cara al llegar al éxtasis me ha hecho adorarla: sus mejillas se han ruborizado, sus labios se han hinchado y se han coloreado como si fueran frambuesas. Acto seguido, he estallado con un orgasmo intenso y profundo, diría que incluso doloroso.

Después nos hemos tumbado en la cama disfrutando de los restos de nuestro placer, en silencio, acariciándonos lánguidamente hasta que se ha quedado dormida.

Me levanto con sigilo, pero no me visto, hace calor. Voy a la cocina a por un vaso de agua y me lo bebo pensativo mirando la playa. Tengo que relajar mi cabeza porque va a mil. Esto de Noa me ha pillado desprevenido, aún estoy intentando asimilar las cosas. Para colmo, mañana iré a ver a Jana y tendré que hablar con mi madrastra. Será duro, como siempre, afrontarla siempre lo es y encima ahora añadimos otra variable a la ecuación.

Noto unos pequeños brazos rodeando mi cintura y un cuerpo cálido y sensual pegándose al mío.

—¿No puedes dormir?

—No. No quería despertarte —respondo abarcando sus brazos con los míos. Ella deja caer su cabeza contra mi espalda y me da ligeros besos. Cierro los ojos sintiendo sus caricias.

—Quizá es que no estás lo suficientemente cansado, creo que voy a tener que agotarte.

Desliza una de sus pequeñas manos por mi cintura hasta llegar a mi miembro, despertándolo. Me mezo al ritmo de su cuerpo dejándola hacer. Gemidos inconscientes salen de mi boca y me acaricia con más vehemencia.

—Para. Si sigues, terminaré —le digo entre dientes.

—Quiero complacerte, te ayudará a relajarte y a dormir —replica. Siento su aliento caliente en mi espalda y la reverberación de sus palabras me estremece.

—También quiero tocarte.

—¡Shh!, relájate. Darle vueltas a las cosas no vale para nada. Déjate llevar.

No sé cómo lo hace, pero siempre sabe lo que pasa por mi cabeza. Intuye que estoy inquieto y por qué. Me distrae con su palabrería. Su mano no ha parado en ningún momento de acariciarme. Cuando me quiero dar cuenta, su

pequeña mano está ordeñando mi miembro por entero, apretándolo y haciendo movimientos contundentes, los que necesito. Tan certeros, que estoy a punto de correrme.

—Voy a estallar —jadeo entrecortadamente.

—Hazlo.

Su palabra es un incentivo más y me derramo contra su mano temblando de pies a cabeza, incluso mis piernas flaquean.

Noa cambia de posición y se apoya sobre mi pecho abrazándome fuerte. Correspondo a su abrazo y beso su coronilla, y mi resuello revuelve su pelo, que me hace cosquillas en la mandíbula.

Cuando nota que mi corazón se ha relajado, se desprende del abrazo y me da la mano llevándome al baño primero y a la cama después. Me quedo dormido sintiendo cómo las yemas de sus dedos hacen círculos sobre mi piel.

∞∞∞∞

Un reguero de besos sobre mi rostro me despierta. Sé que es Noa. Es raro dormir con una persona que te importa. He dormido con otras mujeres, pero eran de esas amigas con derecho a roce y, en la mayoría de los casos, solo era sexo para ambos. A la mañana siguiente no había malos entendidos porque, aunque volviéramos a coincidir, posiblemente no nos dirigiríamos la palabra o el asunto estaba claro: solo sexo.

Levantarme con Noa me gusta, me hace sentir que soy, cuanto menos, lo bastante importante como para que me siga dedicando su tiempo. Aunque también me desconcierta. Por un lado, comienzo a considerarla una amiga y por otro, empiezo a tener sentimientos afectivos. ¡Qué raro!

—Venga arriba, dormilón. Tendrás que hacerme el desayuno, ¿no? —dice retóricamente sin dejar de darme besos y sonriendo.

Tiene su precioso pelo despeinado y sus ojos hinchados del sueño. No ha debido despertarse mucho tiempo antes que yo. Está preciosa. La agarro por los brazos, levanto su menudo cuerpo sin dificultad y la tumbo en la cama. Ella emite un pequeño grito por la sorpresa y comienza a reírse a carcajadas. Mi sonrisa se ensancha aún más por hacerla feliz. La acompaño en el movimiento y me pongo encima de su cuerpo frotándome sobre ella. Me sostengo sobre mis brazos porque no quiero aplastarla.

—¿Nos hemos levantado juguetona? —pregunto dándole un pequeño beso en la punta de la nariz.

—Es que estabas tan mono dormido que no he podido evitar besarte.

—Ya, ya, voy conociendo el tipo de maldades que te gustan. Quizá deba contraatacar.

Comienzo a hacerle cosquillas por el costado y debajo de las axilas. El movimiento y el roce nos excitan, sucediendo lo inevitable. Hacemos el amor despacio, lánguidamente como lo haría cualquier pareja un sábado por la mañana. Muy desconcertante.

Me gusta la sensación de tenerla así, de que sea receptiva y pida lo que necesita, por supuesto, que me deje hacer y aún más que le complazca lo que le hago. Me gusta ceder el control y ella lleva las riendas de maravilla. No me molesta llevar la voz cantante, pero a veces...

Muy a nuestro pesar, nos levantamos. Siento como se avecina un momento incómodo. La mañana siguiente siempre resulta extraña, me da miedo perder algo de lo que construimos anoche.

Ella se mete en el baño y escucho la ducha, me quedo sentado en la cama sin saber qué hacer. Después de un rato y de no llegar a ninguna conclusión sobre lo que ella desearía, me pongo el pijama y me marcho. Sé que aplazar nunca es una solución, pero hasta que ponga mi cabeza en orden va a ser mi decisión. Llámame cobarde, aunque prefiero pensar que soy prudente.

Capítulo 30

FIFI

Al fin estos dos han dado el paso. Menos mal que tenemos a Noa, si llega a ser por José, todavía estamos esperando Vodka y yo a que suceda algo. Estoy muy, muy contenta. Tiene buena pinta la relación. Espero de corazón que José no lo estropee todo, capaz es.

Por mi parte, estoy muy nerviosa por la boda de mi hijo. Falta ya poco y tienen que ultimar un montón de cosas, entre ellas, el traje de Helena. Tendrán que ponerse a ello si quieren llegar a tiempo. Si pudiera, elegiría un vestido de gasa blanco, porque imagino que se hará en una carpa en la playa. Tengo que hacer que Helena le compre a Vodka una pajarita blanca para que vaya en consonancia, creo que él está casi más nervioso que yo.

La lista de invitados es un poco amplia, no porque ellos tengan muchos amigos, sino porque han invitado a todos los míos, que contando los que han ocupado los apartamentos son unos pocos. Mi novio ya se ha comprado un pantalón de lino y una camisa amplia para poder ir guapo a la ceremonia. Le hace un culito que...

Las obras en los otros apartamentos van muy rápido. Calculo que poco después de la boda estarán terminadas. En esta semana he oído que empiezan a levantar los muros. Esto es ya muy moderno y vienen todos hechos con las ventanas, sus persianas y todo, incluso la instalación eléctrica. En mis tiempos, una obra se hacía ladrillo a ladrillo, ahora son como unas placas que se acoplan unas a otras. No sé yo si son mejores. Confiaremos en que estén bien hechas.

Carlos y Helena ya han estado viendo diferente mobiliario para que cuando terminen de construir se pueda colocar todo el interior rápidamente. La piscina está casi lista para alicatarla. Qué buena idea, en serio. Tendría que haberlo pensado yo, pero claro, una no puede estar en todo.

Últimamente me siento un poco triste porque echo de menos el contacto físico, que alguien me abrace y me bese. Aunque tengo a Vodka, que es consciente de mi existencia en el otro plano, me gustaría que un humano también lo fuera. No sé dónde o a quién debo dirigirme para que mi condición cambie, voy a trabajar en ello.

Capítulo 31

JOSÉ

Me siento muy mal por haberme marchado sin despedirme. Analizándolo fríamente, sí que he sido cobarde, debería haber preparado el desayuno o haberme metido en la ducha con ella, pero me han faltado agallas. A pesar de haberle contado parte de mi relación con Carmen, sigue existiendo una parte de mí que considera que la estoy traicionando por no haber cerrado completamente ese capítulo.

Tengo que ponerle remedio a esto de una vez. Sin más, dejo un café preparándose mientras me doy una ducha. No me demoro más de la cuenta, en un rato estoy listo y bebiéndome el estimulante café. Activo el manos libres, llamo a Jana y quedo con ella en media hora en casa de mi padre. Necesito enfrentarme a mis demonios de una vez por todas y para ello voy a empezar por Jana, que es la que más puede sufrir si esto se descontrola.

Al salir de casa, me encuentro con Carlos y Helena.

—¿Dónde vais, tortolitos?

—Pues mira, vamos a ultimar detallitos de la boda. ¿Te quieres venir? — me dice Carlos con sorna.

—No, campeón, la diversión te la dejo toda a ti.

—Qué tontos os ponéis los hombres con estas cosas. Vuestra masculinidad no se verá afectada por elegir flores ni menús —apostilla Helena. Lleva razón, pero las conversaciones entre «tíos» son así, debería comprendernos ya.

—¡Calma! —Extiendo mis manos—. Me parece muy bien que hagáis esas cosas cogidos de la mano, eso demuestra lo mucho que os queréis. Ya mismo vais a ser una sola persona con un solo cerebro. —Helena se pone colorada de enfado.

—José, vete a tomar...

—No os chinchéis. Será posible que tenga que ser yo el que ponga cordura —le dice Carlos a una muy cabreada Helena.

Todos estallamos en carcajadas, estamos todos nerviosos por los acontecimientos que se avecinan. Me disculpo por mi falta de tacto y nos despedimos.

Mientras voy conduciendo camino de casa de mi padre, pienso en que echo de menos tener una relación sana con mi hermana. Me gustaría que todo se normalizara y, aunque lo de tener una familia unida y cariñosa está descartado, sí me gustaría disfrutar de una ligera calma o cordialidad. Deseo con todas mis fuerzas ser capaz de superar toda esta mierda con Carmen, centrarme en mi carrera y seguir descubriendo a Noa, que supone un soplo de aire fresco para mi asfixiante realidad.

Hay algo de tráfico como siempre por las mañanas en verano, pero son años de ir y venir, así que me conozco los caminos alternativos. Cuando llego a la casa, Harry me informa de que mi hermana ha salido. Una amiga —¿mi hermana tiene una amiga?— ha venido a recogerla y se han ido las dos a pasar el día al zoo con los padres de ella. Me sorprende muchísimo esa nueva noticia, pero me alegra. Me encanta que al fin se comporte como una niña de su edad y que tenga amigas con las que relacionarse y desahogarse.

Cuando voy a irme, mi madrastra me llama. Tiene el don de la oportunidad, qué cansado me tiene. Me giro y la veo caminar con paso decidido y ese insinuante vaivén de caderas. La observo y me sigue impresionando, pero soy más fuerte que esto. Evoco el recuerdo de Noa, su suave piel blanca y pecosa, su menudo y cálido cuerpo, su conversación rápida y clara, las peleas dialécticas. Sonrío. Carmen malinterpreta mi sonrisa y, apartando de manera poco elegante a Harry de su trayectoria, me agarra por los hombros y me da dos besos para nada cariñosos y sí bastante sensuales. La saludo de manera fría, soy más fuerte que ella.

—Hola, Carmen. Venía a ver a Jana, pero me ha dicho Harry que se ha ido con una amiga. —Harry se va meneando la cabeza hacia los lados con cierta resignación.

—Sí, me dijo que había quedado contigo. Te pido disculpas en su nombre. Lo entiendes, ¿verdad? —me dice aproximando su cuerpo al mío. Pongo mi mano delante a modo de parapeto para alejarla.

—Claro, me alegro de que tenga amigas. En ese caso, me voy. Ya nos veremos.

—Quédate un rato, estoy con el aperitivo, así me acompañas. Además —continúa hablando mientras se gira y camina hacia la sala—, quedaste en que me prestarías tu hombro para desahogarme.

¡Mierda! Se avecinan problemas. Camino detrás de ella y me voy preparando psicológicamente para otro asalto. Aunque, bien pensado, podría

ser la oportunidad de terminar con todo esto de verdad. Puedo hacerlo.

Nunca me gustó esta habitación. Es pequeña, creo que la única de la casa con decoración moderna. Digamos que es la habitación exclusiva de Carmen. Aquí solo entra ella y quien ella quiere que entre. Cuenta con un *chaise longue* de color negro muy cómodo, al menos, le concedo eso. Las paredes están pintadas en diferentes grises y tiene colgados cuadros en tonos blancos, negros y grises con marcos muy barrocos con ligeros toques de brillos. Una pesada y recargada lámpara de araña con cristales y más brillos preside toda la estancia. En la habitación no hay ventanas, eso le da un aspecto bastante frío. Una estantería llena de libros adorna la pared frontal. Adorna porque están puestos por colores y nunca la he visto con uno en las manos. En otra mesa auxiliar se apilan multitud de revistas sin aparente orden, ajadas y manoseadas. Eso ya le pega más.

Encima de la mesa de centro hay dispuestos unos aperitivos y dos copas de vino. Me parece que Carmen ya contaba con que me quedara. Comienzo a dudar de la casualidad de la situación.

—Discúlpame un momento, voy a ir a ponerme cómoda, que acabo de entrar. Por favor, abre el vino.

—Es un poco temprano para beber, ¿no crees? —pregunto reticente.

—Tenemos algo que celebrar. Abre la botella, José, ahora vuelvo. —Se acerca a mí y, sin dejar de mirarme a los ojos, desliza la punta de sus dedos por mi pecho desde uno de mis pectorales hasta mi hombro y desaparece por el pasillo.

Me temo lo peor, esto me huele a encerrona. Definitivamente, debería huir ya. A mi cabeza acuden una serie de pensamientos que me aterran. ¿Y si me acostara con Carmen? ¿Y si lo que necesito es estar con ella para darme cuenta de que no hay nada más que sexo? ¿Y si lo hago y no logro olvidarla y es peor? ¿Podría vivir con la culpa? ¿Qué pasará con Noa?

Absorto en mis pensamientos, no noto que de forma automática estoy manipulando el tapón de la botella de vino, cortándome en el proceso. Unas gotas de sangre caen de mi dedo al pijo mantel. Cojo una servilleta y aprieto fuerte.

En medio del trajín Carmen ha vuelto y está a escasos centímetros de mí. ¡Sí que se ha puesto cómoda! Su caminar deja de manifiesto el movimiento de sus pechos libres bajo el ligero traje de seda. El color y el estilo traen a mi mente aquella noche hace tantos años. Me quedo embobado mirando esa

cadencia tan erótica y mi entrepierna reacciona como antaño.

Ella se coloca delante de mí y, con palabras de arrullo, separa mis manos hasta dejar al descubierto mi herida.

—¿Mi pequeño se ha cortado? Ven aquí que mamá te cure ese dedito, no ha sido nada. ¡Ea, ea!

Coloca mis manos sobre sus pechos y miro embobado cómo los cubren. Los siento turgentes, duros y pesados. Mi pene aprieta la cremallera de mi pantalón y me siento como aquel adolescente tan necesitado y deslumbrado por Carmen. Muevo mis manos casi por instinto y aprieto sus pechos, tímidamente al principio y finalmente liberándolos de la prenda que los cubre y revelando sus magníficos senos con esos grandes, sonrosados y duros pezones.

—Así. Me gusta que no te dejes nada. Quiero que me muestres todo lo que sientes —murmura suavemente.

Entre mi neblina apenas logro descifrar lo que me dice. Una voz interior en mi cabeza me pide a gritos que pare esta locura. Ahora no, después de tanto tiempo y de toda la mierda que te ha hecho, no. Pero sé que ya es tarde. Desecho cualquier pensamiento y dejo salir todo el deseo y la rabia que he contenido durante tantos años, ya no soy un niño bobo e indefenso.

Agarro el cuello de Carmen y la beso con dureza, metiendo mi lengua totalmente en su boca, buscando y danzando con la de ella. Muerdo su labio con dureza, no hay medias tintas. Resollando, le arranco la prenda que viste, comprobando que no lleva nada debajo. Me permito unos segundos para ver su cuerpo y un leve pensamiento atraviesa mi cabeza: otro cuerpo más menudo, más fibroso, más perfecto... Desecho el pensamiento.

Me quito la camiseta y la arrojo de cualquier manera al suelo. Carmen baja sus manos hasta mi bragueta y me la desabrocha quitándomelo todo a la vez. Intenta tocar mi erección y los músculos de mi pecho, pero no se lo permito. Con una sola mano, agarro las suyas y las retengo. La empujo con mi cuerpo y caemos sobre el sofá, donde la aprisiono. Me mira sorprendida, sonrío y me deja hacer.

Mi otra mano busca su sexo, que está empapado, y la penetra con dos dedos sin miramientos. Ella jadea, yo no. Me he cubierto de una tensa frialdad. Una calma que me desconcierta. Como un autómatas, muevo los dedos y sigo a lo mío ajeno a todo. Sé que Carmen está hablando, creo que me alienta a que continúe, no lo sé con seguridad, solo sé que no me está

pidiendo que pare. Su sexo se contrae absorbiendo mis dedos y eso hace que sea más rudo.

Un segundo de cordura me recuerda que no tengo condones. Le espeto la pregunta y me indica un cajón de la mesa de centro. Parece que no soy el único al que se beneficia. Vuelvo a desechar los pensamientos y me coloco la máscara de frialdad de nuevo. Solo tengo que terminar esto.

Me pongo el condón. Carmen aprovecha para acercarse a mi piel, lamirme y tocarme. No, no quiero que me toque. Con brusquedad, le aparto las manos y, con más brusquedad aún, la penetro sin advertirle. Me meto dentro de ella y como un martillo pilón bombeo sin parar. Jadeo, ahora sí, sobre su oído. Que escuche cómo me la follo sin piedad. Siento placer, claro que sí, y asco, remordimientos, miedo, dolor e ira. Todo se arremolina en torno a mi liberación. Finalmente, estallo con un grito estrangulado, empapado en sudor y cerrando los ojos para no ver la mierda que acabo de hacer.

Bombeo un par de veces más y Carmen estrangula mi sexo llegando también al orgasmo. Suspira controladamente. Dentro de todo lo que bulle en mi cabeza sonrío porque hasta tiene un modelo medido y creo que hasta socialmente aceptado de grito de liberación.

Salgo de ella sin apenas darle tiempo a que termine de suspirar. Me quito el condón y lo arrojo dentro de una de las copas. Agarro la botella de vino y le doy un trago largo a morro. Me visto mirando el cuerpo desmadejado de mi madrastra sobre el sofá. La odio tanto.

—José, me ha encantado. Si llego a saber que ibas a ser tan buen amante, lo hubiera hecho antes. —Me sonrío.

—Ni se te ocurra pensarlo. ¡¡No habrá más veces, no hay un nosotros, que no se te pase por la cabeza!! —Me pongo nervioso y le grito.

—Eso lo has dicho tantas veces que no te creo —contesta altiva y pagada de sí misma.

—Estoy conociendo a alguien. —Me atrevo a verbalizar mi relación con Noa, quizá ya no exista tal cosa—. Esto ha sido por despecho. ¡Nunca más, recuérdalo!

—Ya veremos, cariño. —Se sorprende, pero se repone pronto—. Si te refieres a la poca cosa esa de la fiesta, no llega a la altura de mi zapato. No soy una persona reemplazable.

—No la nombres porque la que no tiene altura eres tú.

Me mira con picardía y comienza a tocar su cuerpo de forma lasciva, incitándome. Pero ya no tiene ese efecto en mí. Me da rabia mi comportamiento, no me gusta haberle regalado esto, pero por otra parte me siento tranquilo. De alguna forma, siento que he tenido el control, que hoy yo era el que decidía y ella la que anhelaba.

Salgo corriendo, me monto en el coche y me voy a casa a darme la ducha más grande de mi vida y a autocompadecerme.

Capítulo 32

NOA

Salgo del baño y José ha desaparecido. Tenía la esperanza de que se metiera en la ducha conmigo, pero quizá se ha sentido incómodo o no ha sabido reaccionar y se ha ido a su casa. Que no piense ni por un momento que me intimida o que me voy a retirar porque él no sepa cómo gestionarlo. Resulta que me ha sorprendido en muchos aspectos y no pienso soltar mi presa.

He pasado de llevarme fatal con él y tener un concepto bastante negativo de su comportamiento —está bien, lo juzgué antes de conocerlo y, sobre todo, por las apariencias— a parecerme un cachito de pan escondido en un armario ropero. De pronto, me encuentro repasando su tremendo físico. Esas piernas tan bien torneadas y definidas; raro en un hombre, que a veces tienen mucho torso y pocas piernas. Ese culo respingón y duro como una piedra. La ingle mejor me la salto, que me acaloro y me entran ganas de masturbarme. Ese pecho sin un gramo de grasa totalmente definido y marcado. En definitiva, su cuerpo es cuatro veces el mío. Con un brazo me rodea por entero. Sentir cómo una de sus enormes y preciosas manos toca mi cuerpo, su piel caliente y suave sobre la mía, sus besos expertos y calientes, esa mirada dulce y comprensiva y sus rasgos aniñados pero avispados me pone. Incluso su mirada triste y necesitada de cariño me pone. Noa, estás hasta las trancas.

Me parece que he sido cazada, ahora solo hace falta que él se dé cuenta. Le daré el día de hoy de vacaciones, pero que no se confíe.

Desayuno tranquila y relajada en la terraza disfrutando del buen tiempo y de la vista del mar, de la enormidad del paisaje que hace que me dé cuenta de lo pequeña que soy. Llamo a mi madre y me paso una hora en una videoconferencia. Me ocurre con mi padre y con todos mis hermanos. Me enseñan hasta los nuevos terneros, siempre hay vida nueva en el campo. Lo echo un poco de menos, aunque sé que no duraría allí, anhelaría el ajetreo de la ciudad.

El resto de la mañana la dedico a ordenar la casa y planificar la semana. A mediodía preparo pasta y la tarde la paso leyendo. No tengo ganas de ir a ver

a Helena porque me preguntará y no quiero mentirle. Hasta que no aclare las cosas con José, o al menos las definamos, no voy a decir nada. Son sus amigos y no quiero entrometerme, pero que se dé prisa porque Helena se ha convertido en mi mejor amiga y necesito sincerarme.

Me llama Luis para decirme que mañana se incorpora a su puesto con normalidad, sus asuntos están resueltos. Me alegro mucho por él y su familia, también lo hago por mí porque hay que colocar los muros prefabricados exteriores y vamos a necesitar todos los recursos para no retrasarnos y, obviamente, sus conocimientos son muy, muy necesarios.

A las siete de la tarde llaman al timbre. No espero a nadie.

Abro distraída y cuál es mi sorpresa cuando delante de la puerta de mi apartamento aparece la muy bella, estilosa y con un palo metido por el culo Carmen. El día no hace más que mejorar.

—Buenas tardes, Noa —saluda altiva, sin quitarse las gafas de sol y autoinvitándose a entrar en mi casa.

Me retiro para que pase, no quiero que me arrolle.

—Pasa, no te cortes —le digo con ironía.

—Gracias —contesta la muy fresca igualando mi tono.

Ni siquiera le digo que se siente o si quiere tomar algo, estoy casi convencida de que su visita no es de cortesía. No somos *amiguitas* y no se va a quedar más de cinco minutos.

—Pues tú dirás.

—Solo quería saludar a la nueva conquista de mi hijo. —Deja escapar las palabras entre dientes. Se quita las gafas y se las pone de diadema en un gesto estudiado que ya le he visto hacer antes.

—Creo que te estás confundiendo. La vida privada de tu hijastro no creo que sea asunto tuyo. —Me pongo a la defensiva porque a esta mujer se le va la cabeza.

—Es un chico guapo, rico y fácil de impresionar. Una presa fácil para una chica como tú. Entiendo tu interés —me suelta la muy descarada.

—Te equivocas de medio a medio, con él y conmigo. Me parece que esta conversación no tiene ningún sentido. La puerta de entrada tiene dos direcciones.

—¡Está bien! Ya me voy —asiente haciendo aspavientos como si se quitara moscas de la cara. Cuando pasa por mi lado me susurra—. No conseguirás nada de él. Siempre ha sido mío. —Se me antoja venenosa como

una víbora.

—Las personas no se poseen. ¡Cierra al salir! —le espeto con rabia.

Se marcha tras exclamar «Ya te enterarás» y la frase me deja desconcertada. Sus carísimos zapatos de tacón resuenan sobre el suelo rompiendo el incómodo silencio que se ha instalado. Oigo la puerta cerrarse y respiro aliviada. ¡Vaya con la tipa esta!, lo que ha tenido que sufrir José.

No me va a quitar el sueño, aunque al final me ha dejado perturbada. José estará con quien desee estar y de la manera que considere. Obviamente, es un chico que merece la pena y voy a luchar por él, pero no todo vale, y por supuesto no a costa de su integridad o de la mía.

Ahora es cuando se me plantea el dilema de contárselo o no a José. Si lo hago, estoy convencida de que él irá a verla y le estaré sirviendo la oportunidad de que lo seduzca y lo convenza de que esté con ella; y si no lo hago, me quedaré con la angustia porque le estoy ocultando algo. Aunque, por otra parte, ella ha venido a verme a mí y siempre he resuelto mis conflictos sin necesidad de intermediarios, así que me decanto por guardar esta visita en el cajón del olvido.

Me doy una larga ducha para quitarme las malas vibraciones que ha dejado esa mujer sobre mi persona y, ya más relajada, me siento en el sofá a ver alguna serie hasta que llegue la hora de dormir.

∞∞∞∞

Casi sin darme cuenta suena el despertador y comienza una nueva semana. No le quiero dar más vueltas a la visita de Carmen, no merece ni mi tiempo ni mis pensamientos. Tengo que centrarme en que José no se vuelva a meter bajo su coraza y le dé una oportunidad a lo nuestro. Realmente, no nos conocemos lo suficiente como para que haya un «lo nuestro», pero sin principio no hay historia y hay que empezar por algo.

Me propongo pasarme a mediodía por su casa e invitarlo a comer, así podremos hablar relajados.

La mañana transcurre bien. Llegan las grúas y colocan los muros a un ritmo vertiginoso. Luis está a pleno rendimiento. Menos mal que ha vuelto porque llevar sola el grueso de la obra era demasiado incluso para mí. Hemos tenido un pequeño incidente con uno de los trabajadores. Lo han llevado al hospital porque se ha hecho daño al darse un golpe en la cabeza con uno de los andamios. Mira que estoy todo el día con la prevención y con que no se

quiten los cascos aunque haga calor, y al final ha habido un problema. Confío en que no sea nada, ha sido un golpe leve, pero con los golpes en la cabeza no hay que confiarse.

Vodka ha venido a verme hace un rato. Lo he mandado a casa con todo el dolor de mi corazón. Me encanta estar con él, pero no es el momento. La obra está patas arribas y hay demasiadas cosas en movimiento, no quiero que le hagan daño o que alguien se haga caiga por esquivarlo. En el fondo comprende la situación, estoy convencida de ello. Más tarde le daré doble ración de chucherías.

Me doy una ducha rápida. Elijo una camisa ancha estampada y muy vaporosa y unos pantalones vaqueros cortos. Al salir de casa me encuentro de nuevo con Vodka, que menea todo su cuerpecito porque está contento de verme. No llego a cerrar la puerta y vuelvo sobre mis pasos para darle la golosina prometida. Normalmente él se la come, me deja rascarle la cabecita y se va tan feliz. Hoy parece que no tiene ganas de moverse, se ha tumbado en el suelo y está ahí disfrutando de todas mis atenciones. Que comportamiento más raro tiene este bicho hoy.

Me canso de estar en cuclillas y le doy un golpe en el culete para que se marche. El perro loco comienza a dar saltos a mi alrededor sin permitirme avanzar. Me río por lo intenso que está. Lo esquivo y consigo aproximarme a casa de José. Vodka se sienta a mis pies observando la puerta. Cualquiera diría que el que quiere ver a José es él.

Capítulo 33

JOSÉ

Me siento muy agobiado, no sé cuánto tiempo llevo encerrado en esta casa dando vueltas como un animal enjaulado. Mi cabeza es un hervidero. Mis sentimientos están muy encontrados. Por una parte, creo que he terminado con ese deseo que me atormentaba y me controlaba, pero por otra, me siento como una mierda por traicionar a Noa, a mí mismo e incluso a mi padre al sucumbir. Había aguantado tanto y con tanta dignidad que esta última acción se me antoja fuera de lugar.

No quiero llamar a Noa porque soy un cobarde y creo que la voy a perder. Para una vez que me pasa algo bueno en mi puta vida tengo que joderlo todo. Puede que esté dándole vueltas a un asunto que no tiene sentido, ella ni siquiera se ha puesto en contacto conmigo después de la noche que pasamos juntos. Quizá para ella no significó lo mismo.

Me tiro en el sofá cubriendo mi rostro con las manos y un dolor de cabeza terrible martillea mi sien. No sé desde cuándo no como. Mi higiene también deja mucho que desear, pero es que solo tengo ganas de meterme en un agujero y desaparecer.

Llaman a la puerta, ¡malditas las ganas que tengo de hablar con alguien! Espero un poco sin hacer ruido y sin moverme a ver si la persona que viene a dar la lata se va a su casa. No tengo tanta suerte, insisten.

Me levanto de mala gana y cuando abro la puerta, me encuentro a una preciosa Noa que trae consigo un olor de los más agradable y tentador. ¿Cómo he podido hacerle esto?

Observo mis pintas y sé que la imagen que ofrezco es bastante lamentable. Ella me hace un repaso de arriba abajo. Tengo barba de unos días, el pelo apelmazado y despeinado y la ropa arrugada y sucia. Ni siquiera me he puesto zapatos. Me doy cuenta de que mis pantalones están desabrochados y cuelgan abiertos y bajos de mis caderas. Lo más rápido que puedo me los abrocho y hago un vano intento por adecentarme un poco. Imposible, dado mi estado.

Vodka comienza a ladrar como un loco y ambos miramos al perro. Noa lo manda callar de forma enérgica y lo envía a su casa. El perro se va digno,

pero no sin antes volverse para dedicarnos una mirada perdonavidas.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—No es un buen momento, Noa —contesto agachando la cabeza y sin mirarla a los ojos.

—¿Es por lo que ha pasado entre nosotros?

—No, tranquila, nada que ver.

—¿Me lo cuentas?

—Mañana, si no te importa. Ahora mismo no estoy para charlas —replico un poco brusco. No sé si puedo enfrentarme a ella.

—Está bien. Como quieras. Solo necesito que sepas que, para mí, lo que ha ocurrido entre nosotros no es un polvo de una noche. No te vas a deshacer de mí. Si no quieres hablar hoy, hablaremos mañana. Valora si quieres postergarlo —insiste como sabía que haría.

La miro a los ojos. Me anima un poco el hecho de que le importe y me considere algo más que un compañero de cama. Siento un rayo de esperanza. Abro la puerta completamente y la dejo pasar.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, invítame a una cerveza. Venía a comer contigo. Casi me estropeas el plan —replica sonriente acomodándose en mi sofá.

Le sonrío tímido intentando que mi tristeza no se trasluzca en mis ojos. Voy a la cocina a por las bebidas demorándome más de la cuenta para serenarme un poco.

Vuelvo visiblemente más nervioso y preocupado. Ella lo nota e intenta entablar una conversación superficial para rebajar la tensión, pero no obtiene ninguna colaboración por mi parte. Estoy hermético y algo ausente. Noto cómo Noa pasa de estar preocupada a alerta. Sé que está tentada de marcharse y casi agradecería que lo hiciera. Necesito compadecerme y regodearme en mi mierda un poco más.

Me excuso alegando que estoy distraído e insisto en que no soy una buena compañía. Ella me hace un par de bromas mordaces y ni eso me saca de mi estado.

Me levanto para ir a la cocina de nuevo a por un vaso de agua. Si sigo aquí viendo sus esfuerzos sin poder responderle como se merece, estallaré. Noa agarra mi muñeca y me impide marcharme. Freno en seco cerrando fuerte los ojos. ¡José, a ver cómo sales de esta!

—¿Qué te pasa? Mírame.

Elevo la mirada despacio y una puñetera lágrima resbala por mi mejilla.

—¡Eh, Eh! Nada es tan grave. Siéntate conmigo. Recuerda que por encima de todas las cosas soy tu amiga. Me importas, José. —Me mira a los ojos reforzando sus palabras y espera algún gesto por mi parte—. Me importas mucho y te ayudaré siempre —me consuela.

Me vuelvo a sentar en el sofá mansamente. No me suelta las manos y sigo sin atreverme a mirarla a los ojos, así que pierdo mi vista en nuestras manos entrelazadas. Dibuja círculos sobre mi palma para relajarme.

No sé cuánto tiempo permanecemos callados en la misma posición.

—Lo siento —baluceo.

—¿Qué sientes? —Eleva su mano y la coloca en mi mejilla alzándome el rostro. Sé que mis ojos están vidriosos y a punto de desbordarse—. Relájate. No hace falta que me lo cuentes si no quieres. Solo déjate llevar y desahógate. ¡Vamos!

Lágrimas más espesas ruedan por mis mejillas y aprieto los dientes con rabia. Me agarra por el cuello y me sostiene contra su pecho instándome a que lo suelte todo. Acaricia mi pelo de manera tranquilizadora hasta que dejo de sollozar y respiro de manera más calmada. ¿Qué estará pensando de mí?

Me separo de ella y observo su bello rostro. ¡Es tan bonita! ¿Cómo un ser tan hermoso puede estar con alguien tan dañado?

—Espérame aquí. Toma, suénate los mocos, que así estás muy feo —me dice dejándome apoyado en el sofá.

Consigo devolverle una sonrisa nerviosa rompiendo un poco el sentimiento.

Escucho a Noa ir al baño y pelearse con la domótica. Estoy tentado de decirle la palabra para activar el agua caliente, pero por unos segundos me río de sus intentos y eso me hace desconectar un poco de mi estado. Grita: «Agua», esa no es. «Bañera», ¡chica lista! Oigo el agua caer. Escucho como grita los grados a los que quiere el agua, suspira aliviada. Pasa delante de mí sonriéndome y sigue hacia la cocina. Trastea y vuelve con una infusión. Me coge de la mano y me lleva al baño. Sigo manso y dispuesto a aceptar todo lo que me dé. No soy una persona que deje traslucir los sentimientos y para ella debe ser muy desconcertante verme en este estado. Me conoce lo suficiente como para saber que algo anda muy mal y que estoy sobrepasado.

Me quita la ropa despacio, sin ponerle ni un poquito de erotismo, solo cariño. Atiendo sus demandas lo mejor que puedo. Me ayuda a entrar en la

bañera y suspiro al sentir el contacto del agua caliente sobre mi piel. Se sienta en el suelo a mi lado y desliza sus manos sobre mi cuerpo dejando resbalar el agua caliente por él.

Cierro los ojos y me relajo. Al cabo de un rato, los abro y la observo. ¡Cómo la quiero y cómo duele! Siente mi mirada y abre sus bonitos ojos. Alzo una de mis manos y la llevo hasta su cara rozando con mi pulgar sus labios y mi peca. Reúno todo el valor del que dispongo y tomo una bocanada de aire.

—Me he acostado con ella —escupo entre dientes.

La cara de Noa se contrae y da un leve respingo. ¡Mierda, mierda, mierda!

—Vale —dice al fin, algo más sosegada.

Trago saliva sin dejar de mirarla y acojonado.

—No me ha gustado.

—Me alegro —responde con fastidio.

—Lo siento. —Necesito que comprenda mi arrepentimiento.

Las lágrimas vuelven a aparecer en mis ojos y me siento pequeño e insignificante en este momento. No soporto la idea de causarle dolor.

—Ahora mis sentimientos no son importantes. Los tuyos sí. ¿Qué sientes?

—Rabia, impotencia, miedo. —Trago saliva—. He vuelto a ser el adolescente que fui. Al principio, ella me controlaba; luego, el control lo tuve yo. —Noa solo me mira y me anima a continuar—. Ella era la verdadera sometida, Noa. No he disfrutado acostándome con ella. Lo que ha pasado con mi madrastra no iba de sexo, ha sido algo más intenso y para nada relacionado con la satisfacción sexual. En cierta forma y por una vez, me he impuesto sobre ella a nivel mental.

—¿Te sientes liberado?

—Por esa parte, sí. Pero, por otra, tengo miedo.

—¿De qué? —pregunta sorprendida.

—De perderte... de que no lo entiendas.

—No te preocupes ahora por eso. Ya lo hablaremos —contesta relajada.

—¿No está todo perdido?

—No. Bébetelo el té —me corta brusca.

El papel de Noa es muy duro. No sé si superaremos esto, pero sí tengo claro que es la mujer de mi vida y que puedo contar con ella para todo lo que

necese. Ni en mis mejores sueños imaginé conocer a una persona tan fuerte y con tanta capacidad de perdón y de amor. Magnífica compañera y amiga.

Capítulo 34

NOA

Estoy luchando por no salir de casa de José e ir corriendo a por la arpía y decirle cuatro cosas bien dichas. Será posible, la muy caradura después de lo que hizo con José vino a mi casa a restregármelo por la cara. ¡Cómo se puede ser tan mala! Madre mía, tengo que serenarme por él, porque me necesita cuerda y me necesita como amiga.

El agua de la bañera está ya tibia. Despierto a José para que salga y se meta en la cama. A regañadientes, se levanta. Es impresionante el cuerpo que tiene. Trago saliva con dificultad, ¡venga, Noa!

Se apoya en mí para salir, tiene mejor cara que cuando entró. Le tiendo una toalla que enrolla sobre su cintura ocultándome su bonito culo. Menos mal, porque las manos van al pan.

Vamos hasta su habitación. Allí se sienta en la cama, apoya sus codos sobre las rodillas y esconde su rostro entre sus manos. Está totalmente derrotado, espero que pueda perdonarse.

—Deberías descansar, aprovecha que estás relajado y duermes.

Él no mueve un pelo, así que me decanto por volver a casa y dejarlo tranquilo. Si me necesita, me llamará.

—No te vayas, por favor —susurra.

Doy media vuelta y me siento a su lado en la cama.

—¿Te quedas a dormir conmigo? —suplica mirándome tímidamente a los ojos.

Me debato entre mandarlo a la mierda por ser tan egoísta o arroparlo por lo tierno que me parece que me pida que lo acompañe. Debería comprender que esto también me hace daño, es una putada.

—Lo siento, Noa, no tengo ningún derecho a pedírtelo. Gracias, de verdad, no sabes lo que te agradezco que me hayas escuchado. —Sus palabras parecen inseguras y sé que le cuesta exponerse tanto.

—Está bien, José, me quedo.

Qué puedo hacer, no quiero que haga ninguna tontería. Considero que no está para quedarse solo. Además, Carmen no va a ganar porque a mí no me da la gana.

Nos tumbamos sobre la cama mirándonos. Llevamos un rato así, sin decir nada, solo mirándonos. Sé sin palabras lo que intenta transmitirme, pero debo arrancarle un compromiso.

Se decide a tocarme. Despacio, casi con reverencia, su mano se acerca a mi cara y roza mi pómulos. Cierra los ojos cuando entra en contacto con mi piel y suspira aliviado.

—Nunca pensé que encontraría a alguien capaz de sacar de mi cabeza a Carmen. Me equivocaba. No sé por qué he hecho lo que he hecho, ni siquiera me apetecía.

—Solo tú sabes por qué haces las cosas.

—Estoy lleno de rabia hacia ella. Tantos años con este tira y afloja sin conseguir que deje de tensar la cuerda al final me han pasado factura. El conocerte, el pensar que puede existir una esperanza para mí, ha sido el detonante. Me ha dado la fuerza para tomar la decisión de sacarla de mi cabeza.

—¿Crees que ha sido la mejor forma de hacerlo?

—No, es imposible olvidar todo lo que me ha hecho. Solo me hace consciente de que realmente no la deseaba, ni siquiera estaba enamorado de ella. Es como si de pronto se hubieran abierto mis ojos.

—Entonces, ¿no quieres estar con ella? —Es la primera vez que tengo miedo de hacer una pregunta.

—No, claro que no quiero estar con ella —contesta elevando un poco el tono—. Necesito que me des otra oportunidad —suplica—. Lo voy a hacer bien, Noa. No sé dónde nos conducirá esto, pero sé que eres la luz que ilumina mi vida, la luz que necesitaba para ver la realidad y el mundo como es. Sin velos ni artificios.

—José, necesito un compromiso por tu parte. No puedo ni quiero vivir con la incertidumbre o con el miedo de que vuelva a pasar. Debo ser capaz de confiar plenamente en ti.

—Te prometo que no pasaré más, nunca jamás. Te lo contaré todo. Todo lo que ha sucedido hasta ahora y todo lo que pase en el futuro. Soy totalmente tuyo, Noa —dice solemne y un poco avergonzado—. Por favor, déjame ser tuyo.

Deposito mi mano sobre la suya, que sigue anclada en mi rostro, y asiento. Una sonrisa asoma a sus labios iluminando sus antes ojos tristes. Es tan guapo.

—Ahora duérmete, que lo necesitas.

—Yo quería jugar un rato —bromea.

—No tienes tu suerte —replico sacándole la lengua.

José cierra los ojos y entra en un profundo sueño. No puedo dormir. Aunque estoy convencida de mi decisión, no puedo alejar de mi cabeza la certidumbre de que Carmen intentará algo. No va a soltarlo, a dejarlo sin más, como no lo haría yo. Debo estar atenta y alerta a sus movimientos y espero que José no sea tan crédulo como para pensar que con que él se aparte, ella lo va a entender y lo va a dejar tranquilo. Eso nunca sucederá.

He cedido fácilmente ante José porque es una persona que merece la pena de verdad. Soy realista y sensata. Nosotros no teníamos nada, solo un par de polvos, y aun así siento que está muy dolido y arrepentido. Durante este tiempo he podido conocerlo mejor y los retales que me aportan sus amigos confirman mis apreciaciones. Solo tienen halagos para él, nunca he escuchado nada malo y sé que no lo escucharé. Todos tenemos nuestros fantasmas y cada uno es un mundo que elige sus caminos. Si me alejara de José ahora, le estaría haciendo un flaco favor, pero que no se confíe porque no le dejaré pasar ni una. Doy una oportunidad, solo una. Si dudo, se acabó.

Se me ocurre que podría alejar a José unos días de este ambiente tóxico. Creo que un tiempo en el campo y rodeado de gente sana y clara le vendrá muy bien. Me levanto de la cama con cuidado y me marcho a casa a por el portátil, necesito hacer unas cuantas gestiones antes de que podamos tomarnos las minivacaciones.

Envío un *mail* a mi empresa solicitando unos días de asuntos propios, alego que son de máxima urgencia y necesidad. Incluso les propongo a la persona que debe ocupar mi cargo en mi ausencia. Es una compañera muy competente con la que he trabajado en un par de ocasiones. Sé que está libre porque me lo comentó el otro día y no imagino una candidata mejor. Le mando un mensaje a Luis explicándole por encima lo que voy a hacer y quién se queda al cargo. Me da ánimos y lo comprende.

Mando otro mensaje a Helena que insiste en que nos veamos en el patio. Le cuento por encima que José y yo estamos comenzando una relación y que nos vamos a tomar unos días para conocernos mejor. Está muy sorprendida y, aunque intuyo que sabe que hay algo más, no insiste y me felicita porque José es la mejor persona que conoce. Le cuento quién se va a hacer cargo de la obra y dónde nos vamos a ir y se muestra conforme con todo.

Vuelvo a la cama y ahora sí me quedo dormida.

∞∞∞∞

Mi sueño ha sido algo inquieto, pero a pesar de todo he descansado. José sigue durmiendo plácidamente a mi lado. Sin hacer ruido, me levanto y voy a la cocina a preparar el desayuno. Café, tostadas y zumo de naranja. Lo dejo todo listo y me acerco a mi casa a darme una ducha y a hacer la maleta. Doy por hecho que José va a venir conmigo, ni siquiera voy a dejar que se lo piense. Compruebo el correo electrónico y confirmo que mis jefes están de acuerdo con darme estas minivacaciones.

Lo he hecho todo en tiempo récord. Incluso le he dado una golosina a Vodka, que como siempre ha venido a saludarme.

Vuelvo a su casa y José sigue aún dormido. Es digno de ver tumbado de espaldas sobre la cama, la fina sábana solo cubre la parte central de su anatomía. Con cuidado, tiro despacio de la tela y me muerdo el labio a falta de poder morder otra zona. Aún me queda un poquitín para verlo en todo su esplendor. Noto unos ojos verdes, preciosos, mirándome con picardía. Sonrío y tiro de la sábana del todo, total, ya me ha pillado. Comienzo a reírme y me tumbo sobre su cuerpo impidiendo que se gire. Qué ilusa, soy peso pluma para él. Si quisiera, me tumbaría sin problemas. Juguetona, muerdo su cuello y él se ríe, disfrutando conmigo.

—Me gustan estos despertares. ¿Qué haces vestida?, ¿por qué no me has despertado antes? —pregunta mirando el reloj de la mesilla.

—No había prisa y necesitabas descansar. Pero ya hay que levantarse. Tenemos planes.

—¿Planes? ¿Tenemos? —Gira su cuerpo hasta colocarse sobre mí.

—Nos vamos a casa de mis padres. —Le sonrío—. Ya está todo hablado. Solo falta que hagas tu maleta.

—Pero ¿cómo me voy a ir así? Mi trabajo, el tuyo... Además, ¿tu familia? No, para nada, no se me da bien eso de la... familia.

—No tienes alternativa, recuerda que eres mío. Ya está todo decidido y todo el mundo informado.

—¿Carlos?

—Sabe lo que hay.

—¿Todo?

—Solo lo nuestro.

Sonríe complacido. Bien, al menos le gusta la idea de hacerlo público. De todas formas, ya era tarde para estar en contra. Debería moderar mis decisiones unilaterales y consultar antes de actuar.

—¡En marcha! Date una ducha, prepara una bolsa con lo justo para tres o cuatro días y todo eso rapidito, que voy a calentar los cafés. Si consigo dar con la palabra para calentarlos. Además, tengo hambre y no querrás quedarte sin algún trozo, ¿verdad? —le digo mientras me incorporo para irme a la cocina mirando su entrepierna con un hambre voraz.

—Bueno, si solo chupas y no arrancas...

Me giro y le hago con la boca la acción de morder. Suelta una exclamación de dolor y una sonora carcajada. Lo veo acto seguido ponerse en movimiento para hacer todo lo que le he mandado. Demoro mi marcha unos segundos más, disfrutando de mi particular Adonis en toda su belleza, que levanta los brazos desperezándose. Sus músculos se marcan en su torso y en sus piernas por la tensión y su sexo semierecto se ve magnífico. Emito un suspiro. Me mira un poco sorprendido, pues pensaba que estaba solo. Me regala una sonrisa canalla y se va al baño dejándome apreciar su retaguardia.

Me abanico con la mano mientras voy a la cocina.

Capítulo 35

JOSÉ

Llevamos una hora en el coche. Hemos hablado un poco de todo y de nada, temas superficiales que no nos crean tensión. Le agradezco a Noa su comportamiento, que sea una amiga para mí y que me permita entrar en su mundo. Tengo un poco de miedo por conocer a su familia porque no sé qué me voy a encontrar, cómo me van a acoger, cómo me va a presentar... Pero lo que más miedo me da es la incertidumbre sobre el punto en el que se encuentra nuestra relación, no sé si llegará a algo o la cagaré.

Gracias a este cambio de escenario, consigo desconectar en parte mi cerebro. Intento no darle vueltas a lo ocurrido y disfrutar del nuevo camino que se extiende ante mí. A pesar de que estoy más tranquilo, mi mente va una y otra vez a lo ocurrido, aunque intento por todos los medios no caer en el autocastigo. Lo que hice estuvo mal, muy mal y más teniendo a Noa a mi lado. Tampoco es que tuviéramos nada ni hubiéramos hablado nada sobre la exclusividad, pero sé que era así aunque no lo dijéramos. Tengo que aprender a relativizar lo que he hecho. ¿Está mal? Sí. ¿Me siento culpable? Mucho. ¿Puedo hacer algo para sentirme mejor? Claro, no volver a repetirlo.

Observo a Noa, está preciosa con su pelo corto alborotado por culpa del aire que entra por las ventanillas, risueña y feliz. No sé cómo he podido tener tanta suerte, no me canso de repetírmelo. Jamás pensé que ella me daría otra oportunidad y, por supuesto, jamás imaginé que podría enamorarme tan rápido y de una manera tan brutal de una total desconocida.

Ha puesto la radio de fondo y de vez en cuando suena alguna música que llama su atención y sube el volumen cantando a voz en grito. Incluso me ha coaccionado para que cante con ella. Con la vergüenza que me da. Mi carácter estirado y vergonzoso ha quedado atrás y nos hemos puesto a cantar como dos locos. Me hace muy feliz. Me planteo cosas que jamás había pensado.

Se divisa a lo lejos una extensión de terreno con una edificación cerca de la entrada. La casa está rodeada por otras estancias, lo que parece un granero y varios cercados para el ganado. No es espectacular, pero sí parece espaciosa y hogareña. En la zona delantera hay un porche grande preparado para hacer

vida fuera. A pesar de ser verano, todo está lleno de vida y verde, y el olor golpea mis fosas nasales. Huele a vida.

Noa comienza a tocar el claxon como si pasara algo. La miro sorprendido y sonrío al ver la cara de cría que pone. Me mira y me explica que es un ritual que suele hacer para llamar la atención de su familia.

Empiezo a divisar cabelleras rojas e inevitablemente sonrío.

—¿Todos tenéis el pelo rojo?

—Todos no, pero casi. —Sonríe.

Me bajo del coche para abrir la cancela. Mientras ella entra con el coche, yo me quedo rezagado cerrándolas de nuevo y concediéndoles un rato para que se reencuentren. Los observo de lejos y siento un pellizco de envidia. Se los ve tan unidos.

Me aproximo despacio y Noa se gira cuando siente mi presencia, eso y que todos me miran con cara de sorpresa. Me parece que se le ha olvidado avisar de que venía y encima que venía acompañada.

—¿Y este muchacho tan guapo quién es? —pregunta una señora un poco más mayor que no tiene el pelo rojo. Debe ser la madre.

—Buenas tardes, soy José. —Le tiendo la mano que ella rechaza y me planta dos besos bien fuertes y sonoros.

—Nada de formalidades. Para una vez que tengo la posibilidad de besar a un muchacho tan guapo, hay que aprovecharla. —Todos estallan en risas y yo me pongo colorado de pies a cabeza.

Noa retoma las riendas de la conversación salvándome de sufrir más bochorno. Me va presentado al resto. Creo que no se ha dejado a nadie, o eso espero. Hasta los trabajadores de la explotación han venido a ver a Noa y, por ende, a conocerme a mí. Estoy algo abrumado por tantas atenciones, aunque me hacen sentir integrado. Nos hemos sentado en el porche, que es magnífico, y estamos tomando un aperitivo con algunas tapas. ¡Esto sí que es vida!

—Bueno, hija, y ¿vosotros sois amigos con derecho? —pregunta el padre.

Toda la cerveza que estaba en mi boca sale disparada. Menos mal que me ha dado tiempo a girarme hacia un hueco donde no había nadie sentado. Noa me da palmaditas en la espalda y me alienta con palabras cariñosas. Por mi parte, no sé qué decir ni cómo reaccionar.

—Sí, por ahora amigos con derecho y espero ser algo más en un futuro cercano. —Me mira mientras hace esa afirmación.

Yo me quedo helado y con la boca abierta.

—Pues en ese caso bienvenido a la familia, muchacho. Eres el primer novio que trae a casa. Mi hija se ha tomado su tiempo para escoger, y eso hay que celebrarlo.

Me siento muy halagado por sus palabras. Tengo unas ganas enormes de estar a solas con Noa y demostrarle lo importante que es esto para mí.

El padre se levanta y va a la cocina, aprovecho para agarrar la mano de Noa por debajo de la mesa. Ella me sonríe, como siempre. Cuando su padre vuelve, lo hace con una botella de vino sin etiqueta y con bastante polvo encima. La abre con veneración, imagino que es una cosecha propia importante.

—José, vas a tener el privilegio de beber vino de mi nacimiento —me dice Noa—. Te advierto que puede que no esté muy bueno —susurra.

—Nada que venga de tu familia o signifique algo para vosotros puede saber mal y si es de tu cumpleaños, estará riquísimo —contesto bajito. Se arrima a mí y me da un tierno beso en los labios.

Lo cierto es que el vino no se puede beber. Me lo he tragado sin paladearlo, qué cosa más horrorosa. Todos pensamos lo mismo porque a los cinco segundos lo están escupiendo y maldiciendo. Ha sido el centro de todas las conversaciones y chanzas del resto de la velada.

Son personas muy agradables, siempre tienen en cuenta mis opiniones y mi criterio. La comida de la madre de Noa es exquisita y me trata como si fuera mi madre. Más de una vez ha venido a abrazarme y todo. Creo que le gusto. Tengo enamoradas a la madre y a la hija. ¡Soy irresistible!

Por la noche sus padres han permitido que durmamos juntos en la misma habitación, dudo que otras personas de su edad sean tan comprensivas. Les doy las gracias, porque me han permitido disfrutar de la compañía de Noa de una manera tranquila y cariñosa. No hemos vuelto a hacer el amor, pero sí nos hemos acariciado despacio sintiéndonos. Nos hemos besado con reverencia y reconocido en cada nueva caricia. Hemos hablado mucho, muchísimo, sobre todo, en esos largos paseos que hemos dado a lo largo y ancho de la finca. Jamás pensé que sería capaz de confiar tanto en una persona.

Anoche sentí la necesidad de sincerarme del todo. Me siento tan esperanzado por esto que tenemos que quiero que sepa dónde se está metiendo y que comprenda qué me hizo mi madrastra y por qué estoy tan

tocado por su culpa. No me sentiré tranquilo hasta que me sincere, siento que se lo debo.

Le conté lo que pasó cuando iba a cumplir los dieciocho. Un año después de que me corriera en los pantalones viendo cómo ella se tocaba, sucedió todo. Era un viernes por la noche y había salido a celebrar mi cumpleaños con mis amigos porque al día siguiente no podía. Mi padre, como no, había orquestado una fiesta de cumpleaños bastante mediática para impulsar su carrera. Qué mejor excusa que la mayoría de edad de su único hijo.

Llegué a casa un poco antes de las doce. Me había bebido un par de copas, pero solo estaba achispado. Me fui a mi cuarto, me lavé los dientes y me puse el pantalón del pijama, hacía mucho calor. Me tumbé en la cama y el olor de Carmen me invadió de nuevo, decidí regalarme una satisfacción porque pronto dejaría de verla todos los días.

Comencé a tocarme despacio, quería disfrutarlo por una vez, pasando mis manos lentamente por mi pene, acariciando mis testículos y mis muslos. Poco a poco, se me puso dura y seguí con mis lánguidos movimientos. Cerré los ojos disfrutando del placer, que por una vez no me resultaba doloroso. Una ráfaga de luz me hizo abrir los ojos. Ante mí se recortaba una figura que reconocí al instante, luego llegó su intenso olor. Cerró la puerta tras entrar y encendió la luz de la mesilla de noche. La odié por eso, por hacerme ver quién era y por lo que siguió después.

Llevaba un camisón de raso de tirantas. Lo dejó caer por sus hombros hasta quedar totalmente desnuda ante mí. Apreté la mandíbula y tragué saliva. Lo que tanto quería se iba a producir, pero... ¿de verdad podría tener relaciones con mi madrastra?

Ella no mostraba ni un poco de reparo en lo que iba a hacer.

—Estaba esperándote, ya son las doce y vengo a darte tu regalo de mayoría de edad —ronroneó sonriendo de forma lasciva.

No contesté. No hacía falta, ella sabía que podía hacer lo que quisiera. Recorrió mi pecho con sus largas uñas arañando y pellizcando mis pezones, torturándolos. Bajó hasta la cinturilla de mi pantalón y fue desplazándolo hasta dejar toda mi erección al descubierto. Yo temblaba, no sé si de deseo o de miedo.

—¿Todo eso tenías escondido, cariño?

Se relamió y la asió con la mano. Un jadeo escapó de mi traicionera boca. Cerré los ojos con fuerza disfrutando del contacto y a la vez odiándome por

quererlo. Mis manos quemaban por tocarla, mis labios ardían por besarla y mi pene pulsaba en cada caricia por poseerla, introducirse en su cuerpo y al fin cumplir mi mayor anhelo. Su pecho redondo y perfecto apareció en mi campo de visión. Relamiéndome de deseo, alargué una mano, pero solo pude rozarlo con la yema de los dedos. Ella me frenó en seco.

—Si me tocas, pararé.

Bajé la mano resignado y frustrado. Siguió masajeándome el pene, apretándome los testículos y rozando sus tentadores pechos contra mi torso y mi piel, pero sin dejarme tocarla como yo deseaba. Estaba casi a punto de estallar. Me retorcía intentando contener los escalofríos que me recorrían. Ella notó cómo me tensaba y retiró su tacto. La miré desconcertado.

—No pongas esa cara. Todo llegará, ten paciencia, pequeño —dijo riéndose—. Siéntate en la cama —ordenó—. Si te tocas, pararé y si te corres, me iré y esto no se repetirá nunca más. Debes seguir las reglas como un niño bueno.

La observé, parecía un ángel, tan perfecta... Creo que estaba en un estado irracional, no me importaba nada que no fuera ella. Sentía una devoción total, habría hecho todo lo que me hubiera pedido. En aquel momento, no tenía otro objetivo que su cariño y su amor.

Ella se acomodó en la silla de escritorio reclinándola un poco hacia atrás. Lentamente, subió sus largas y bonitas piernas a los brazos desplazando su culo hacia adelante. La postura era muy, muy erótica, rozando lo ordinario. Desde mi perspectiva podía verlo absolutamente todo. Su sexo brillante y abierto y mi deseo creciente e imposible. Quería tomarla allí, en esa postura. Olvidarme de sus restricciones y metérsela en esa imposible posición hasta que gritara mi nombre, pero me había pedido que no lo hiciera y yo quería complacerla.

Comenzó a tocarse despacio, con sus largos dedos y sus arregladas uñas pintadas de rojo. Mis ojos no podían abrirse más. Mis manos instintivamente se desplazaron por mi cuerpo camino de mi desesperado miembro. Ella me advirtió y las cerré en un puño aguantándome las ganas. Unas gotas de líquido preseminal coronaban mi pene y el sudor se expandió por mi cuerpo en apenas segundos.

No paraba de jugar con su sexo sin apartar sus ojos de los míos, provocándome y gimiendo con cada movimiento. Estaba al borde y yo con ella. Mi pene palpitaba con cada roce que se daba. Era una tortura e intuía

que no iba a ganar. Finalmente, se corrió con un grito intenso y profundo y sus fluidos resbalaron por la silla. No pude evitarlo... me corrí maldiciendo. Fue un orgasmo amargo y doloroso, mi cuerpo iba por un lado y mi cabeza intentaba ir por otro. Observé a través de mi neblina cómo ella se levantaba de la silla y caminaba hacia mí.

—Veo que has decidido que el juego finalice aquí. Feliz cumpleaños, cariño. —Me dio un delicado beso en los labios y recogió su camisón.

—Por favor, quédate conmigo —le pedí desesperado—. Por favor, te lo suplico. No te vayas —rogué perdiendo cualquier rastro de dignidad que me quedara.

No se giró. Salió de mi habitación sin titubear.

No dormí nada esa noche. Me odié por todo lo que había ocurrido. Por sucumbir, por suplicar, por la humillación, porque ella no me quería... Lloré toda la noche, incapaz de racionalizar lo que había sucedido. Por la mañana, me marché de casa para no volver.

Noa me escuchó tranquila mostrándome su apoyo, a pesar de la sórdida situación. Me abrazó fuerte sin compadecerse y hablamos sobre los sentimientos que experimenté en aquel momento y a lo largo de todo el tiempo que mi madrastra me manipuló. Cada día y con cada gesto que tiene hacia mí me enamoro un poco más de esta mujer tan sorprendente. Le agradezco al ente, Dios o destino que la haya colocado en mi camino.

Capítulo 36

FIFI

Estos días sin José están siendo de lo más aburridos. Pero claro, yo no puedo estar tranquila sin hacer nada. Gracias a la boda de Carlos y Helena, hay bastante movimiento. Ya tienen localizado el *catering* y el sitio donde lo van a celebrar. Han pedido una licencia al ayuntamiento y van a instalar unas carpas en los aparcamientos que están al lado de los apartamentos. Me encanta la idea. La ceremonia de la boda se hará en la arena con el mar de fondo y la fiesta, justo al lado.

Los nuevos vecinos están contentísimos porque también han sido invitados. Carlos y Helena siguen con la costumbre de sacar unas mesas al patio. Al principio solo cenaban ellos con Noa, pero poco a poco se han ido incorporando los demás y lo hacen al menos una vez a la semana. Cada vecino saca algo para comer y se relacionan. Helena y Carlos han hecho muy buenas migas con Sonia y su marido, y, por supuesto, con Luna, que hace las delicias de todos. El señor Adolfo participa todos los días, menos el que tiene reservado para ver su película, cosa que agradezco porque podemos estar un ratito a solas. Alicia solo se acerca a veces, está muy ocupada con su empresa y me temo que tampoco está bien de ánimo. El único que no se deja ver casi nunca es Alex, él va a su bola. Va para allá y para acá y solo saluda al pasar o le hace una gracia a Luna. Pero mira con curiosidad, un día de estos se unirá también.

Las obras van estupendamente. La chica que ha venido a sustituir a Noa es preciosa, no tanto como Noa, claro, pero sí mucho, y además muy competente. Calculan que para después de la boda posiblemente esté todo listo. Ya me estoy poniendo nerviosa.

Han decidido que van a contratar a alguien para que ocupe el apartamento de la portería. La oferta está muy bien. Pagarán un pequeño sueldo por los trabajos de mantenimiento generales que puedan surgir y la casa se dejará en usufructo mientras permanezcan desempeñando las funciones.

Han presentado un montón de solicitudes. Una ha llamado especialmente mi atención. Se trata de un matrimonio de color de mediana edad con una hija jovencita, le calculo unos veintidós o veintitrés años. Parecen personas

sencillas y entregadas. Tengo un pálpito con ellos, a ver qué se me ocurre para que los elijan.

Respecto a Vodka, lo tengo como pollo sin cabeza. Parece que no tenga una misión en la vida y fíjate que lo entiendo. Carlos y Helena, juntos y felices; José y Noa sin estar enredando por aquí, a ella le ha cogido muchísimo cariño; y Alicia sigue con su particular duelo y no se está relacionando mucho con el resto. Va a ser mi siguiente objetivo. A ver si estos dos definen del todo su relación, se casa mi hijo y terminan los apartamentos. Luego, tendré todo el tiempo del mundo para ayudar a Alicia, ella también necesita una temporada para reencontrarse y que sane su corazón. Vodka tendrá un nuevo aliciente que evitará que se deprima.

Capítulo 37

NOA

La vida en el campo tiene un montón de posibilidades y redescubrirlas con José es una gozada. Le he enseñado a ver a los animales bajo otra perspectiva, incluso el otro día ayudamos a mi padre con el nacimiento de un ternero. ¡Qué bonita es la vida!

Han sido días fantásticos, nunca los olvidaré. Mañana nos toca volver a casa, a la rutina. José me ha sorprendido al sincerarse del todo. La historia con la arpía de su madre me ha dejado tocada. Me parece muy fuerte lo que le hizo al pobre muchacho. Tengo unas ganas tremendas de cruzarle la cara y decirle que deje de acosarlo. Estos días me han hecho empatizar aún más con él. Casi puedo comprender sus reacciones, aunque eso hay que vivirlo. Camino por el pasillo hasta el porche donde está sentado y lo escucho hablando por el móvil. Debe ser su hermana, él siempre tiene un gesto diferente cuando habla con ella. Sonrío y me acomodo en el quicio de la puerta observándolo.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —Coloca el manos libres y me mira sonriendo.

—Bien, aunque como siempre te echo de menos. Me ha dicho mamá que te has ido de la ciudad para no verme —dice cohibida, casi susurrando la última parte.

—No, por supuesto que no me he ido por eso. Jana, sabes que te quiero mucho y jamás haría algo parecido. Me he ido de la ciudad porque necesitaba desconectar un poco, pero nada que ver contigo. —Intenta que su voz suene tranquila y que transmita seguridad.

—Ya sabía yo que no podías hacerme eso. ¿Con quién estás?

—Con Noa y su familia.

—¿Sois novios?

—Lo somos. —Es la primera vez que lo dice abiertamente. Levanta la mirada y me sonrío de nuevo de una manera adorable. Me hace un gesto para que me siente en sus rodillas. Lo hago gustosa.

—Me gusta Noa. ¿Vendréis a verme cuando vuelvas del viaje?

—Yo al menos si iré a verte, no sé qué planes tendrá ella, pero intentaré

convencerla. —Mientras dice esto acaricia la piel de mis piernas deslizando sus manos hasta casi llegar a mi sexo.

Su hermana sigue contándole cómo van las cosas por casa. No hace alusión a Carmen, menos mal. José no ha parado de acariciarme. Le doy pequeños besitos en el cuello y deslizo las manos por su cintura y su torso. La cosa se está poniendo algo calentita. Tengo muchísimas ganas de estar con él. No nos acostamos desde hace puff... ni me acuerdo.

—Jana, tengo que dejarte, ha surgido un imprevisto. Cuando llegue a la ciudad te aviso. —Ella se despide con un beso y cuelga automáticamente.

—Creo que deberíamos subir a la habitación —le susurro a José.

Él se pone de pie levantándose en el proceso. Lo cojo de la mano y lo arrastro hacia mi dormitorio. Por suerte no nos cruzamos con mis padres, porque no estoy para muchas conversaciones.

—Debemos ser muy silenciosos —le susurro dándole ligeros besos en la boca.

—Lo voy a intentar, pero no prometo nada —replica entrecortadamente.

∞∞∞∞

He retomado la dirección de la obra. Reconozco que Sara lo ha hecho muy bien, me gusta cómo trabaja. Observo los avances y nos queda realmente muy poquito, terminaremos pronto. La piscina está alicatada y lista para ser limpiada y puesta en funcionamiento.

Ayer fui con Helena a comprar el traje de novia y nos lo pasamos muy bien. Se ha convertido en una hermana para mí. Sabía que iba a pasar esto, casi lo intuía desde que la conocí, pero ahora puedo afirmarlo. Su traje es sencillo y precioso, le queda perfecto. Alicia también vino con nosotras y se echó a llorar cuando la vio. Casi lloro hasta yo, y mira que soy dura.

Como Alicia va a ser la madrina de Carlos, aprovechamos para buscar también su ropa. Elegimos un vestido color granate, recto con tirantas, que parece lencería. A esta chica todo le sienta estupendamente y el granate con su largo pelo rubio y su cremoso tono de piel se ve fantástico. Le da un cierto aspecto gótico de lo más interesante.

Respecto a mí, he escogido una blusa de seda blanca casi transparente y una falda larga azul Klein. Como soy muy menuda y necesito un poco de altura adicional, me he comprado unos zapatos con un tacón enorme que voy a tener que ponerme durante al menos una semana para aprender a

manejarlos. Incluso podré igualar la altura de José.

Aunque José me dijo que no me preocupara por su ropa, que él se encargaría, me ha sido imposible no comprarle una corbata preciosa del mismo tono que mi falda. Espero que le guste.

Nuestra relación solo ha crecido desde que volvimos. Él parece relajado y siempre está pendiente de mí. No vivimos juntos porque considero que necesitamos tener un tiempo de rodaje, pero hacemos vida juntos en su casa o en la mía y cuando estamos con los demás, en estas cenas de todos los inquilinos que se están volviendo tradición, siempre estamos juntos y comportándonos como una pareja, con sus arrumacos, sus besos robados y sus carantoñas. Me siento feliz y contenta de lo que he encontrado, y no siento ningún rencor hacia él. Muchas personas pensarían que debería odiarlo o poner distancia por lo que hizo con Carmen, pero yo no soy así, no puedo alejarme de una persona a la que quiero y que sé que merece la pena. A veces nuestras elecciones parecen irracionales a ojos de otros. Para José lo que ocurrió supuso una liberación, así lo entiendo y así me lo demuestra día a día. Ha tenido la suerte de volver a coincidir con ella, y no sé si verdaderamente se está quitando de en medio y ha comprendido que no tiene posibilidades con él, o está esperando el momento oportuno para contraatacar. Más me inclino por lo segundo. No la veo de las que lo dejan pasar.

Estamos en el patio preparando las mesas para hacer una de esas famosas cenas. Faltan exactamente dos días para la boda y, aparte de los nervios lógicos, todo lo demás está listo. Los chicos están en la cocina junto con Alicia, creo que se escaquean de hacer cosas. Por hoy, se lo dejaremos pasar.

—Noa, tengo que decirte algo y espero que no te moleste —me dice Helena con un cierto miedo. Eso hace que me ponga alerta.

—¿Tengo que sentarme?

—Quizá sí. La verdad es que no sé cómo están las cosas, intuyo que parte del comportamiento de José de hace unos años era por culpa de su padre. No quiero saber qué pasó, pero sí debo decirte que me he visto obligada a invitarlos a la boda. Jana debe estar con su hermano y con nosotros. —Helena se acerca a mí y me coge las manos—. Lo siento, no han permitido que venga ella sola.

Trago saliva asimilando la información. Sabía que este momento se iba a producir, que el encuentro con su madrastra sería un día u otro, pero no quiero que nos amarguen la boda.

—Dime algo. Puedo llamarlos y retirar la invitación. Vosotros siempre iréis primero —me dice buscando mi mirada.

Escucho murmullos acercándose, los chicos se han dignado a salir para ayudar.

—No te preocupes, solo me ha sorprendido, pero todo está bien. — Procuero sonreír para afianzar mis palabras.

A los pocos segundos llegan el resto de los inquilinos acompañados por el precioso Vodka, que se tumba siempre a mis pies. ¿Será porque lo soborno? Como siempre, aquello se convierte en una algarabía de charlas, confesiones, cariño y muchas risas.

Recogemos la cocina y José nota que sucede algo. Esquivo su mirada escrutadora, luego se lo contaré. Cuando llegamos a su casa —parece que hoy toca su apartamento—, nos desnudamos con parsimonia.

—¿Qué te ha pasado en la cena?

—Helena me ha dicho que tu padre viene a la boda —le suelto a bocajarro. Para qué andarme con tonterías, no hay manera fácil de decírselo.

José se ha quedado muy callado, eso no es una buena señal. Ahora mismo necesito que se muestre seguro, sin ningún resquicio.

—Sabíamos que esto iba a suceder tarde o temprano. No te preocupes, confía en nosotros —dice al fin.

Lo miro a los ojos y no veo duda. Los veo limpios y sinceros. Me acerco y le doy un beso lento, haciendo que sienta cada célula de mi ser. Eso es suficiente para que reaccione y masajee mis pechos. Conoce cada recoveco de mí, y lo mejor es que sabe lo que necesito y cómo lo necesito en cada momento. Hoy está en plan mandón y lo dejo, hay mucha noche. Por ahora que sea como él quiera, ya me desquitaré. Me gira colocándome de lado y encaja su erección entre mis piernas. Me muerde el cuello mientras juguetea con mis pezones y desliza su mano hacia mi clítoris. No tengo mucho margen de movimiento, así que solo disfruto de lo que me hace. Levanta mi pierna y poco a poco se introduce en mi cuerpo haciéndome sentirlo enteramente. Suspiramos casi a la vez cuando lo acojo. Empuja con vigor y sigue estimulándome sin parar de mordirme el cuello, la oreja, de lamermme y de jadear sobre mi piel. Estoy casi al borde, sus acometidas son más erráticas y sé que se está conteniendo para que yo llegue antes. Aprieto mi pelvis estrangulando su erección y nos corremos con la última fricción.

Sale de mí, me giro y beso su preciosa boca.

—Te quiero, Noa. No permitiré que nada interfiera en lo que tenemos.
—Más te vale, porque me harías mucho daño.
Nos damos una ducha y nos quedamos dormidos agotados.

Capítulo 38

JOSÉ

¡La boda! Estos últimos días se me han hecho eternos. La noticia de que mi padre y, sobre todo, mi madrastra van a venir me ha trastocado. Mis sentimientos hacia Noa son profundos y tengo muy claro qué y a quién quiero en mi vida, pero no me fío de lo que mi madrastra pueda hacer. La veo capaz de cualquier cosa y eso me preocupa.

Nuestra relación ha crecido muchísimo en este tiempo. Es una de las personas más maravillosas que he tenido el placer de conocer. Comprensiva, cariñosa, inteligente y con una belleza poco común que me tiene loco. Gracias a ella estoy aprendiendo a superar muchas cosas de mi pasado.

Esta mañana muy temprano se ha ido a su casa a arreglarse allí. Ha alegado que mi presencia la distrae. Coincido. Con lo nervioso que estoy, me hubiera venido bien tener un poco de sexo sobre la encimera del baño. Ella se lo pierde y yo, también.

Llevamos días con los preparativos finales, pero ayer fue la locura máxima. Hemos puesto una pasarela de madera desde el lugar de la fiesta hasta el altar efímero de la playa, así los invitados no se ensuciarán sus bonitos zapatos.

El encargado de officiar la ceremonia será un juez muy reputado de la ciudad, un antiguo amigo de Fifi. Estamos muy contentos de que sea él. Fifi hubiera estado de acuerdo con nuestra elección.

La zona de la celebración está compuesta por dos grandes carpas. El personal del *catering* ha colocado en una de ellas la barra para las bebidas y todos los elementos que necesitan, y en la otra se han diseminado las diferentes mesas para los invitados. En una zona más elevada y ligeramente separada, aunque más integrada que en otras bodas a las que he asistido, está la mesa de Carlos y Helena con los padres de esta y la familia más cercana. La única pega que puedo ponerle a toda la disposición son los aseos. Para no poner de esos prefabricados tan horrorosos, han pedido un permiso especial al ayuntamiento y se usarán los que están instalados en la playa, pero están un poco alejados.

Ya llega la hora y toca ir a por la novia. Me sudan las manos, qué gran

responsabilidad llevarla al altar. Llamo a la puerta y me abre. Me quedo paralizado por lo guapa que está. Cojo su mano y le doy un beso cariñoso. A sus pies está Vodka con una pajarita blanca, no puedo evitar reírme y recordar a Fifi.

—A ella le hubiera gustado la pajarita de Vodka.

—Sí, siento que no esté con nosotros. La echo tanto de menos —me dice Helena poniéndose triste.

—¡Eh!, no, no. Hoy es un día alegre, debes estar contenta y feliz. Ella lo estaría y sabes que en cierta forma siempre está con nosotros. —Helena me mira de manera rara y asiente.

Una ráfaga de aire hace que ondee su vestido y ambos sonreímos. Me hace pasar, se repasa los ojos en el espejo de la entrada, respira un par de veces y me sonrío comunicándome sin palabras que está lista.

Salimos de casa y se agarra a mi brazo. Le hago un par de bromas de las mías para rebajar un poco el ambiente y parece que funciona. Todo el mundo está sentado a los lados del pasillo que lleva hacia el altar. No son muchos invitados, pero aun así intimidada. Carlos está en el arco observando el mar. Cuando encarrilamos el camino de madera, se gira presintiendo a Helena y la mira con intensidad. Estoy convencido de que no ve nada más.

Vodka ha decidido abrir la comitiva y camina muy erguido delante de nosotros acaparando las miradas de los invitados, las cuales oscilan entre el pequeño perro y la belleza de Helena.

Conteniendo mis nervios, busco a Noa con la mirada. Está escorada justo en el lado contrario a mi familia. Aunque sonrío con ternura, su semblante es serio. ¿Habrà pasado algo? Me pongo aún más nervioso y casi trastabillo. Helena aprieta mi brazo y me susurra que me relaje. Será posible que la que tiene los nervios más templados es la novia...

Dejo a Helena al lado de Carlos y me coloco en el lugar que me corresponde. Vodka se sienta plàcidamente a los pies del juez. ¡Es un personaje! Alicia está muy emocionada. Busco de nuevo la mirada de Noa, pero ella me rehúye, parece muy concentrada en la ceremonia. Siento que es una pose, ya conozco sus expresiones.

Reviso a los invitados y encuentro muchas caras conocidas sonrientes y felices. Los padres de Helena están en primera fila visiblemente emocionados. Mi hermana gesticula e intenta llamar mi atención. No quería mirar hacia ella para no tener que ver a mi padre y a Carmen. Mi padre, como

siempre, está serio y con un semblante frío, ajeno a todo, y Carmen me observa directamente a mí, provocándome. Aparto la mirada y vuelvo a buscar a Noa, que está frunciendo el ceño. ¡Mierda! No quiero que malinterprete mis gestos, no deseo ningún malentendido.

Me dejo de tonterías y miro a los novios. Al verlos juntos, pienso en que aún existe la esperanza para el ser humano. Carlos se atasca en el «Sí, quiero». Por suerte, Vodka da un par de saltos sobre su pierna y lo saca de su ensimismamiento. El chucho ha estado ágil ahí, ya me veía yendo a darle un codazo. Luego ha vuelto a su posición inicial totalmente tranquilo y moviendo su cabeza de un novio a otro, como si asistiera a un torneo de *ping-pong*. No nos llevamos muy bien, pero reconozco que el chucho tiene su punto.

Al fin termina la boda. Después de los besos de rigor y de felicitaciones varias, camino hacia Noa. Intenta esquivarme, aunque la intercepto.

—Noa, ¿va todo bien?

—Sí, hay que llevar a los invitados al convite.

—No, es pronto. ¿Me cuentas qué te pasa? —le ruego.

—No es nada. Tu madrastra y tu padre ya se han encargado de ponerme en mi lugar. —Hace un gesto de fastidio—. Estoy bien, no tienes que preocuparte por nada.

—Eso es porque estás preciosa y les ha dado envidia. —La hago sonreír—. Dime qué ha pasado, por favor —insisto apartándola un poco hacia una esquina.

—Nada con lo que no pudiera, aunque me ha dejado mal cuerpo porque no era necesario.

—Sabías que esto iba a pasar. Por favor, cuéntame concretamente qué ha ocurrido para poder estar prevenido.

—Tu madrastra me ha presentado a tu padre como la nueva querida de su hijo. Y tu padre me ha mirado de arriba abajo como si examinara a una yegua. —No puedo evitar sonreír. Noa me da un leve codazo.

—Lo siento. —Cambio el semblante—. Y tú ¿qué les has contestado?

—A ella que sí, que soy tu querida porque me quieres mucho, incluso demasiado. Y a tu padre le pregunté qué opinaba sobre el gusto de su hijo.

Estallo en carcajadas y las personas que nos rodean nos miran extrañados buscando lo que nos ha hecho tanta gracia.

—Eres increíble. La cara de Carmen me la puedo imaginar, no así la de

mi «expresivo» padre. ¿Te ha dedicado una mirada condescendiente y ha desaparecido?

—Eso mismo. Perfecto porque así nos relajamos los dos. Siento que sea tu padre, de verdad, pero no voy a dejarle pasar ni una.

Me acerco a ella y le doy un lento beso en sus preciosos labios mordiendo esa peca que me vuelve loquísimo.

Más relajados, vamos a hablar con la parejita para darles nuestros mejores deseos y luego nos mezclamos con los invitados. Alicia necesita un poco de apoyo, esta mañana estaba muy nerviosa. Me ha llamado atacada, no se veía capaz de llevar a Carlos al altar. Después de un rato alabando sus virtudes, se ha serenado. Creo que ha llegado viva sin caerse ni nada porque no ha venido ninguna ambulancia.

Charlamos un rato y vamos saludando a diestro y siniestro. Alex, el futuro veterinario, va de un lado para otro sin encontrar con quién charlar. El muchacho es muy joven y no hay nadie de su edad. En un alarde de compasión, lo he incorporado a nuestra conversación. Es un chico callado y muy inteligente, se lleva muy bien con Sonia, parece ser que no habían interactuado mucho antes. El chico se ha puesto a jugar con Luna y han hecho buenas migas. Fantástico, todos salimos ganando: los padres han encontrado un niño apto, el joven tiene entretenimiento y todos estamos más tranquilos.

Helena y Carlos han ido a hacerse el reportaje fotográfico a la playa. Nos han pedido que dirijamos a los invitados al convite. Todos se agolpan en el tablón donde constan sus mesas y se van adentrando y sentando donde les corresponde.

Noa ha ido al baño con Alicia, qué oportunas. Andrés y yo estamos recibiendo a los invitados y solucionando sus dudas. Menos mal que son pocos, porque esto es bastante tedioso.

Finalmente, aparecen los novios y todos gritamos a la vez «¡Vivan los novios!». Agarro a Noa de la mano apretándola con fuerza, creo que ambos deseamos que la relación de los tortolitos salga bien y, por extensión, la nuestra.

Capítulo 39

NOA

El padre de José me ha hecho pasar un mal rato. Estoy convencida de que Carmen lo ha incitado y malmetido. Sabía que ese hombre iba a ser frío, aunque esperaba que me concediera un cierto margen, un poco de rodaje previo, pero no, ha ido a degüello. El tiro les ha salido por la culata, a los dos. Uno se cree el rey del mambo por ser político y la otra que por tener más dinero del que puede gastar, un cuerpo de infarto al que vestir con trajes de diseñadores famosos, unos apellidos compuestos y ser divina e ideal va a poder conmigo. Pues no, criarse con cuatro hermanos mucho más mayores ayuda a aprender a defenderse. Don José y Carmen son tal para cual, igual de absurdos y estirados. Nada que ver con sus hijos. Jana, después de la escenita de su padre, ha venido a darme dos besos y a ver cómo me encontraba. Al menos la chica ha sacado corazón. Siento un punto de lástima por la infancia que ha debido sufrir José, me ha quedado totalmente claro que nunca ha podido contar con ellos, aunque es afortunado por tener a los mejores amigos. A veces, es más familia la que se elige que la que se tiene por sangre.

Mi amor ha sido muy comprensivo cuando le he contado lo que ha pasado, incluso ha sonreído. Sabe que si me ladran me defiende. Me gusta más aún por eso. Por cierto, está guapísimo. Se ha puesto la corbata que le regalé, resalta aún más su atractivo. Estoy deseando que se termine la fiesta para que me haga un estriptis. Verlo con ese atuendo me ha hecho recordar cuando lo conocí, parece que hace mil siglos y apenas han sido unos meses. Cualquiera diría que se ha precipitado todo, pienso que las cosas buenas hay que aprovecharlas. Prefiero arriesgarme y vivir a malvivir a causa del miedo.

La ceremonia ha sido preciosa, con lo dura que soy y se me ha escapado más de una lagrimita. Carlos ha sido muy tierno cuando se ha quedado embobado mirando a Helena. Creo que los nervios le han jugado una mala pasada. ¡Forman una pareja genial! Los invitados están todos guapísimos y sonrientes. La celebración va a ser muy bonita y no voy a dejar que este encontronazo me la estropee.

Alicia también está preciosa con ese bonito traje granate que le queda como un guante. Me da la impresión de que no tardará en encontrar una

pareja que la haga feliz y que sea lo que necesita. Se lo merece.

Vodka está para comérselo. Ha hecho todo el pasillo delante de la novia con esos pasitos tan suyos. Al llegar a mi altura, me ha dedicado una mirada y un pequeño ladrido. Todos los invitados han estallado en carcajadas. Es un elemento de cuidado.

Los novios regresan del reportaje fotográfico y tomamos asiento. Nos han colocado en la mesa de preferencia. Se lo agradezco de corazón porque no podía imaginar pasar toda la boda al lado de los padres de José.

Entre risas y brindis varios, han ido desfilando ante nosotros un montón de ricos platos. Parezco una pelota por el ansía de probarlos todos. Misteriosamente se han deslizado algunas de esas exquisiteces hasta mis pies, Vodka estaba muy disgustado por este detalle. José me ha sonreído cómplice porque sabe perfectamente lo que he estado haciendo. Me encanta este chico.

El padre de José no me ha dedicado ni una mirada más. Su madrastra por el contrario no para de hacerlo, nos mira a José y a mí alternativamente, y me pone nerviosa. Aunque confíe en él y por supuesto en mí, es inevitable estar en tensión esperando a ver por dónde sale.

Llega el momento de los discursitos, es la parte más bochornosa. Alicia y José han querido dedicarles unas palabras a los tortolitos, lo han hecho a dúo y ha resultado muy emotivo. La pareja se ha mostrado muy feliz y agradecida. Parece que es un día agridulce porque todos echan mucho de menos a Fifi. He escuchado tantas anécdotas de esa mujer que me hubiera encantado conocerla. Mirando a los tres con perspectiva, forman una familia disfuncional bastante perfecta y creo que casi todo el mérito es de Fifi.

Lo peor de la noche, sin duda, es ir hasta los baños. No están lejos realmente, pero entre los tacones y las copas que llevamos encima, cada vez cuesta más trabajo.

Justo antes de la tarta José va a por una copa de champán, todos tenemos menos él. Veo que se para delante de su madrastra y que ella le tiende una copa. No se han dirigido ni la palabra. ¡Ese es mi chico! Sin concesiones. Vodka lo acompaña y ladra cuando José coge la copa, qué raro. No le doy importancia.

Tras el brindis, Carlos y Helena cortan la tarta y hacen la típica broma de mancharse la cara con merengue. Todos los asistentes estallamos en carcajadas. Luego hablan diferentes personas. A algunos no los conozco, entre ellos, algunos amigos de Fifi, como su abogado. Helena dedica palabras

amables para cada uno de los invitados, sin saltarse a nadie. Por último, Carlos nos agradece a todos la asistencia y secunda las palabras dichas antes por sus «hermanos», sobre todo, respecto a Fifi. Finalmente, hemos vitoreado a los novios.

∞∞∞∞

Por fin llega el momento de las copas. El momento tarta ha durado al menos una hora, comenzaba a desesperarme con tanta emotividad, pero ahora... ¡qué empiece la fiesta!

José se excusa alegando que está un poco mareado y se dirige al baño a refrescarse. Es raro porque no hemos bebido casi nada. Aprovecho para ir a por una copa para mí y buscar a las chicas, que se me han perdido.

Llevo un rato bailando, me he bebido mi copa y he pedido otra y José aún no ha regresado. Lo busco a mi alrededor y no lo veo por ninguna parte. Le mandé un mensaje y aún no ha respondido. Comienzo a preocuparme. Repaso con la mirada a los invitados y encuentro a Jana al lado de su padre. No me hace gracia acercarme a ella estando ese hombre tan cerca, pero todo sea por José, me digo. Me disculpo con las chicas y voy.

—Hola, preciosa.

—Hola, Noa. Que fiesta más chula, ¿verdad? —Su padre la reprende con la mirada—. Quiero decir que está todo muy bonito.

—Sí que está bonito. ¿Te lo estás pasando bien? —pregunto sonriéndole.

—Bueno... estoy un poco aburrída. —Agacha la mirada y su padre carraspea. Que señor más odioso.

—Mira, allí al lado de la tarta está Alex con el bebé, se llama Luna. Me parece que necesita ayuda porque sabe mucho de animales, pero poco de niños. —Jana me sonrío y sale disparada aprovechando la oportunidad.

Resulta que venía a preguntarle a ella y se ha marchado sin que lo hiciera.

—Estará contenta. Ahora mi hija se ensuciará e irá por ahí hecha un adefesio —me dice altivo.

—Es una niña, creo que el resto de las personas lo comprenderán —replico sarcástica.

—Quiero que sepa que no estoy conforme con la elección de mi hijo.

—Su hijo tampoco está muy conforme con la suya.

—Debería meterse en sus asuntos. —Se está poniendo nervioso y está subiendo el tono, pero no me va a amedrentar.

—Su hijo es mi asunto. Quizá más que suyo.

—¿Cómo se atreve?

—Mire, no quiero entrar en una lucha dialéctica sobre su hijo, no me parece que sea el día para hacerlo ni yo la persona adecuada. Esta conversación la debería tener con él. Se está perdiendo a una persona maravillosa y cuando se dé cuenta, será tarde.

Achina los ojos. Este hombre es un tiburón, pero estoy segura de que es muy inteligente y que alguna vez quiso a la madre de José e incluso a él.

—Y ahora, si me disculpa, voy a buscar a su hijo, que llevo un rato intentando encontrarlo.

—Si no le importa la compañía, también debo encontrar a mi mujer — responde rebajando el tono.

Empiezo a sentirme inquieta, no me gusta el mal palpito que estoy sintiendo. Se levanta una leve brisa que agita mi pelo haciéndome girar la cabeza hacia el sendero que da a los baños. Camino hacia allí seguida de cerca del padre de José. No hemos vuelto a hablar, mejor. No hay nadie por la zona, así que pienso que tampoco está aquí.

Pasamos primero por el baño de las chicas, nadie. Caminamos hacia el baño de los chicos y... no puedo creer lo que estoy viendo.

Capítulo 40

JOSÉ

Voy al baño para quitarme de en medio. El discurso de Carlos y Helena hablando de los amigos, de nosotros y de Fifi me ha emocionado. No quiero ponerme a llorar delante de todos los invitados y menos aún de mi padre, no le daré un motivo más para que justifique su opinión sobre mi carácter. Necesito un momento a solas. Además, estoy un poco mareado. Debe ser por el vino de la comida o quizá por el champán, aunque no recuerdo haber bebido tanto.

Para mi desgracia, justo al salir del baño me choco con Carmen. Se pone a hablarme y, a pesar de que insisto en que deberíamos volver a la fiesta, lleva un rato contándome una historia peregrina sobre mi padre, la casa, el dinero, sus amigos y un millón de cosas que no me interesan nada. Mientras ella me cuenta su película, a mi mente solo acude la imagen de la bella Noa. Está muy hermosa. La más llamativa de la fiesta con ese pelo rojo. Es pequeña, pero con un genio de mil demonios. A veces no sé dónde alberga todo ese carácter. Sin poder evitarlo sonrío, como casi siempre que pienso en Noa, y como casi siempre que estoy con mi madrastra ella malinterpreta mi acción.

Carmen se aproxima más a mí. Reculo hasta chocarme contra la pared de madera de los baños y, a tientas, busco la puerta. Mi plan era meterme dentro y cerrar, pero desafortunadamente fracaso. Ella entra conmigo antes de que consiga dejarla fuera.

—Carmen, por favor. Deberíamos volver a la fiesta, no me siento bien — le ruego.

—Ahora vamos, José. Nadie nos echará de menos. Para un rato que tenemos a solas... —Deja caer una de sus manos sobre mi pecho.

Mi mente me juega malas pasadas. He debido tomar algo que me ha sentado mal porque la voz de Carmen me parece hipnótica. Miro su boca e imito sus palabras abriendo y cerrando la mía.

Está guapísima. Lleva su negro pelo recogido en un moño con algunos mechones sueltos. Hay dos en particular que me molestan, uno está continuamente moviéndose sobre sus largas pestañas impidiéndome verle los

ojos. El otro parece surgir como por arte de magia desde detrás de su oreja y, como una fina serpiente, reptar por su despejado cuello hasta introducirse en su escote, impidiéndome intuir la longitud del mismo. Me gustaría averiguar si verdaderamente esa serpiente tiene cabeza o si muerde alguna tentadora zona.

Noto un leve cosquilleo en el cuello. Es agradable, que siga. Toda mi atención de pronto se centra en definir figuras en esas extrañas formas que hacen los nudos de la pared de madera. Me parece la cosa más fascinante del mundo, un inagotable lienzo al que mirar. Algo no va bien, no estoy pensando con claridad. Realmente, ahora mismo no me importa lo más mínimo.

La puerta del baño se abre llamando mi difusa atención. La bonita cara de Noa aparece ante mí, tiene el ceño fruncido. ¿Está enfadada?

—Noa, guapa. ¿Has venido a rescatarme? —le digo sonriendo.

Al principio su mirada parece triste, aunque tampoco estoy seguro. Una polilla acaba de entrar y vuela erráticamente hacia la luz, es mucho más interesante, así que la observo en su vuelo olvidándome de todo lo demás. Escucho su bonita voz y vuelvo a mirarla dejando a un lado a la interesante polilla muy a mi pesar. No me mira a mí, mira a Carmen, que me está agarrando por la cintura. ¿Por qué está aquí Carmen? ¿Por qué me agarra?

De pronto, la cara de mi padre surge de detrás de la espalda de Noa y se suma. ¡Bien, fiesta familiar!

—Papá, ¿has venido a darme las buenas noches?

Mi padre mira a Noa, luego a Carmen y finalmente me mira a mí.

—José, ¿qué está pasando? —Me parece que es Noa la que habla, pero con tanta gente no estoy muy seguro.

—Hola, preciosa —contesto por si acaso, no quiero que se enfade—. Estaba aquí observando cómo se expande la vida. ¿No crees que es maravilloso?

—¡José, no digas estupideces! —me grita mi padre. Esos gritos sí que los reconozco.

—Déjelo, ¿no ve que no está bien? Tú, ¿qué le has hecho?

—Nada, se encontraba mal y he venido a ayudarlo —dice Carmen como si no hubiera roto un plato. Suelto una carcajada, sé cuándo está actuando, son muchos años observándola.

—No crea nada, debería tener una charla con su mujer. Quizá se

sorpresa de la clase de persona que ha metido usted en su casa. ¡Haga el favor de elegir a su hijo por una vez en su egoísta vida! —Las palabras de Noa hacen que mi cerebro se despeje un poco. La miro con adoración y ella me sonrío.

Mi padre me observa con una cierta tristeza. Escruta a mi madrastra como lo hacía conmigo y se me eriza la piel. Por la puerta asoma la cara sonriente de mi hermana y a sus pies está Vodka. Creo que hemos trasladado definitivamente la fiesta a los baños, se me antoja un lugar raro, pero... cualquier sitio es bueno.

—Hermanita, ¡ven aquí! —Me separo de Carmen y agarro a mi hermana del brazo

Ella, un poco desconcertada, nos mira a todos buscando una explicación.

—José, ven, vamos a casa un momento y así se la enseñamos a Jana.

Salgo del baño cautivado por Noa, le doy una mano a ella y la otra a mi hermana. Carmen hace el intento de agarrarme y Vodka emite un ladrido que la detiene. Se gira altivo y nos sigue muy de cerca.

Por el camino, alguien me ofrece una botella de agua que me bebo casi sin respirar. Noa se para a hablar con Carlos, creo que era él, pero ahora mismo me parece todo el mundo igual.

Llegamos a casa y me hace beber otra botella de agua, aunque ya no tengo sed. No sé dónde se ha metido mi hermana, creía que íbamos a enseñarle la casa, pero aquí no está. No pasa nada, otro día.

—José, vamos a darnos una ducha. Necesitas despejarte —me dice Noa arrastrándome por el pasillo.

—Contigo al fin del mundo. —Me pongo jugueteón y la arrincono contra la pared. Ella no para de reírse quitando mis manos de su cuerpo.

—No, solo la ducha, nada de sexo ahora —contesta más seria.

No comprendo nada, pero si se ha puesto seria, hay que hacerle caso. Entramos en el baño, acciona la ducha y mientras voy quitándome la ropa como puedo. No tengo mucho equilibrio ni mucho de nada, pero ella me ayuda, siempre me ayuda. Una vez desnudo, me da un pequeño empujón para meterme dentro. No sé cuánto tiempo permanezco debajo de la ducha, pero debe ser mucho porque estoy entumecido.

—¡Esto está muy frío!

—Solo un poco. Aguanta que cuando te despejes, lo vas a agradecer. —
¿Se está riendo?

—¡Joder, Noa! ¿Te gusta torturarme? ¿Qué hago aquí metido? —Mi cabeza comienza a palpar. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí. Estoy algo atontado.

Ella apaga la ducha y me tiende una toalla. Me seco mientras la interrogo con la mirada.

—¿No te acuerdas de nada?

—¡No! ¿Qué ha pasado? —pregunto. Me estoy poniendo nervioso.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—El discurso de Carlos. Me afectó y necesitaba ir al baño para despejarme. Recuerdo caminar hacia allí, pero no llegar. El resto está difuso. No me siento muy bien.

—¿Algo fuera de lo común? ¿Alguien te ha ofrecido algo o has cogido algo de algún desconocido?

—Que yo recuerde, no. —Mi grado de confusión es máximo—. ¿Qué he hecho, Noa?

—Por suerte, nada. Tranquilo, llegamos a tiempo.

Camino de un lado a otro como un tigre enjaulado. Noa me intercepta y me abraza fuerte. Me apoyo en ella recibiendo sus palabras de aliento.

—¡Eh! Cálmate. Ven conmigo, vas a comer algo y cuando te calmes un poco, te vas a vestir y vas a salir a acompañar a tu amigo en su boda. No vamos a dar un espectáculo. Terminemos la boda y aclaremos lo ocurrido.

Capítulo 41

NOA

Tengo una ligera sospecha de quién ha orquestado todo esto. Necesito confirmarlo antes de contarle algo a José, no quiero echar más leña al fuego. La imagen de Carmen ofreciéndole la copa de champán. Recuerdo el ladrido de Vodka y ahora pienso que era una advertencia. Verla sobre José en el baño ha terminado de confirmarme que se trataba de ella. Las imágenes martillean en mi mente. Me ha dado un susto tremendo. Al principio, pensé que se estaba liando con ella y se me cayó el mundo a los pies. Luego, noté que estaba totalmente ido. Me ha hecho hasta gracia ver su cara de lelo y las tonterías que decía. Cuando esto se solucione, se lo recordaré para hacerlo rabiar. He hecho lo primero que se me ha ocurrido para espabilarlo. La dosis que le ha dado no ha debido ser muy alta porque, aunque no está en plenas facultades, está muchísimo más lúcido.

Volvemos a la boda. Veo a Jana jugando con Luna y con Alex, menos mal que es joven aún y no se entera de mucho. Helena nos asalta preocupada.

—¿Qué ha pasado, José? Me han dicho que ha habido una pelea en los baños.

—Hasta donde yo sé, ha sido un malentendido. —Mejor respondo yo, que José aún está confuso.

—Carlos ha ido a ver qué pasa, pensaba que vosotros estabais allí porque no os encontraba por ningún sitio. Yo no he querido dejar solos a los invitados. —Helena mira nerviosa hacia los baños. ¡No es justo que pase todo esto el día de su boda!

—No te preocupes, nosotros nos acercamos y te mandamos a tu marido. —Sonrío y ella parece más calmada.

Agarro a José y vamos hacia los aseos, otra vez. En la puerta del de caballeros se encuentra Carlos con don José, Carmen y Alicia.

Nos acercamos y todos nos miran sorprendidos.

—¡Los que faltaban! —dice Carmen con fastidio.

—En tu situación, no deberías abrir la boca. —La que abre la boca totalmente soy yo al ver a don José contestarle así a Carmen.

—Vamos a hablar las cosas y no a montar escenas. Creo que os habéis

olvidado de que hoy es mi boda y se supone que debe ser un día feliz — contesta Carlos. Alicia emite una leve risita y le doy un codazo.

—Llevas razón, hemos dado el espectáculo. Pero no te preocupes, nos vamos ya —dice Carmen muy digna. Don José agarra el brazo de Carmen, que se suelta de malos modos y se dispone a marcharse.

—Me parece que de aquí no se va nadie —replico. Todos me miran sorprendidos—. Carlos, antes de nada, quiero pedirte disculpas por todo esto y también pedirte permiso para intentar aclarar este entuerto.

Iba a dejarlo pasar, pero si no frenamos ahora a esta mujer, no nos dejará en paz nunca.

—Disculpas aceptadas. Prosigue, si ayuda a que se resuelva, no hay mejor momento que este.

Los invitados que se aproximan al baño de caballeros son diligentemente desviados por Alicia hacia el de señoras. Todos miran intentando adivinar qué está pasando, ¡qué cotillas!

Carlos nos dirige hacia la zona de las duchas, es un lugar ligeramente apartado y nos da más intimidad.

—Gracias. —Miro a Carmen primero y a don José después—. Esta historia viene de lejos, pero esa parte no me compete a mí contarla. Solo quiero que conste que no ha sido un hecho aislado y esa mujer se ha dedicado a hacerle la vida imposible a su hijo. —José me mira un poco aturdido, pero asiente y eso me infunde fuerzas para continuar con mi alegato.

—¡Calla! ¿Qué intentas hacer? —salta Carmen totalmente fuera de sí, captando la atención de los demás.

—Te acusas sola. ¿Qué has hecho este tiempo que no hemos estado? ¿Has intentado persuadir a tu marido como solo tú sabes hacerlo? —Miro a don José, que abre los ojos sorprendido.

—Tú eres muy lista. ¡Desde el principio has querido quitarme a mi José! —grita histérica.

—¿Cómo que quitarte a «tu» José? —El padre la encara y ella se pone blanca como la cera.

—No, cariño, quiero decir que... quiere quitarme el cariño de mi hijo — replica melosa acercándose a él e intentando camelarlo.

—Padre, entiendo que no tengas en cuenta mis palabras, nunca las has tenido. Pero por una vez abre los ojos y mira la serpiente que tienes a tu lado. Si no lo haces por mí, hazlo por Jana.

Don José mira a su hijo y aprecia una ligera comprensión en sus ojos. Se queda callado durante unos instantes que parecen un mundo y Carmen aprovecha para seguir acercándose a él y engatusarlo.

Alicia y Carlos no saben dónde meterse. Comprenden como yo que es un asunto personal y que ellos no tienen nada que hacer en esta discusión.

—Con vuestro permiso, voy a volver con mi mujer. Debe estar preocupada.

—Y yo me voy contigo —apostilla Alicia.

Quiero aprovechar la coyuntura para marcharme, pero José aprieta fuerte mi mano impidiéndomelo.

Tras la marcha de Carlos y Alicia, don José se muestra aún más nervioso. Es la primera vez que veo a este hombre, pero, por lo que me ha contado José, no es de los que muestran sus sentimientos. Eso me da esperanzas de que gane la cordura.

—Hasta aquí hemos llegado, Carmen. No lo he hecho bien ni contigo ni con mis hijos, pero voy a empezar a solucionarlo.

—No tomes una decisión en caliente, ¿qué pasará con tu reelección? No puedes dejarme, ¿los vas a creer a ellos antes que a mí? —Carmen se arroja sobre él de forma desesperada. Desvío la mirada porque me da vergüenza ajena.

—¡Ya basta! Esto se ha terminado. ¡No vuelvas a casa! —Se gira terminando así la conversación.

—¡Pagarás por esto! ¡Te voy a arruinar! ¡No te va a quedar nada! —Don José ni se inmuta. Imagino que tendrá sus recursos y sus armas contra ella. Su recuperada seguridad es inquietante.

Carmen se recoloca el vestido y, tras tomar una gran bocanada de aire, camina altiva pasando por nuestro lado mirándonos con un odio infinito.

—¡Esto no va a quedar así! —nos susurra al pasar.

—Espero que no. —No sé cerrar el pico.

Los tres nos quedamos callados, nosotros viendo cómo desaparece esa mujer y don José mirando al infinito.

—Padre, siento todo esto. —José rompe el silencio.

Su padre se gira encarando a su hijo. Parece realmente apenado.

—No tienes que sentir nada, yo soy el culpable de esta situación. Pero ya lo hablaremos cuando los ánimos se calmen. Me disculpo en nombre de Carmen —dice escueto y tragándose su orgullo.

—De acuerdo, te tomo la palabra —contesta José un poco emocionado. Es la primera vez que su padre lo apoya en algo.

—Ahora, si me disculpáis, debo hablar con los novios y recoger a Jana.

Don José se marcha dejándonos al fin solos, sin saber cómo afrontar este cambio de actitud.

Nos miramos, ambos tenemos los ojos un poco brillantes. Estamos emocionados, demasiados acontecimientos a la vez. Nos fundimos en un fuerte abrazo. No soy consciente del tiempo que llevamos así cuando José lo rompe dándome un beso profundo lleno de pasión y de necesidad, cargado de anhelo y amor.

—Te quiero, Noa. No sé cómo darte las gracias por todo lo que aportas a mi vida. No puedo ser más afortunado.

—José, ambos lo somos. Siempre estaré contigo de una manera o de otra. Te quiero.

Nos besamos de nuevo sellando nuestros sentimientos. Finalizamos el beso al escuchar los cohetes. José se coloca a mi espalda abrazándome y observamos la belleza de los fuegos artificiales.

Capítulo 42

FIFI

Pues no ha ido tan mal la cosa. Las bodas no son bodas si no tienen un cotilleo o algún hecho memorable que te haga recordarla durante toda la vida. Casi llego tarde por culpa de mi novio, me he quedado viendo cómo se duchaba y se vestía. Concededme el margen de poder observar ya que no puedo tocar. He llegado a la boda justo cuando Helena caminaba hacia el altar. Está muy hermosa. El vestido es sencillo, con un corte debajo del pecho liso y vaporoso que me recuerda a un hada del bosque. El pelo lo lleva recogido con unas intrincadas trenzas y adornado con flores de colores que destacan sobre su oscuro pelo. José la ha llevado con dignidad, también está para comérselo. Es tan alto, tan fuerte y guapo que siempre resulta llamativo. Está claro que los aires de Noa le sientan de maravilla.

Mi hijo es todo un galán, más de una lo quisiera para sí, pero no, es de mi Helena, lo tiene bien atrapado. Sin poder evitarlo, me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. Me divierte ver cómo hace aspavientos quitándose un bicho que solo está en su imaginación. Cómo echo de menos hablar con él, tocarlo, abrazarlo, su risa... No sigo, que me pongo sentimental. Ya se me han saltado un par de lágrimas y no puedo permitirme distracciones.

La ceremonia ha sido preciosa a pesar del desplante de Carmen. No pasa nada, Noa puede con eso y con más. Todos los invitados están guapísimos y sonrientes. No son muchos, los necesarios y más allegados.

Me ha encantado ver al juez oficiando la ceremonia. Se nota que han pasado por él los años, en mis tiempos estaba de mejor ver. Me tiró los tejos entre mi primer matrimonio y el segundo, y no llegamos a nada porque yo no quise. El juez me lo hubiera dado todo, pero yo estaba muy desencantada con los hombres. Aun así, nos convertimos en muy buenos amigos. Me alegra que sea él el que los acompañe hoy, algo más de mi pasado.

En los brindis y con la tarta me he vuelto a emocionar con las palabras de todos ellos. Al final me voy a creer eso de que en cierta manera he marcado un poco sus vidas. Me gustaría pensar que todos dejamos una huella en los demás, aunque sea pequeñita. En definitiva, ha sido inefable. Pero basta ya de sentimentalismos, es un día dichoso y además tengo una misión.

Jana está muy guapa y ha crecido mucho, se convertirá en una linda muchacha. Me alegra saber que es una chica lista que no se deja manejar. Está jugando con Alex y Luna. Alex es otro elemento a tener en cuenta. Es muy joven, pero es un muchacho dulce que parece que se ha enderezado.

Alicia es harina de otro costal. Ha estado toda la boda desubicada, y mira que está con sus amigos. Sé que ella se alegra por Carlos y Helena, pero no es feliz y necesito que lo sea. Si lo consigo, podré descansar tranquila.

Lo peor sin duda ha sido el conflicto con Carmen y todo lo que se ha montado. La muy bellaca quería seducir a José y, en su desesperación por poseerlo, ha perdido la cabeza. Estoy orgullosa de cómo se ha resuelto todo y de la actuación de Noa y José. Ha sido divertido, aunque imagino que para ellos no mucho. Mis pequeñas intervenciones han ayudado un poco en la resolución. ¡Qué bien sienta ser útil!

Me quedo con lo positivo y es que don José, al menos, parece tener un poco en cuenta a su hijo. Me ha sorprendido muchísimo su actitud. Me parece que lleva algún tiempo pensando retomar la relación, pero no sabía cómo hacerlo. Arreglarán las cosas, estoy convencida de ello.

He dejado a los tortolitos en su casa celebrando la unión. Los demás invitados se han ido marchando a lo largo de la noche. Alicia hace rato que se despidió de todos. Han quedado en verse de nuevo en unos días para comentar la jugada, cuando todo se relaje.

Noa y José se han quedado al cargo hasta que se marchen los rezagados. El personal del *catering* está recogiendo todo y metiéndolo en los camiones. Noa se ha llevado a José casi arrastras a casa. Me gusta verlos contentos. Siento que al final los he criado con un cierto criterio a la hora de elegir a sus parejas, aunque necesiten algún que otro empujoncito.

Me apetece caminar un rato por la playa. Aunque no sienta la arena ni la brisa del mar, la visión de la enormidad del océano me calma y me aclara las ideas. Vodka me acompaña, mi fiel escudero siempre conmigo, pieza estelar en este dichoso día.

Capítulo 43

NOA

Como casi siempre que tengo un fin de semana intenso, la semana de trabajo se me hace eterna. Las obras no paran por nadie, hay un plazo que cumplir y esta no va a ser la primera obra que entregue fuera de plazo.

José y yo no hemos hablado del futuro. Es pronto para plantearnos estas cuestiones, pero mi trabajo aquí es finito, luego tendré que irme donde me manden. Debería sacar el tema cuanto antes. Ha sido un fin de semana tan intenso y estoy tan a gusto con José que no quiero que las cosas cambien.

Después de la boda nos acostamos y no nos levantamos hasta el mediodía siguiente. Estábamos muy cansados por la tensión, los nervios previos y todo lo ocurrido. El domingo lo dedicamos a hablar largo y tendido sobre cómo afrontar la nueva relación con su padre. José no sabe si perdonarlo del todo y partir de cero, como hicimos nosotros. Tiene muchas reticencias sobre sus intenciones. Ni siquiera se cree que vaya a dejar a Carmen. Yo lo vi muy decidido. El problema va a ser la custodia de Jana, esa mujer por fastidiar hará cualquier cosa.

También he estado hablando con mi madre. Le he contado por encima lo ocurrido y me ha felicitado. Creo que en el fondo se ha felicitado a sí misma por haber criado a una hija tan lista y con las ideas tan claras.

—¡Buenos días, preciosa! —me grita José.

Lo miro desde la grúa saludándolo con la mano. Veo cómo me hace señales mostrándome un café, si es que está en todo. Bajo a por el café, obvio.

—Hola. ¿Qué hace un chico tan guapo como tú en un sitio como este?

—Venía a ver a una chica preciosa que me han dicho que trabaja por aquí.

—Pues no sé, no conozco a ninguna.

Nos sonreímos y nos damos un ligero beso en los labios. Él me tiende el café y se lo agradezco con un beso prolongado.

—Me ha llamado mi padre. —Lo miro de forma interrogativa dándole otro sorbo al café y lo insto a que continúe—. Quiere que hablemos esta tarde.

Está nervioso, así que agarro su mano y le sonrío para reconfortarlo.

—Bien, es el primer paso. Todo va a salir bien, José, ya lo verás.

—No lo tengo tan claro. ¿Vendrás?

—No, esto es un asunto entre vosotros. Yo me quedaré en casa comiéndome las uñas. —Ambos sonreímos— ¿Te quedas un rato?

—No puedo, tengo la entrevista de trabajo, ¿no lo recuerdas?

—Cierto, disculpa, se me ha pasado. Esta noche celebraremos todas las cosas buenas que te van a pasar hoy y te compensaré por mi olvido —le susurro al oído dándole un ligero mordisco.

—¡Quieta! Si sigues así, no podré ir a ningún sitio. Me marcho antes de que sucumba a tus encantos.

Le doy un cachete en el culo cuando se gira y escucho su risa. Me encanta este hombre.

Me bebo lo que queda de café y me voy a lo mío, que falta me hace ponerme las pilas. Esta mañana Luis venía con ganas de cháchara y me ha estado contando cómo van las cosas por casa. No me molesta, para una vez que habla él. El problema es que vamos apurados, aunque un día es un día.

Estoy cansadísima, son las cinco de la tarde y aún no he comido. Llego a casa y José no está. Me ha llamado un par de veces, pero no he podido cogérselo. Me doy una ducha y me hago un bocadillo rápido. Lo llamo a ver si hay suerte y nada, no hay respuesta. Me hubiera gustado hablar con él después de la entrevista y antes de que viera a su padre. Entre unas cosas y otras, se me ha ido el santo al cielo.

Sin poder evitarlo, me quedo dormida en el sofá. No soy consciente del tiempo que he estado dormida cuando un golpe sordo me saca de mi placentero sueño. Miro la hora y son las once de la noche. ¿Cómo he podido dormir tanto? Miro el móvil y no hay ningún mensaje de José, tampoco llamadas. Me preocupo, debería haber vuelto ya.

Me visto rápidamente con unos pantalones cortos y una camiseta, y me peino el flequillo con los dedos intentando que quede más o menos presentable. Salgo al patio y, para mi sorpresa, todos mis amigos están sentados tomándose unas copas. José nota mi presencia y me dedica una mirada cariñosa. Respiro aliviada por verlo sano y feliz. Camino hacia ellos y todos me observan.

—¡Buenas noches! Veo que os estáis divirtiendo sin mí —les digo con cara de fastidio.

—Tu sí que te estabas divirtiendo en el sofá —replica José con una bonita sonrisa. Se la devuelvo quitando mi mala cara—. Ven aquí, siéntate conmigo, que tenemos muchas cosas que contarte.

Rodeo a Carlos y a Helena, que también me miran sonrientes. Alicia está en el otro extremo y también parece contenta. Me gusta verla así. Tiene unos ojos tan expresivos que cualquier cosa se refleja en ellos. Vodka, que estaba a los pies de Helena, viene a saludarme. Le hago un par de carantoñas y pongo esa voz tan estúpida que usamos cuando hablamos con animales o bebés. Cuando consigue su cuota, vuelve a los pies de Helena. ¡Qué interesado es!

Me siento sobre las rodillas de José y nos damos un pequeño beso cariñoso.

—¡Eh!, que corra el aire, que estáis en público —interviene Carlos.

—Tenemos muchas novedades que contarte. —Lo miro fija para que prosiga—. La entrevista de trabajo ha sido un éxito, o al menos eso creo. Buscaban a una persona con poca experiencia a la que formar según sus necesidades y sin vicios adquiridos, así que creo que me adapto al perfil que necesitan. Y a mí me han gustado sus condiciones. Me contestarán en un par de días, pero soy muy optimista.

Intento hacer memoria para saber cuál era la empresa con la que hacía la entrevista, no lo recuerdo. Quizá no me lo dijo o yo no le pregunté. Tengo que estar más atenta, la obra me tiene tan absorbida que no estoy reparando en los detalles y son muy importantes.

—Me alegro, felicidades. ¡Si es que eres el mejor!

—Y soy guapo, estoy fuerte y te doy todo lo que necesitas... —comenta pícaro.

—Estoy servida en todos los sentidos. —Nos damos un beso profundo y los demás comienzan a abuchearnos—. Venga, no os vais a escandalizar por un beso de nada. Con lo que nosotros os aguantamos a vosotros...

No ha sido un beso de nada, José se ha excitado y yo también. Desde el día antes de la boda no hemos tenido relaciones. El estrés, el cansancio, las preocupaciones y la falta de tiempo han influido mucho, pero, sobre todo, he querido darle espacio para que asuma la nueva relación con su padre, para que se recomponga, y él lo ha utilizado porque no ha habido acercamiento más allá de leves besos o juegos.

—Más novedades. ¿Qué tal con tu padre? —Esta pregunta me da miedo, aunque José está de buen humor.

—No ha ido mal. Estoy contento. Eso les comentaba a los demás. Mi padre se ha mostrado cercano. Me ha preguntado por mi vida y mis proyectos, sobre mis planes de futuro, sobre ti. Me ha dicho que puedo contar con él para lo que necesite. No lo haré, pero reconforta que me lo diga.

—Le decía que es un paso muy grande. Los veo asentando unas buenas bases —interviene Carlos.

—Yo pienso igual. Su padre se muestra receptivo y eso solo quiere decir una cosa: podremos disfrutar de la piscina en más ocasiones.

—¡Alicia, no seas interesada! —dice Helena entre risas.

Me gusta verlos contentos e interactuando de manera fluida. Definitivamente, son la familia que José necesitaba y si ahora se reconcilia con su padre, aunque yo no esté con él, estará siempre bien cuidado.

—¿Y tu madrastra?

—Parece que no va a interponer acciones. Mi padre, que es muy listo y un poco mafioso, tenía algunas imágenes guardadas de los escarceos de Carmen. Él no es ningún santo, le ha sido infiel en múltiples ocasiones, pero sabe cubrirse las espaldas. —A José se le ve ligeramente afectado por hablar de su madrastra. Se recompone y continúa—. Parece que han llegado a un acuerdo económico y sobre la custodia de Jana. Mi padre se hará cargo de ella hasta que pueda decidir por sí misma. Carmen podrá visitarla cuando quiera avisando previamente.

—Me alegro de que no lleguen a mayores. Hubiera sido largo y tedioso, además de que arruinaría la carrera de tu padre —interviene Helena.

—Sí, aunque mi padre me ha asegurado que va a dejar la política. Tiene dinero e inversiones suficientes como para vivir sin complicaciones. Ha decidido dejar la vida pública y dedicarse a cuidar de Jana y recuperar nuestra relación.

—¡Me parece fantástico, José! Me alegro muchísimo por ti. —Le doy un ligero beso en los labios y un fuerte abrazo—. ¿Contento?

—Mucho, y más por tenerte a mi lado.

Nos besamos de nuevo, no puedo corresponder a sus palabras porque no sé dónde estaré mañana y si podremos estar juntos. Necesito que hablemos de este tema cuanto antes.

—¡Idos a un motel! —grita Carlos. Todos estallamos en carcajadas.

—Tenemos una novedad más. —Helena se pone seria—. Hemos decidido quién va a ocuparse de los otros apartamentos. Después de mucho deliberar y

tras la insistencia de Vodka, pensamos que la familia Jaiteh es la más indicada. Parecen responsables y buenas personas, y tienen una hija adulta a la que conocimos el otro día que es un encanto. Están dispuestos a empezar en cuanto les digamos.

—Como todos estáis dando buenas noticias, va al hilo y ya que están presentes todas las partes interesadas, os cuento: en dos semanas tendréis los apartamentos listos. Esta semana se ultiman los interiores, y la siguiente limpieza y fin. —Les sonrío porque ninguno sabía exactamente cuándo terminarían. Para mí es un momento agrídulce, pero ellos estallan en carcajadas y brindan de nuevo.

—¡Fantástico! Esto marcha —comenta Alicia.

—¿A ti qué te pasa que estás de tan de buen humor? —le pregunto.

—Pues nada concreto. La vida es bonita, los apartamentos van bien, mis hermanos —mira a José y a Carlos— están felices y acompañados por unas mujeres maravillosas y... en menos de un mes pondré en marcha mi negocio.

La miramos con los ojos como platos. La reunión se convierte en una fiesta de besos, abrazos y brindis. Parece que todo nos sonrío.

Capítulo 44

JOSÉ

No me lo puedo creer, este día no hace más que mejorar. Me alegro por todas las novedades de esta noche. Fifi hubiera estado contentísima viéndonos felices. En cierta forma, siento que nos acompaña siempre. Ocurren demasiadas cosas «extrañas» a nuestro alrededor para achacarlo al azar. Me niego a pensar que no esté con nosotros. Supongo que será mi propio deseo de hacerla partícipe de nuestras alegrías.

Tras un par de copas ha sido inevitable no recordar las múltiples anécdotas que hemos vivido con Fifi, cómo nos reíamos con sus excentricidades y su peculiar forma de ser. Me hubiera encantado que Noa la hubiera conocido, se habrían llevado de maravilla. De alguna manera, tienen caracteres parecidos. Vodka estaba como loco dando saltitos y ladrando. Si no fuera imposible, diría que secundaba nuestras palabras.

Nos hemos ido a casa tarde entre unas cosas y otras, pero todos felices.

Noa está muy callada. Debe preocuparle algo. Ahora intentaré sonsacárselo por las buenas o por las malas. Tengo que hablar con ella sobre la conversación con mi padre y lo que le he contado de Carmen.

Nos lavamos los dientes, me pongo el pantalón del pijama y Noa el suyo, que más parece lencería que pijama. Parecemos un matrimonio que lleve años casados.

—He hablado de Carmen con mi padre.

Capto la atención de Noa. Se sienta en la cama, apoya su espalda en el cabecero y abre sus brazos y sus piernas para que recueste mi espalda sobre ella.

—Cuéntame. —Hace círculos sobre mi pecho poniéndome la piel de gallina.

—Se lo he contado todo. No he querido dejarme nada. Le he contado la relación que tenía con mi madre y la que Carmen fue generando con los años. Las cosas que hizo cuando era adolescente y las que sufrí cuando me convertí en adulto. —Noa intenta mantener un ritmo relajado con sus dedos, pero sé que le molesta lo que hizo mi madrastra porque sus movimientos se vuelven ligeramente más rápidos y erráticos.

—¿Le has contado que te acostaste con ella?

—Sí. Me ha costado. Para mi sorpresa, mi padre ha sido comprensivo. He llegado a pensar que es otro hombre, como en *La invasión de los ultracuerpos*. —Nos reímos por la alusión.

Noa agacha su rostro sobre el mío y me regala un beso lleno de amor y pasión. La saboreo despacio, necesito estar con ella. Desde el día de la boda no hemos hecho el amor, no porque no lo desee, sino porque he pensado que ella necesitaba tiempo para asimilarlo todo. Su entorno es tranquilo, con una familia estructurada llena de amor. El trajín de la mía ha podido afectarle. Hoy la necesito, la necesito mucho.

Profundizamos un poco más el beso e inevitablemente mi miembro se pone erecto manifestándose a través del fino pantalón del pijama. Noa alza la mirada descubriendo mi excitación.

Rodea mi cintura con sus piernas atrapándome en un abrazo doble. Mientras me distrae con el tórrido beso, desliza uno de sus pies hasta colocarlo sobre mi erección. Lo mueve magistralmente sobre mi pene haciéndome suspirar y anhelar estar dentro de ella.

No puedo aguantar más lo excitado que estoy. Me pongo de pie y me quito el pantalón dejando al descubierto mi, ya más que magnífica, erección. Noa hace lo mismo con su ropa, se sienta sobre la cama abriendo sus piernas y dejándome verla en todo su esplendor. Mi polla late por la anticipación. Repto por la cama a cuatro patas, me siento en el centro y, tirando de las piernas de Noa, atraigo su liviano cuerpo hacia mí haciendo que rodee con sus piernas mi cintura. Ella se deja manejar sentándose sobre mí. Se ríe porque la muevo con facilidad. Para mí pesa muy poquito, pero aun así ahora mismo, en el estado en el que estoy, podría levantar a un toro bravo.

La miro a los ojos conteniendo todo mi deseo. Introduce una de sus pequeñas manos entre nuestros cuerpos, agarra mi erección y la masajea volviéndome loco. La cojo por la cintura y la muevo hasta sostenerla sobre mi pene, que guía hacia su interior aceptándolo por completo. La empalo entrando muy profundamente. Es una sensación estupenda, nos acoplamos perfectamente. Es tan estrecha que casi me corro de gusto. Cierra los ojos y suspira. Comenzamos a movernos y coordinarnos. Mi boca va directa a sus pechos, a morderlos y a sobreexcitarlos. Es perfecta. La quiero tanto que ya no podría vivir sin ella. Se entrega al placer con tanta franqueza y es tan receptiva y decidida que solo con eso estoy a punto de llegar.

Seguimos meciéndonos. Noa sabe que estoy casi al límite y mete sus manos entre nuestros cuerpos. Con una se toca el clítoris y con la otra agarra la base de mi pene y lo estrangula con un par de dedos haciendo la presión justa para mantener mi erección, que crece aún más. Al evitar que me corra, prolonga más su placer. ¡Cómo me gusta que me use!

Cuando está ya a punto suelta mi miembro, acelera su masturbación y la penetro fuerte y duro sintiendo cómo mi sangre vuelve a circular por mi miembro. Me llega el orgasmo de pronto casi paralizándome, las convulsiones de mi eyaculación llevan a Noa al suyo contrayendo sus músculos e intensificando aún más mi placer. Un grito ahogado sale de su garganta y un gruñido casi lastimero de la mía.

Sudorosos, saciados y laxos, nos tiramos sobre la cama sonriendo.

—¡Vaya! Ha merecido la pena esperar estos días —susurro entrecortadamente.

—Ya te digo. Cómo voy a echar de menos esto —dice Noa cerrando sus bonitos ojos.

Me incorporo en la cama poniéndome de rodillas a su lado.

—¿Por qué me vas a echar de menos?

Abre los ojos como platos y me mira casi disculpándose.

—Lo he dicho en voz alta. Perdón, quería que lo habláramos tranquilos en el momento adecuado. Creo que los dos desnudos después de un polvo memorable no es la coyuntura adecuada.

—Es un momento como cualquier otro, dime. —Estoy a la defensiva. Me pongo de pie y me planto de nuevo el pantalón del pijama. Sin poder evitarlo, comienzo a caminar por la habitación muy nervioso.

—José, relájate. ¿Quieres sentarte y hablar como una persona civilizada?

—Pues vístete. Verte desnuda y apetecible en la cama no me ayuda en nada. —Noa sonrío y se tapa con la sábana, y yo me siento en un pico de la cama sin arrimarme mucho.

—Sabíamos que esto iba a pasar. En unas semanas terminarán las obras y me mandarán a otra. No sé si cerca o lejos de aquí. Tenemos que definir nuestra relación. —Entiendo lo que está diciendo, pero no me gusta cómo lo plantea—. No creo en las relaciones a distancia. Por mucho que se intente, al final terminan rompiéndose. Tú vas a conseguir el trabajo aquí y...

—Todo esto te lo has montado tú sola. ¿Para ti soy un polvo de verano?

—¿Cómo puedes decir eso?! Eres el amor de mi vida, José. Jamás he

sentido lo que siento por ti. Me gusta estar contigo, me gusta todo de ti y me gusta la vida que hemos tenido estos meses. Me encantaría que esto fuese así siempre, pero cada uno tiene su trabajo. A veces, la vida no es sencilla.

Noa repta por la cama hasta llegar a mi posición. Se sienta sobre sus pies encima de la cama y me mira con ojitos suplicantes, pidiéndome que la entienda. Me muestro frío a pesar de que ha dejado atrás la sábana y está muy apetecible.

—Por favor, José, no quería herirte. Te amo, ¿no te das cuenta?!

La miro de reojo y veo una solitaria lágrima deslizándose por su mejilla.

—A veces, la vida es sencilla. La complicamos nosotros. ¿No me dijiste eso una vez? —Me río arrastrándola conmigo sobre la cama. Me tumbo y la coloco encima de mí.

Se retira la lágrima de su bello rostro con cierta rabia y me mira con ira.

—Te debía una por la que me jugaste con tu hermano. Ya estamos en paz —le digo entre risas intentando serenarla.

Noa me da un bocado en el pecho y protesto.

—Pero aun así tenemos el mismo problema.

—Para nada. No confías en mí, pequeña. ¿Recuerdas la entrevista de trabajo? —Asiente—. Pues fue con tu empresa. Vamos a formar un tándem. Y qué tándem...

Noa se ríe a carcajadas, nerviosa e incrédula. Terminamos haciendo el amor de nuevo, sintiéndonos y demostrándonos lo mucho que nos amamos.

Aunque esta nueva situación me alejará de mis hermanos, sé que siempre podré contar con ellos y que tendré mi hueco en los apartamentos. Intuyo que Fifi, donde quiera que esté, nos cuidará y hará que nuestro nuevo proyecto llegue a buen término.

Epílogo

FIFI

Por fin se han terminado las obras de los Nuevos Apartamentos Fifi. Hoy es la inauguración y estamos contentísimos. Mis hijos se han puesto sus mejores galas. Carlos y Helena van conjuntados, como no, aunque informales. Carlos lleva una camisa de lino cruda con cuello mao y unos pantalones anchos verde militar, Helena ha elegido un vestido camisero del mismo color que los pantalones de Carlos. ¡Son tan monos!

José y Noa sí que me han sorprendido. José va con unos vaqueros y una camisa estilo hawaiano y Noa con un vestido entallado. José al final consiguió el trabajo y parece que los dos se van a una obra juntos. A pesar de que los voy a ver menos porque no tendrán una residencia permanente, sé que se complementan y son tal para cual. La relación de José con su padre sigue marchando y por supuesto con Jana, a la que va a ver casi todos los días. Carmen no se ha vuelto a poner en contacto con ellos, demostrando así que con el dinero ya tiene más que suficiente.

Alicia está muy ilusionada porque le quedan apenas unas semanas para inaugurar su empresa. Sabe que le queda un duro trabajo por delante, pero con esfuerzo y ganas todo se puede, y ella tiene de sobra de ambos. Tiene muy buenos contactos y sus hermanos la ayudarán en todo lo que necesite. Me sigue preocupando el tema de sus relaciones. Pero como siempre, se me está ocurriendo un plan que creo que puede funcionar, debo consultarlo con Vodka.

Mi historia con el vecino no ha funcionado. Hace unos días nos dejó. Mis avances no eran tales. Lejos de que él asumiera y reconociera mi presencia como pareja, la reconocía sí, pero como fantasma y lo que estaba era muerto de miedo. Así que se ha ido a otra casa, le dijo a Carlos que en los apartamentos había fantasmas. Mi hijo, para mi sorpresa, le contestó que sí, que lo había y que están orgullosos de tenerlo. Al fin se ha dado cuenta de mis pequeñas intervenciones.

Los apartamentos nuevos son fantásticos, tienen la última tecnología y las mejores calidades. Son realmente bonitos. Se ha hecho un magnífico trabajo.

La familia Jaiteh ha venido al completo. Ellos van a formar parte activa

de toda esta nueva empresa, qué menos que empezar con buen pie. Menos mal que Vodka echó una mano en la elección y mis hijos lo tuvieron en cuenta. Estoy deseando que conozcan a todos mis chicos. Desde que vi su entrevista, mi mente está haciendo conjeturas y sé que voy por buen camino. Vodka está encantadísimo.

Carlos ha presentado a los Jaiteh a Alicia, que se ha quedado hablando con Kala, la hija. Parece que ella se va a encargar de la promoción de los apartamentos ahora que Alicia va a abrir su negocio. No me equivocaba, ambas son guapas a rabiar y se llevan de maravilla. Ya he mandado a Vodka a que haga buenas migas con Kala. Esto promete.

Tras esta alegría inesperada, sigo repasando a los invitados. Me alegra ver que también ha venido Luis con su mujer, Lucía, qué pareja más apañada y más bien avenida. Parece que su hijo ha conseguido un trabajo y sus asuntos van mejor, me alegro por ellos. Lucía le ha traído a Noa unos dulces que dice que le gustan mucho. Ya me gustaría a mí probarlos. La familia del tercero A está hablando con ellos. Alex acaba de acercarse para recoger a la pequeña Luna y quitarse de en medio. Por el rabillo del ojo veo que le hace ojitos a la hija de los Jaiteh, casi se me pasa. Menos mal que en cuestiones de amores tengo un sexto sentido.

Noa y José le cuentan a Andrés que están deseando irse mañana a pasar unos días a la granja. Han pensado que puede ser una buena forma de desintoxicarse cuando estén muy cansados del bullicio de la ciudad. En el fondo a José le gusta la familia de Noa, la ha asumido como suya. Me encanta verlos felices y contentos haciéndose carantoñas por donde quiera que pasan.

Acabo de enterarme de una conversación de lo más jugosa.

—Cariño, tengo que darte una noticia, pero no sé si te va a hacer gracia —dice Helena prudente arrojándose a Carlos.

—No digas tonterías, cómo no me va a gustar. Sabes que todo lo tuyo me gusta. —Carlos se pone aún más cariñoso y excitado por la proximidad de Helena.

—No seas tonto, estoy hablando en serio.

—Yo también hablo muy en serio. —La arrincona contra una de las paredes y le da un beso en el cuello.

—¡Carlos! ¡Me distraes y no puedo concentrarme! —exclama Helena empujando sin mucha convicción el cuerpo de su marido.

Me parece que necesitan una ayuda, quiero saber lo que va a contarle. Hago soplar una ráfaga de aire fuerte que estremece a Helena de frío, haciendo que se separe de Carlos y se abraza a sí misma para entrar en calor. Aprovecha la coyuntura que le he proporcionado y lo suelta nerviosa.

—¡Estamos embarazados! —grita Helena de sopetón.

Carlos ha entrado en *shock*, se ha quedado con la boca abierta mirándola y sin articular palabra.

—Hermano, ¡felicidades! Qué calladito te lo tenías. —José abraza fuerte a Carlos, que sale de su estupor sin dejar de mirar a Helena.

Helena sonrío nerviosa recibiendo un río de felicitaciones. Tras todos los gestos de cariño de los asistentes, Carlos consigue besar a su esposa tocándole la pequeña barriguita que alberga seguro lo mejor de ambos.

Tras la noticia, la inauguración ha pasado a un segundo plano, centrándose todo en el bebé y en los futuros papás. Están como locos con la nueva noticia. Yo aún más, porque pronto las cosas van a cambiar, tengo la sensación de que mi tiempo se acaba.

FIN



Agradecimientos

Quiero que sea una constante y que siempre estés presente tú, lector. Al final eres lo más importante, parece algo obvio, pero no lo es tanto. Muchas veces nos olvidamos de ti, que le das vida a nuestros libros en pos de una recompensa no tan espiritual.

Gracias por estar ahí, gracias por leerme y, como siempre, sin ti no sería nada.

Me gustaría agradecer, en general, a todas esas personas que siempre están a mi lado incondicionalmente por apoyarme y ayudarme siempre. Hacéis que desee crecer y superarme en cada nuevo reto.

La última vez fue el último y esta debe ser el primero. Gracias a mi compañero, mi amigo, mi amante, mi pareja, mi confidente, mi lector cero, mi promotor inagotable de ideas, mi *community manager* y mi TODO: Rafael Ortiz. Siempre tienes un rato para mí y para mis locuras, que terminan volviéndose las tuyas. Por esos ratitos de charlas interminables y esas planificaciones de novelas que me encantaría grabar un día en vídeo y mostrar al mundo, porque *Apartamentos Fifi* tiene mucho de nosotros y de nuestras tonterías. Tu alma y la mía están en estas letras. **TE QUIERO.**

Gracias, como no, a mis padres Luis y Lucía, a los que esta vez he rendido un ligero homenaje; nada comparado a lo que se merecen por su inestimable ayuda, por estar siempre ahí para mí y realmente para todos los que os necesitamos, porque sois así de desprendidos y buenas personas. Mis personajes no llevan vuestras vidas ni desarrollan vuestras acciones, aunque mi padre fue encargado (de otro tipo) y las fiambreras de mi madre siempre están riquísimas. Mil gracias por estar y porque estéis muchísimos más años a mi lado.

A mis cobayas, Gea y Hécate, y a las que cruzaron el arcoíris Pina e Hiperion, por hacerme sonreír con sus caritas graciosas. Realmente siempre tienen la misma, pero son tan entrañables...

A mi hermano Luis, mi cuñada Soledad y mis sobrinas Mencía y Malena. Sois una familia muy peculiar y merecéis ser felices aunque este año haya sido duro, pero sé que va a mejorar. Porque siempre veáis la vida como la veis.

A mis compañeros de trabajo que me apoyan y me acompañan en esta

andadura. Soportan mis charlas, mis inquietudes y mis confesiones. Esta vez quiero agradecer especialmente a Luz María y Rocío Ortega por leer y releer y confiar en mí. Por supuesto, a los demás, que sabéis que todos contáis y que todo lo que me contáis puede ser reflejado en el papel.

A mis amigos, que siguen siendo los mismos y contados, no sé si por suerte o por desgracia, y espero que durante mucho tiempo más, Paloma, Ana, Inma, Claudia, por los besos, los ánimos, el apoyo y por los ratos pasados, presentes y futuros.

No puedo dejarme atrás a Susana Pacheco, siempre dispuesta a ayudar y aportar una visión positiva y cariñosa, aunque quiera matar a la gente; a Ariel Romero, que aunque conecta y desconecta por azares del destino, sé que puedo contar con ella, si la migraña se lo permite. A Carol RZ por el cariño y la paciencia con estos Apartamentos, eres todo un encanto.

Un apartado grande e intenso merecen las redes sociales, nunca pensé encontrar a tantas y tan buenas personas. Dicen que en las redes no se encuentran verdaderas amistades, pues debo decir que siento, a día de hoy, que eso no es cierto. No puedo llamarlas amigas porque para llegar a eso considero que hace falta tiempo y muchas más experiencias comunes, aunque sí creo que como «proyecto de...» lo son y con bases sólidas. Citaré algunas, aunque ni mucho menos todas las que debería: Alejandra de San Cristóbal, Bárbara Padrón, Antonia Alemán, Luisa Jiménez, Nuria García Font, Carmen RB, Dani Vera, Luna Villa, RM Madera, Dama Beltrán, Almudena González, Kaera Nox, Gema Tacón, Manuel Ostos, Susy Hope, Noelia Frutos Luna Villa, Maria Ferrer Payeras, Azaroa Sánchez, Ivon Cane, Maryah Well, Lidia Páez, Rocío Pérez Rojo, Ángela Martínez, Cristina Iguiño, Karla K, María Buga, Noni García, Anabel Bzex, Eric González, Belén Gómez Moreno, Eva María Montiel, Elisabeth Bermúdez, Nani Mesa, Estrella Correa, Literatura Ágora, Virginia Rodríguez, Ana Silva, Ayla Deseare, Angie, lalodrawin_7, Fransy, María ML, leyendo_y_soñando, Misterios de escritora... Me dejaré a un montón, pero es casi imposible abarcar a tantas personas. Aunque no ponga tu nombre, si has interactuado conmigo estás aquí, no te quepa duda. Gracias mil y millones de corazones.

Me despido como empecé agradeciéndote a ti, lector, la confianza y el tiempo que me has dedicado. Deseo con todas mis fuerzas haberte entretenido y haber conseguido que tu rutina diaria se vea enriquecida por un rato de desconexión. ¡Sé feliz!

Apartamentos

Fifi



forever

Lux Aeris

